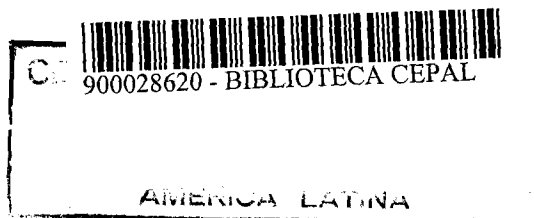


Miguel Villa*

LA POBLACION CHILENA .
La dinámica demográfica del período 1950-1985
y su proyección hacia comienzos del siglo XXI.



* Con la colaboración de Juan Carlos Pérez.

INDICE

I	PERFIL DE LA EVOLUCION DEMOGRAFICA ENTRE 1950 y 1985.....	2
	1. Un período de importante expansión demográfica pero con tendencias atenuadoras.....	2
	2. Una población rejuvenecida que comienza a envejecer.....	5
	3. Un leve predominio femenino que tiende a ascender.....	8
	4. Una acelerada transición de las variables demográficas....	10
	5. Una heterogénea distribución espacial con acentuada urbanización y reducida ruralidad.....	24
	6. Una dinámica demográfica social y espacialmente diferen- ciada.....	33
II	PROYECCIONES DE LA DINAMICA DEMOGRAFICA HACIA EL SIGLO XXI...	38
	1. Tendencias, implicancias e incertidumbres.....	38
	2. Algunos supuestos previos.....	44
	3. Alternativas de evolución.....	50
	4. Urbanización y distribución regional de la población.....	54
	5. Prosiguen los cambios en las estructuras de la población..	60
	6. Algunas implicancias de los cambios en las estructuras de la población.....	64
	7. Población económicamente activa.....	71
III	ALGUNAS PERSPECTIVAS FUTURAS.....	84

Durante los años cincuenta y hasta mediados del decenio siguiente, la tasa de crecimiento demográfico se elevó gradualmente hasta situarse en un valor cercano al 2.4 por ciento anual. Esta tendencia se derivó de la mantención de niveles reproductivos moderadamente altos que, incluso, presentaron una insinuación ascendente, en tanto que la mortalidad manifestó una declinación progresiva. A partir de la mitad de la década de los sesenta, por el contrario, la fecundidad inició una transición relativamente veloz hacia magnitudes más reducidas, cuyo efecto sobre el incremento vegetativo superó al ocasionado por el sostenido descenso de la mortalidad. En virtud de estas condiciones, la tasa de crecimiento de la población se fue aminorando y en el decenio 1975-1985 alcanzó al 1.6 por ciento.

Como producto de las variaciones mencionadas, la expansión demográfica inicial comenzó a desacelerarse de modo paulatino. Mientras que a comienzos de los sesenta la velocidad del incremento implicaba una duplicación de la población total en unos 29 años, hacia los años ochenta ese plazo se extendió a algo más de 41 años.^{3/} En otros términos, el comportamiento de los factores componentes del cambio demográfico ha originado un patrón de crecimiento cuyo ritmo no difiere mucho de aquel observado un siglo atrás; sin embargo, ese resultado neto se desprende de valores ostensiblemente menores de la fecundidad y la mortalidad. Tales modificaciones dejan espacio para suponer que entre 1950 y 1985 la población chilena habría alcanzado una etapa "avanzada" de su proceso de transición demográfica, con importantes repercusiones sobre la estructura por edad. En todo caso, dentro del contexto latinoamericano, Chile tradicionalmente se ubicó entre los países que poseían tasas de crecimiento moderadas; hacia comienzos de la década de los ochenta, se sitúa junto a aquellos en que el ritmo de incremento es más reducido, condición ésta adjudicable principalmente a los efectos del descenso experimentado por los niveles reproductivos.^{4/} Como se indicará más adelante, el impacto ejercido por la migración internacional sobre

^{3/} Esta duplicación en el tamaño de la población total se calcula sobre la base de una supuesta mantención de las tasas de crecimiento observadas en cada momento particular.

^{4/} Una reseña de la situación demográfica de los países de América Latina aparece en CEPAL, "Situación demográfica de América Latina evaluada en 1983: Estimaciones para 1960-1980 y proyecciones para 1980-2025", en Notas de Población, Año XI, No 33 (diciembre, 1983), pp. 9-65.

la tasa de crecimiento de la población nacional ha sido relativamente pequeño, aunque no despreciable.

2. Una población rejuvenecida que comienza a envejecer

Ya se ha sugerido que la evolución demográfica de Chile entre 1950 y 1985 ha dejado huellas en la composición por edades de la población. Una manera de evaluar estas repercusiones consiste en observar las fluctuaciones que ha mostrado la edad mediana, indicador que señala la edad bajo la cual se encuentra el cincuenta por ciento de la población total. Reflejando la condición expansiva de la década de los cincuenta y de comienzos de los sesenta, la edad mediana descendió de 22.2 a 20.2 años, entre 1950 y 1965. Tal disminución de dos años involucró un rejuvenecimiento, o ampliación de la base de la pirámide de edades, que se derivó de una fecundidad moderadamente alta y sostenida y, en menor grado, del descenso de la mortalidad, especialmente de aquella que afecta al inicio de la vida. Tal tendencia se revirtió en años posteriores, como lo evidencia el hecho que en 1985 la edad mediana de la población se elevara a 24, cuatro años más que lo estimado en 1965. Esta fase de envejecimiento, que sucede a la de rejuvenecimiento inicial, manifiesta el efecto de la disminución de los ritmos reproductivos, cuyo impacto sobre la estructura etárea se sobrepone a la incidencia contrapuesta asociada a la reducción de la mortalidad infantil.^{5/} En suma, el período 1950-1985 muestra dos impulsos con signos contrarios: primero un ensanchamiento en la base de la pirámide y luego un paulatino angostamiento de la misma. El resultado final es una población algo más envejecida que lo observado en 1950.

Menos abstracto que el panorama proporcionado por una medida de tendencia central de la composición etárea es aquel que se obtiene al observar cómo se distribuyen los efectivos demográficos entre subconjuntos que poseen implicancias económicas y sociales específicas. Un primer grupo es el formado por los niños menores de cinco años, cuya evolución es similar a la que acusa la fecundidad, pues aumentaron su peso relativo en la población total hasta 1965, cuando

^{5/} Como es obvio, al disminuir la mortalidad infantil se incrementa la probabilidad de sobrevivencia de los niños en la población originándose una tendencia rejuvenecedora; a su vez, el descenso de la fecundidad tiende a ocasionar un envejecimiento de la estructura de edades.

representaron cerca de la sexta parte de la población nacional, para luego disminuirlo en forma bastante intensa, reduciéndose a menos de una novena parte del total de los habitantes del país en 1985. Tan importante fue la declinación porcentual experimentada por este grupo etéreo que su número absoluto en 1985 resultó ser apenas un 39 por ciento mayor que el observado en 1950, mientras que en ese lapso, como ha quedado señalado, la población nacional se duplicó; por lo expuesto no resulta sorprendente que los menores de cinco años dejaran de constituir el grupo quinquenal de edades más numeroso durante los años setenta.^{6/} El subconjunto de 5 a 19 años, que configura el grueso de la población escolar, también recibió el efecto de los cambios de la fecundidad, sólo que a unos plazos algo mayores que el grupo parvulario. La proporción de niños y jóvenes en edad escolar se incrementó hasta bastante más que un tercio de la población total (35.8 por ciento) en 1970, pero a partir de ese entonces comenzó a experimentar una caída de su gravitación proporcional, representando apenas el 30.5 por ciento de los efectivos demográficos con los que contaba el país en 1985. Revelando esta tendencia hacia el envejecimiento que se presenta desde mediados de los sesenta, el grupo modal entre los estratos quinquenales de edad fue escalando gradualmente la pirámide hasta situarse en el tercero y cuarto peldaños en 1980, mientras que los dos más bajos mostraban una menor anchura.^{7/}

Bastante diferente ha sido la evolución de la población en edades potencialmente activas (15 a 64 años). Durante la fase inicial de rejuvenecimiento, entre 1950 y 1965, este subconjunto creció a un ritmo algo menor que la población total, descendiendo desde el 60 al 56 por ciento de ésta, pero luego se incrementó a una tasa substancialmente más alta, ganando peso

^{6/} Una muestra adicional de esta declinación la proporciona el hecho que entre 1965 -cuando alcanzaron su máximo (1310406)- y 1980, el número absoluto de niños menores de cinco años disminuyó en un 7.7 por ciento. Este descenso es explicado por la considerable reducción de la fecundidad que se expresó, por ejemplo, en una disminución en el número medio anual de nacimientos entre 1965 y 1980; con posterioridad esta cifra tiende a elevarse, pero no porque se incremente la norma reproductiva, sino a causa del incremento en la cuantía de las mujeres en edad fértil, especialmente entre aquellas de 15 a 34 años (grupo que concentra el mayor potencial reproductivo).

^{7/} Mediante una agrupación puede resumirse la trayectoria de la proporción de niños y jóvenes menores de 20 años dentro del conjunto de la población total: aumentaron su posición hasta representar casi exactamente la mitad (49.7 por ciento) en 1965 y luego la fueron reduciendo hasta llegar al 42 por ciento en 1985 (cuatro puntos porcentuales menos que en 1950).

relativo, de modo que en 1985 agrupó a cerca del 63 por ciento de los habitantes de Chile. En otros términos, el aumento en la proporción de niños y jóvenes detectado en la década de los cincuenta y comienzos de la siguiente fue acompañado por un detrimento en la ponderación de las personas potencialmente disponibles para la producción de bienes y servicios. La importante recuperación que exhibió este último grupo en los años setenta e inicios de los ochenta no fue, sin embargo, equivalente a la magnitud relativa de la pérdida exhibida en igual lapso por los menores. En rigor, para completar el panorama global de los cambios en la estructura de edades de la población chilena falta por considerar otro subconjunto, aquel integrado por las personas en edades avanzadas (65 y más), el cual mostró una sistemática tendencia ascendente a lo largo de todo el período que se inició en 1950. Si bien sigue siendo reducido el porcentaje de la población total que forma parte de este grupo, aproximándose al 6 por ciento en 1985, su tasa de crecimiento se ha mantenido bastante por encima de la media nacional y, como resultado neto, en los 35 años del período de referencia el número absoluto de las personas de edad avanzada se multiplicó por un factor de 2.7, es decir casi se triplicó.^{8/}

Para concluir esta exposición sobre los cambios en la composición etárea de la población del país es importante indagar qué ha sucedido con el índice de dependencia demográfica, medida que proporciona una imagen hipotética de la "carga" que se apoyaría sobre los hombros de quienes se hallan en edades de trabajar. Debe recalcarse que este indicador sólo posee un carácter potencial en el sentido que establece una relación por cociente entre las proporciones de la población que son demasiado jóvenes para trabajar (menores de 15 años) o que formarían el estrato pasivo (mayores de 65) y la de aquellos otros que, en virtud de su edad, estarían insertos en la esfera laboral (15 a 64 años).^{9/} En 1950 se observó que por cada mil personas potencialmente activas había 694 hipotéticos

^{8/} Un análisis exhaustivo de los cambios en la estructura de edades de la población chilena y otros países de América Latina, con especial referencia al proceso de envejecimiento, se encuentra en CELADE, Informe Preliminar sobre los Cambios en la Estructura por Edades de la Población en Países de América Latina, 1950-2025 (Santiago, CELADE, mimeo, 1987).

^{9/} Se trata, por lo tanto, de una medida esencialmente demográfica; como es sabido, la propensión a insertarse en la fuerza de trabajo no depende sólo de la edad, sino de otros factores que afectan las tasas de participación en el proceso productivo de bienes y servicios y que, entre otros efectos, introducen importantes diferencias según sexo.

dependientes; como podría deducirse de las tendencias antes comentadas, este índice se elevó en los años siguientes, alcanzando a 807 por mil en 1965, pero luego comenzó a aminorarse de modo que hacia 1985 llegaba a 595 por mil. Dicho en otros términos, al rejuvenecimiento inicial de la población correspondió un acrecentamiento de la relación de dependencia, en tanto que desde mediados de los años sesenta se manifestó una evolución contraria que fue afianzándose hacia los ochenta. Pero la medida no expresa con suficiente claridad estos cambios por cuanto en su numerador quedan agrupados dos subconjuntos diferentes de hipotéticos dependientes, niños y ancianos; en este sentido cabe añadir que mientras la "carga" infantil aumentó inicialmente, para disminuir desde la mitad de la década de los sesenta, la que se adjudica a las personas de edad avanzada aumentó sistemáticamente, aunque sigue siendo una proporción relativamente baja.^{10/}

3. Un leve predominio femenino que tiende a ascender

Normalmente se verifica que en la población total de un país existe una ligera mayoría masculina en los nacimientos, la cual se mantiene entre los niños de corta edad; este desequilibrio tiende a desaparecer entre los adolescentes, equiparándose las proporciones de ambos sexos, pero trascendidos los 30 ó 40 años las mujeres se van haciendo cada vez más predominantes. Estos perfiles se tornan todavía más nítidos al disminuir la incidencia de la mortalidad y elevarse la esperanza de vida al nacer. A estos factores de índole esencialmente biológica, cuya naturaleza no es totalmente conocida, se agrega la influencia ejercida por otro de orden social y económica, la migración internacional. No escapa a este conjunto de circunstancias la población chilena, cuyo índice promedio de masculinidad, o número total de hombres por cada cien mujeres, ha descendido sistemáticamente desde 98.1 en 1950 a 97.3 en 1975, manteniéndose luego alrededor de este valor. Pero esta medida sintética oculta las variaciones entre las distintas edades y no da cabal cuenta de los cambios ocurridos, como se indicará a continuación.

^{10/} La parte del índice de dependencia que es aportada por las personas de 65 y más años de edad aumentó del 10.4 al 15.6 por ciento entre 1950 y 1985. Expresado de otro modo, por cada mil individuos potencialmente activos se registraban 72 "dependientes" en edades avanzadas en 1950; esta relación se elevó a 93 en 1985.

El índice de masculinidad se mantiene sobre la centena, mostrando leves aumentos a lo largo del tiempo, en el caso de los menores de 15 años. Hacia 1950 los valores correspondientes a edades mayores sugieren un predominio femenino; a medida que se avanza en el período de estudio se observa que esa situación va revirtiéndose en los grupos etáreos juveniles y en 1985 el índice de masculinidad es superior a cien en todos los estratos anteriores a los 30 años. Un factor fundamental de tal modificación ha sido el importante descenso de la mortalidad infantil que ha contribuido a elevar las probabilidades de sobrevivir de los niños de sexo masculino. Otro elemento a ser tenido en cuenta es la migración internacional que en el caso de Chile ha mostrado un saldo negativo durante el período de referencia y que, a partir de los años setenta no sólo ha sufrido un importante incremento, sino que modificó su tradicional sesgo masculino para evidenciar una mayor participación de las mujeres; no obstante que el impacto cuantitativo de esta variable es reducido, su efecto posee cierto peso entre las personas de edad adulta, especialmente de aquéllas con 20 a 29 años. En las edades superiores a los 40 años los índices de masculinidad de la población total tienden a reducirse, como expresión de las mayores expectativas de sobrevivencia de las mujeres y que se evidencian en una atenuación gradual de los riesgos de muerte de aquellas que han alcanzado la madurez.

Si bien las estructuras por edad de la población femenina no difieren mayormente de las correspondientes a los hombres, cabe tener presente que aquella muestra más altas proporciones en las edades superiores de la pirámide; es decir, el envejecimiento es algo superior entre las mujeres. Otro aspecto de importancia se refiere a la representación relativa de las mujeres en edad fértil (15 a 49 años) dentro del total; ésta disminuye durante los años cincuenta y hasta 1965, cuando poco más del 45 por ciento de la población femenina se encuentra en el tramo etáreo apto para reproducirse, pero después se incrementa en forma importante hasta superar el 52 por ciento en 1985. Es decir, en el transcurso del tiempo y al disminuir la fecundidad, se va elevando el potencial reproductivo de la población, como fruto de la maduración de las hijas procreadas en años anteriores de más alta fecundidad.

4. Una acelerada transición de las variables demográficas

Reiteradamente se ha mencionado que las variables componentes del cambio de población han experimentado alteraciones significativas durante el período de referencia y que esas modificaciones han motivado un proceso complejo de evolución demográfica, combinando una fase de expansión y rejuvenecimiento con otra de desaceleración del crecimiento y paulatino envejecimiento. Mediante la información recopilada por los censos de población y el registro de estadísticas vitales es posible evaluar la magnitud y el sentido de las transformaciones de la fecundidad y la mortalidad.^{11/}

Uno de los hechos que ha merecido especial consideración en el estudio de la población chilena a lo largo del siglo XX ha sido la importante reducción de los niveles de mortalidad. Se estima que la tasa bruta correspondiente se elevaba por arriba del 23 por mil todavía en los años treinta y hay indicios de que ella superaba los 30 por mil en las décadas anteriores; hacia 1950 este indicador había descendido a poco más del 14 por mil, como efecto de la disminución de riesgos asociados a enfermedades infecto-contagiosas y del aparato respiratorio cuyo control se hizo posible mediante la aplicación de estrategias preventivas y la introducción de técnicas de salud pública de bajo costo. Los altos índices de mortalidad de la primera mitad del siglo eran sintomáticos de las adversas condiciones sanitarias y ambientales en las que se desenvolvía la mayor parte de la población. Al iniciarse los años ochenta el sostenido descenso de la mortalidad permitió alcanzar una tasa bruta de 6.3 por mil, valor que pareciera ser notablemente bajo. Sin embargo, esta medida de la variable puede originar imágenes engañosas cuando se efectúan comparaciones diacrónicas o se confrontan las condiciones de diferentes países; ésto se debe a una restricción inherente al concepto mismo de una tasa bruta cuyos resultados son afectados por factores tales como los de la estructura por edades de la población. Un indicador más

^{11/} Sobre esta materia pueden consultarse, entre otros, los antecedentes proporcionados por Fernández, Rogelio, José M. Pujol y Odette Tacla, "Chile: La mortalidad y la fecundidad en el período 1950-1975" (Santiago, CELADE, 1980; documento de trabajo inédito).

refinado, libre de esos efectos, es el que proporciona la esperanza de vida al nacer.^{12/}

A través del período de 35 años que comienza en 1950 la población chilena, de ambos sexos, ha ganado algo más de 17 años de esperanza de vida, como se deduce del hecho que la medida pertinente aumentó de poco menos de 54 a 71 años entre los quinquenios iniciales de los años cincuenta y ochenta. Si bien estas cifras sugieren un incremento de alrededor de medio año de expectativa de vida por cada año calendario, tal promedio no expresa apropiadamente el ritmo de cambio. En rigor, los aumentos no han sido regulares en el tiempo, ni igualmente compartidos por ambos sexos. Luego de un importante ascenso a comienzos de los años cincuenta, se aminoró la ganancia de la esperanza de vida en el decenio siguiente para retomar bríos a partir de 1970. Por otra parte, la brecha entre ambos sexos, en favor de las mujeres, se acrecentó en este lapso de 35 años desde 3.9 a 7 años.

Parte significativa de los incrementos de la esperanza de vida de la población chilena se deriva de la disminución de la mortalidad infantil, cuyos valores fueron tradicionalmente elevados.^{13/} Todavía en el decenio de los cincuenta se constataba que bastante más que cien de cada mil nacidos vivos fallecían antes de enterar su primer año; al iniciarse la década de los setenta esa magnitud había quedado reducida a alrededor de la mitad y en el primer quinquenio de los años ochenta era de sólo 23.7 por mil. Expresado de otra forma, este proceso implica que la probabilidad que tenía un recién nacido de morir dentro de su primer año de vida se aminoró en un ochenta por ciento durante los 35 años considerados; algo menos de la mitad de todo este descenso se registró desde mediados de los años setenta.

^{12/} Puede definirse esta medida como el promedio de años de vida que correspondería a un conjunto de recién nacidos expuestos a morir según tasas por edad observadas en un período dado. Se dispone de tablas de vida que permiten estudiar la evolución de la mortalidad entre 1920 y 1985; una presentación general aparece en INE-CELADE, Chile: Tablas abreviadas de mortalidad; total de país y regiones, 1980-1985 (Santiago, INE, 1987; Fascículo F/CHI.2).

^{13/} Durante los años treinta la probabilidad de morir dentro del primer año de vida superaba los 200 por mil y a este alto nivel de mortalidad correspondía una esperanza de vida de apenas unos 40 años; en las primeras décadas del siglo XX se estima que la mortalidad infantil excedía de 250 por mil.

Varios son los factores que han contribuido a esta notable transición de la mortalidad hacia niveles cada vez más reducidos. Aun cuando una explicación de tal disminución excede los propósitos de esta comunicación, es apropiado mencionar algunos de los elementos intervinientes.^{14/} Parece indiscutible que los esfuerzos del sector público en materia de protección de la salud y saneamiento ambiental requieren ser analizados dentro de un horizonte prolongado; en este sentido, al cabo de varios años de operación se habría conseguido una cierta "maduración de las inversiones", por lo demás importantes, en cuanto a provisión de servicios de atención preventiva, campañas de vacunación masiva, progresiva ampliación de la cobertura de atenciones materno-infantiles, suministro de agua potable y alcantarillado.^{15/} Cabe también reconocer que ha correspondido un papel especialmente importante en la reducción de la mortalidad infantil post-neonatal a los programas de nutrición complementaria (leche y mezclas proteicas), que inicialmente se distinguieron por su carácter amplio y paulatinamente fueron orientándose específicamente hacia los grupos de más alto riesgo, reflejando criterios de eficiencia en la asignación de los recursos pertinentes. Otro factor que ha de considerarse al examinar el descenso de la mortalidad en el inicio de la vida es la substancial disminución de la fecundidad, que ha involucrado un número menor de hijos por madre y un aumento en el espaciamiento entre sucesivas parideces, restringiéndose de esta forma algunos de los más severos peligros de exposición a la muerte de los recién nacidos.^{16/}

^{14/} Para un análisis riguroso del proceso de declinación de la mortalidad sería preciso examinar cómo ha evolucionado la incidencia relativa de las diversas causas de muerte, ámbito en el que se encuentran las variables dependientes del análisis pertinente. Sobre esta materia, véase Taucher, Erika, Chile: Mortalidad, 1955-1975. Tendencias y causas (Santiago, CELADE, 1978) y Orellana, Hernán y Villalón, Gustavo, Compatibilización de las Clasificaciones Internacionales de Muerte. Aplicación a Chile, 1962-1982 (Santiago, INE-CELADE, informe preliminar, 1986).

^{15/} Cabe tener presente que durante el período considerado se establecieron el Servicio Nacional de Salud (1952) y el Servicio Médico Nacional de Empleados (1968), se definieron los primeros planes nacionales de salud (1964 y 1970). Al respecto, véanse, Livingston, Mario y Dagmar Raczynski, eds., Salud Pública y Bienestar Social (Santiago, CEPLAN, 1976), Lavados, Hugo, ed., Desarrollo Social y Salud en Chile (Santiago, Corporación de Promoción Universitaria, 1979) e Illanes, Juan P., "En Torno a la Renovación del Sector Salud", en Revista Economía y Sociedad, N° 23 (marzo, 1984), pp. 11-15.

^{16/} Sobre esta materia véanse los estudios de Taucher, Erika, "La Mortalidad Infantil en Chile", en Notas de Población, Año VII, N° 20 (agosto, 1979), pp. , Raczynski, Dagmar y César Oyarzo, "¿Por qué cae la tasa de

Junto a la transición de la mortalidad es necesario considerar el patrón de cambio de la fecundidad, proceso descendente que ha sido bastante reciente y aparentemente vertiginoso, además de haber provocado implicancias demográficas de gran envergadura. Una aproximación bastante burda a la medición de los niveles reproductivos de la población la proporciona la tasa bruta de natalidad que, como su congénere de la mortalidad, también refleja los efectos de la estructura demográfica (sexo y edad). Este indicador se habría mantenido estable hasta comienzos de los años cincuenta, cuando se empujaba por sobre los 37 por mil, fluctuando luego para iniciar una profunda disminución a fines de los sesenta y llegar, al cabo de un decenio, a menos de 24 por mil. Una medida más apropiada de la variable es la tasa global de fecundidad, o número medio de hijos por mujer.^{17/} Hasta el quinquenio 1960-1965 esta tasa se elevó por encima de 5, (alcanzando en ese entonces a 5.3); quince años más tarde quedaba reducida a menos de 3, un descenso del 45 por ciento en tan breve lapso.

Tan acentuada disminución aparece asociada con una caída general de las tasas de fecundidad específicas de cada grupo quinquenal de edades, así como con una redistribución de la curva pertinente, generándose un modelo predominantemente juvenil. Mientras que en los cincuenta el 55 por ciento de la fecundidad correspondía a las mujeres de menos de 30 años, al iniciarse los ochenta estas últimas daban cuenta del 68 por ciento de aquélla; en otros términos, al descender los niveles de las tasas, el aporte de las mujeres más maduras, entre las que se encuentran en su período reproductivo, se ha ido haciendo marginal, fenómeno que también pudo tener alguna influencia en la reducción de los riesgos de mortalidad infantil. Otra medida resumen de la fecundidad es la tasa neta de reproducción, o número medio de hijas nacidas vivas por cada mujer de una generación sujeta a cierta ley de mortalidad desde su

mortalidad en Chile?", en Colección Estudios CIEPLAN, N° 6 (diciembre, 1981), pp. 45-84; Castañeda, Tarcisio, Contexto Socioeconómico y Causas del Descenso de la Mortalidad en Chile (Santiago, Centro de Estudios Públicos, docto. de trabajo N° 28, 1984).

^{17/} Definida con mayor precisión, la tasa global de fecundidad indica el número de hijos que, en promedio, tendría cada integrante de una cohorte hipotética de mujeres que durante el período fértil tuviesen sus hijos de acuerdo con las tasas de fecundidad por edad de la población específica sin estar expuestas a riesgos de mortalidad hasta el término de aquel período.

nacimiento y a determinadas tasas de fecundidad. Bajo condiciones hipotéticas esta tasa es un índice de reemplazo de la población femenina; por lo tanto, si su valor fuera unitario, significaría un exacto reemplazo de una generación por sus descendientes. La tasa neta de reproducción observada en Chile oscilaba en torno a dos entre 1950 y 1965, implicando que las descendientes de la generación inicial de mujeres duplicaban a estas últimas; en cambio, hacia los años ochenta el valor del índice se acercaba a 1.3.^{18/} De estas estimaciones se infiere una drástica caída en el potencial de crecimiento de la población.

Como todo cambio que encuentra su explicación en los procesos sociales situados en su base, el descenso de la fecundidad ha motivado controvertidas interpretaciones.^{19/} Intervienen en esta transición múltiples factores que inciden, directa o indirectamente, sobre el conjunto de variables más inmediatas de la fecundidad (que comprenden las pautas de nupcialidad y los riesgos de concepción y gestación), configurando modalidades de comportamiento reproductivo, o conductas asociadas al hecho de tener hijos. Esta última noción cobra, por cierto, manifestaciones sociales y espaciales diferenciadas, algunas de las cuales serán ilustradas más adelante. Sin ahondar en un intento interpretativo, es importante tener presente que un descenso sostenido y acentuado de la fecundidad, como el que se advierte en el caso chileno, especialmente desde mediados de la década de los sesenta, supone modificaciones en el comportamiento reproductivo que se expresan en la aceptación bastante generalizada de un tamaño de familia más pequeño. En otros términos, las motivaciones de los diversos grupos sociales han sufrido alteraciones, que devienen tanto de las condiciones estructurales asentadas en las dimensiones de la producción y de la distribución de los frutos derivados, como de ciertos componentes valóricos e ideológicos de raigambre cultural.

^{18/} Estos valores se han obtenido sobre la base de la información acerca de la fecundidad y la mortalidad observadas en el país durante los respectivos años

^{19/} Una extensa literatura aborda este tema; para un análisis detallado de las distintas concepciones teóricas, considerando su aplicabilidad al contexto latinoamericano, véase, Urzúa, Raúl, El Desarrollo y la Población en América Latina (México, Siglo XXI Editore y PISPAL, 1979), especialmente, pp. 115-185. Sobre la determinación económica, social y cultural de los cambios de la fecundidad y la mortalidad en América Latina, véanse, además, González, Gerardo et al., Estrategias de Desarrollo y Transición Demográfica (Santiago, CELADE, 1982; informe de investigación) y CEPAL, "Población y Desarrollo en América Latina", en Notas de Población, Año XII, N° 34 (abril, 1984), pp. 9-77.

Al elevarse el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, que habitualmente connota una mayor incidencia de la urbanización, tiende a diversificarse la demanda de empleo, con incrementos en los requerimientos de calificación de la fuerza de trabajo, lo que contribuye a una ampliación de los estratos medios y altos y de grupos obreros organizados. De otro lado, corresponde añadir que el Estado, sea por efecto de las alianzas que conforman las estructuras de poder o en respuesta a presiones sociales que se tornan particularmente visibles en el medio urbano y bajo condiciones de movilización rural, promueve estrategias redistributivas y de suministro de servicios básicos que tienden a elevar las condiciones materiales de vida. En la medida que este complejo de factores coadyuve a que los valores e ideologías sostenidos por los estratos altos y medios adquieran vigencia en el sentido de enfatizar la movilidad social ascendente y de incentivar pautas de consumo que, además de constituirse en símbolos de prestigio social, estimulen el cambio dentro del ámbito en que el mismo sea posible o permisible, se generará un proceso de renovación cultural. Toda esta serie de modificaciones, presentadas aquí de manera general, tenderán a reforzarse recíprocamente ejerciendo impactos sobre la orientación del comportamiento reproductivo. Es probable, por lo demás, que dentro de este contexto tienda a disminuir la contribución de los hijos al sostén familiar --asunto que pudiera ser crucial en medios como el de las economías campesinas-- mientras que se eleven los costos inherentes a su crianza y capacitación. Presumiblemente, una mayor inserción de la mujer en la vida del trabajo fuera del hogar contribuiría también a la reducción del número de hijos; sin embargo, este factor arroja efectos ambivalentes que parecieran asociarse a los motivos que originan esa necesidad de trabajar. Ambigüedades similares se detectan al considerar las eventuales implicancias del grado de educación de los individuos.^{20/}

^{20/} Con relación al trabajo femenino es preciso distinguir, por lo menos, entre aquel que realiza la mujer de los estratos pobres, para la cual el propio tamaño de la familia --dadas las restricciones de ingreso del medio al que pertenece-- puede obligarla a participar en actividades laborales, del que efectúan sus contrapartes de los grupos altos y medios, cuyas calificaciones educativas les permiten acceder a ocupaciones en las que pueden satisfacer motivos de realización vocacional. Los impactos derivados de una u otra modalidades de inserción en el mercado de trabajo serán obviamente diferentes en lo que atañe a la posible incompatibilidad entre trabajar y tener hijos. Respecto a la educación puede reconocerse que habitualmente quienes utilizan en

Tan sumaria exposición de los factores que inciden en la definición del comportamiento reproductivo sólo proporciona aspectos de lo que constituiría el marco de referencia para la comprensión del descenso de la fecundidad en un caso como el de Chile. A lo largo del período comprendido entre 1950 y 1985 el país ha experimentado significativos cambios en su estructura productiva, que han desembocado en rearticulaciones sociales y modificaciones de índole cultural, cuyos impactos se han materializado en reorientaciones de las conductas reproductivas de sectores amplios de la sociedad. Las acciones y abstenciones del Estado en diversos campos han contribuido también a alteraciones en el sentido de una aceptación creciente de un tamaño más reducido de familia. Entre las diversas expresiones de estas alteraciones suele mencionarse la generalizada urbanización de la población y las sucesivas reestructuraciones de las formas de organización de la producción agraria, condiciones éstas que han coadyuvado a la pérdida de la vigencia que en el pasado tuviesen pautas culturales, apoyadas en condiciones objetivas que las tornaban efectivas, proclives a niveles mayores de fecundidad.^{21/}

Resta por considerar la intervención de un agente facilitante de la velocidad con que operó el descenso en los ritmos reproductivos, la puesta en práctica de la anticoncepción. Es importante reiterar que este elemento no configura en sí mismo un factor causal, sino tan sólo un medio que pudo auxiliar en la materialización de una conducta previamente conformada. Hacia comienzos de los años sesenta, el acceso a los procedimientos anticonceptivos estaba disponible sólo para ciertos sectores reducidos de la población, registrándose una creciente actividad de instituciones privadas imbuidas por concepciones neomaltusianas. Sin embargo, los hallazgos de investigaciones médicas sobre la

mayor grado sus eventuales beneficios son los sectores sociales altos y medios, que comportan estilos culturales "modernos", convirtiéndose, por lo mismo, en una manifestación adicional de sus propios atributos, "tanto como lo sería el tamaño de sus familias" (CEPAL, "Población y Desarrollo...", op.cit., p. 57).

^{21/} Aquí pudiera hacerse referencia a otra de las relaciones entre las variables demográficas: el descenso de la mortalidad infantil y su efecto probable sobre la fecundidad. Al aminorarse la primera es probable que las parejas perciban que un número mayor de sus hijos sobreviven y, por lo tanto, adoptarían las medidas para disminuir algunas concepciones. Sobre esta materia ilustran Rutstein, Shea y Vilma Médica, The Effects on Infant and Child Mortality on Fertility in Latin America (Santiago, CELADE, 1975; mimeo)

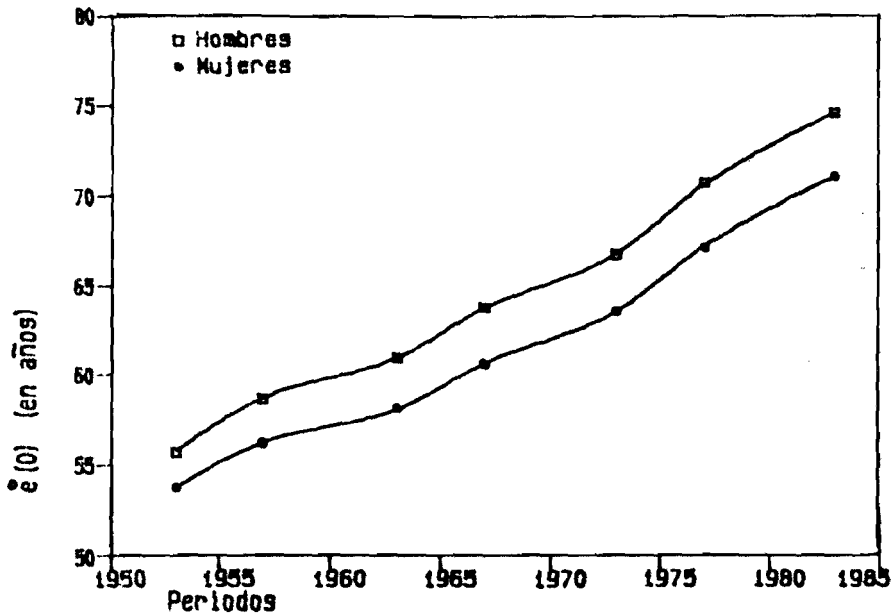
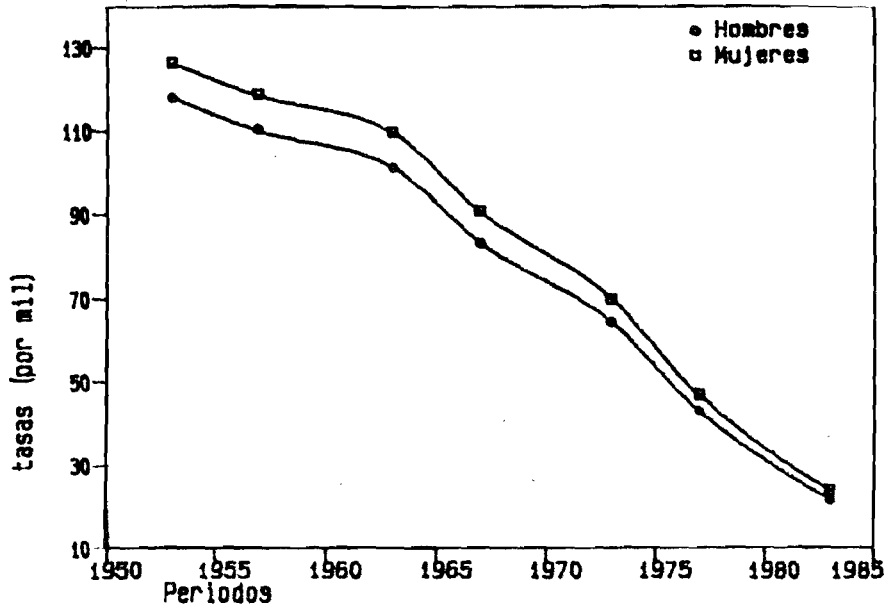
elevada incidencia del aborto inducido bajo condiciones de absoluta desprotección, con severos riesgos para la vida de las mujeres, llevó a las autoridades de los organismos de salud a impulsar la incorporación de actividades de planificación familiar como parte de los programas materno-infantiles. Más tarde, este propósito se unió a la aceptación y difusión del principio relativo al derecho que posee la pareja en cuanto a optar por un número determinado de hijos y a establecer el espaciamiento intergenésico. Fue así que en 1963 se instituyeron estas actividades dentro del Servicio Nacional de Salud. Al cabo de trece años de operación, habían ingresado a estos programas más de un millón de mujeres, de las cuales un treinta por ciento lo habían hecho en los tres años anteriores a 1976; la atención acumulada en todo este período de funcionamiento equivalía al 36 por ciento de las mujeres que en 1976 estaban en edad fértil, pero la cobertura efectiva estimada en el año se aproximaba al 20 por ciento de tal población.^{22/} En años posteriores, el Estado ha tendido a reducir su intervención en este campo, atendiendo a un diagnóstico acerca de la progresiva reducción del ritmo de crecimiento demográfico nacional, en relación con el considerado deseable por el gobierno militar.^{23/}

^{22/} Soto, Zaida, América Latina: Actividades Desarrolladas por los Programas de Planificación Familiar, 1976 (Santiago, CELADE, 1978). La tasa de cobertura estimada para 1970 era de nueve por ciento de las mujeres en edades reproductivas. Estas evidencias sugieren que la fecundidad había comenzado a declinar, independientemente de los programas de planificación familiar, aunque su plena puesta en práctica se asociaría con la velocidad adquirida por esa tendencia; CELADE, "Tendencias Demográficas y Desarrollo", en Cuadernos del CELADE, No.2 (septiembre, 1979), pp. 67-69.

^{23/} Sistemáticamente las autoridades chilenas, a partir de la instauración del régimen militar, han declarado su inquietud por el descenso de la fecundidad y, consonante con esta preocupación, como parte del Plan Nacional de Desarrollo (1978-1983), el gobierno adoptó una Política de Población en noviembre de 1978. La iniciativa correspondió a ODEPLAN y en el documento oficial se sostiene la aplicabilidad del principio de la subsidiariedad del Estado en el campo de la reproducción biológica: "... es evidente que el Estado no puede intervenir en modo alguno sin usurpar la libertad inherente a la pareja ... una unidad menor no puede abandonar el cumplimiento de las responsabilidades que le son inherentes... Luego, aunque es deseable que Chile experimente un crecimiento significativo de su población ... no corresponde al Estado adoptar medidas e iniciativas tendientes a aumentar o disminuir la tasa natural de crecimiento". Bajo el acápite sobre "población, educación y cambio cultural", el documento sostiene: "Una nación cuyo pueblo pierde el profundo respeto debido a su progenie minará los propios fundamentos que sostienen su propósito de ser y dar lugar al sentimiento libre de nacionalidad". En la sección sobre "población y seguridad nacional" se afirma: "... la nación está sufriendo una alarmante crisis debido a la substancial disminución en el número de nacimientos... Por esta razón, la

Gráfico 3

CHILE: Evolución de la tasa de mortalidad infantil y de la esperanza de vida al nacer, por sexo. 1950-1985



Finalmente, luego de haber reseñado la transición experimentada por la mortalidad y la fecundidad, corresponde hacer referencia a la tercera variable demográfica participante en el modelo de cambio de la población del país: la migración internacional. En este caso, la base empírica disponible resulta ser más débil; una estimación del saldo migratorio externo puede extraerse del cómputo de los chilenos registrados por los censos de otros países en relación con el de los extranjeros empadronados en los sucesivos recuentos demográficos nacionales.^{24/} Desde hace ya bastante tiempo este balance ha tenido un signo negativo, implicando un mayor número de emigrantes que de inmigrantes, aunque su magnitud absoluta ha exhibido fluctuaciones. A lo largo de los años cincuenta, aquel saldo arrojó unas cuarenta mil personas por quinquenio, cifra que se redujo ligeramente en la década siguiente y se incrementó posteriormente. Es así que, en cada uno de los períodos de cinco años comprendidos entre 1970 y 1985, el exceso de salidas sobre entradas se había elevado a unas ochenta mil personas.^{25/}

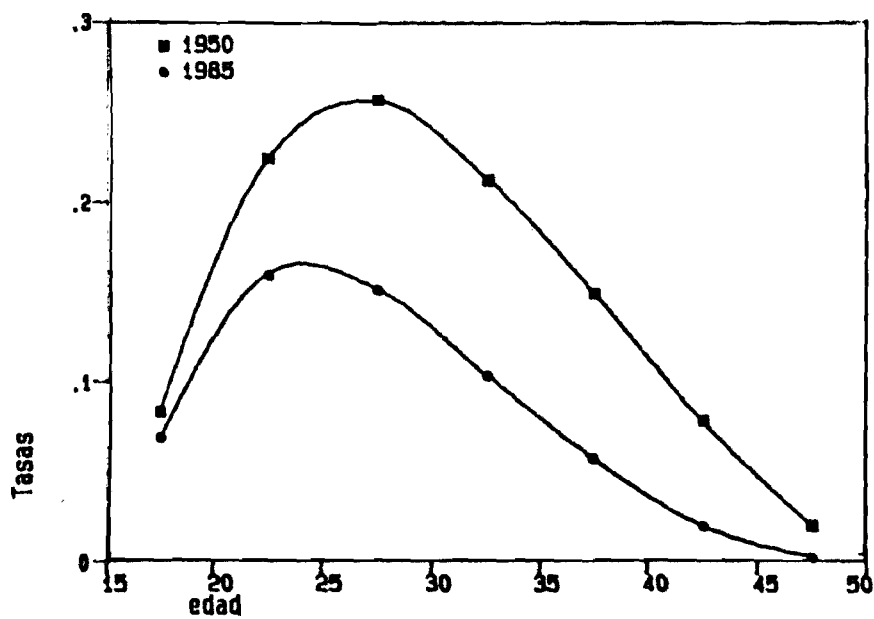
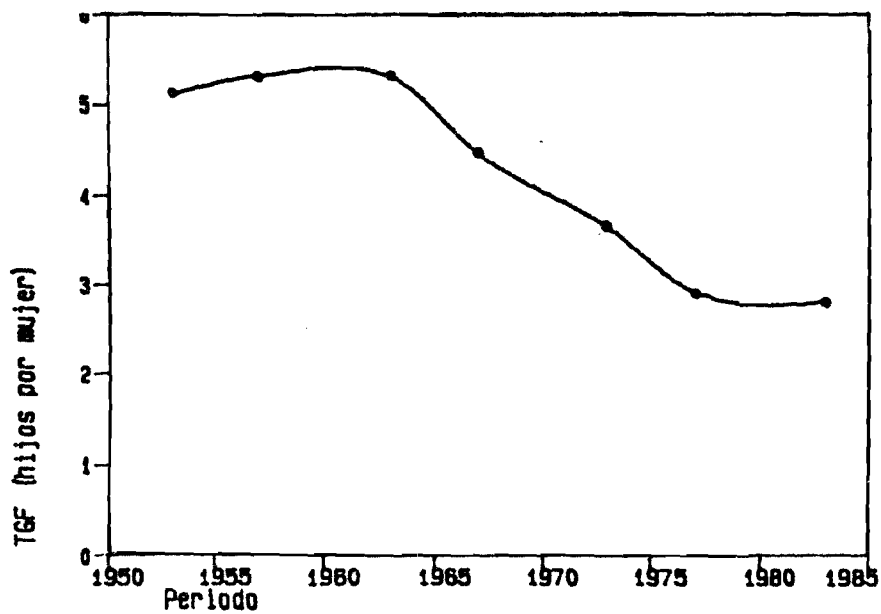
reducción de las muertes infantiles y maternas no deben lograrse mediante sistemas extensivos de regulación de la fecundidad, que podrían ocasionar una estagnación adicional en la tasa de crecimiento de la población... Sin embargo, deben mantenerse campañas adecuadas con el propósito de dignificar y estimular la maternidad". Con relación a las posiciones adoptadas por las autoridades chilenas, véanse, por ejemplo, "Chile Adopts Pronatalist Policy", en Population and Development Review, Vol. 5, Nº 3 (septiembre, 1979), pp. 563-571; United Nations, World Population Trends, 1983 Monitoring Report (Nueva York, Naciones Unidas - Departamento de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales, 1985; ST/ESA/SER.A/93/Add.1), Vol. II, pp. 154-163.

^{24/} Tal estimación se vería afectada, en el rubro de la emigración, por dos factores que pudieran ser motivo de omisión: sólo se incluyen datos de los países que proporcionaron los antecedentes pertinentes y se excluye a las personas vecindadas en el exterior que, por carecer de una situación regular de residencia, no declaran su condición de nativos chilenos. Es probable que el primero de estos factores no posea mayor significación, porque la información recopilada comprende a los países de destino preferente de los chilenos, tal como se aprecia en CELADE, "Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica (IMILA)", en Boletín Demográfico, Año XIX, No.37 (enero, 1986). Con referencia a los procedimientos de estimación, puede consultarse Jaspers-Faijfer, Dirk, Some Notes on the Estimation of International Migration (Santiago, CELADE, mimeo, 1986).

^{25/} Se ha calculado, sobre la base de los datos reunidos por el programa IMILA del CELADE, que el número de chilenos residentes en otros países habría aumentado de 190 mil en 1970 a 321 mil en 1980; de estos totales, algo más del noventa por ciento corresponde a personas empadronadas en los censos de la Argentina, los Estados Unidos, Venezuela, el Brasil y el Canadá. De estas magnitudes se infiere que la tasa media anual de crecimiento de la población

Gráfico 4

CHILE: Evolución de la tasa global de fecundidad y de las tasas específicas de fecundidad, por edad. 1950-1985



CHILE: Evolución de la composición por sexo y edad de la población. 1950-1985

GRÁFICO 5

1950

1960

1970

1980

1985

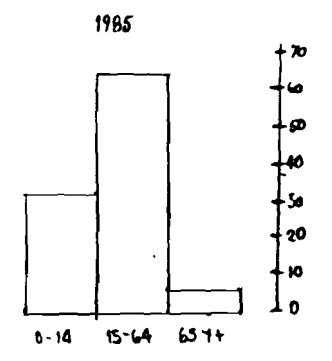
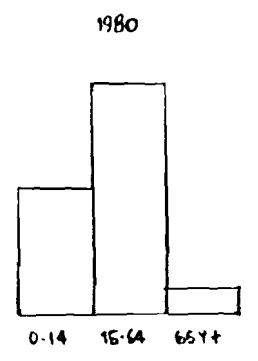
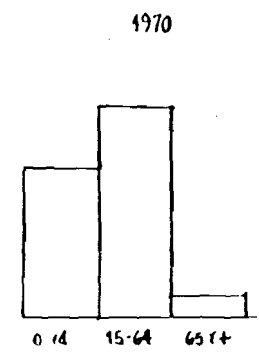
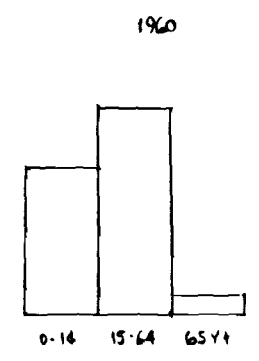
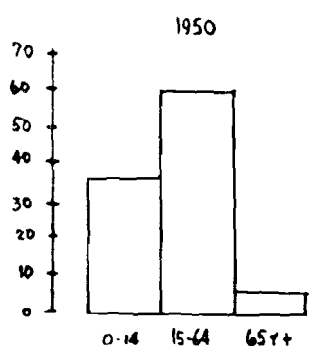
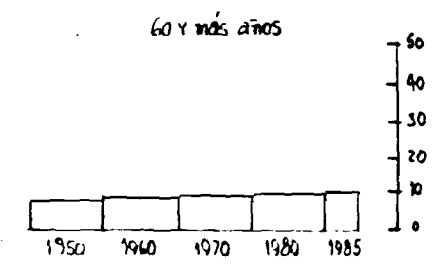
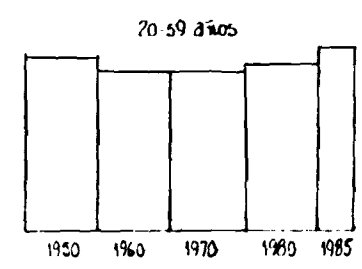
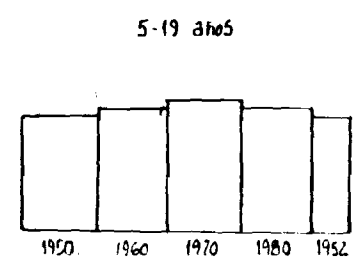
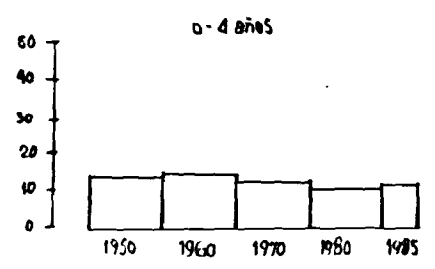
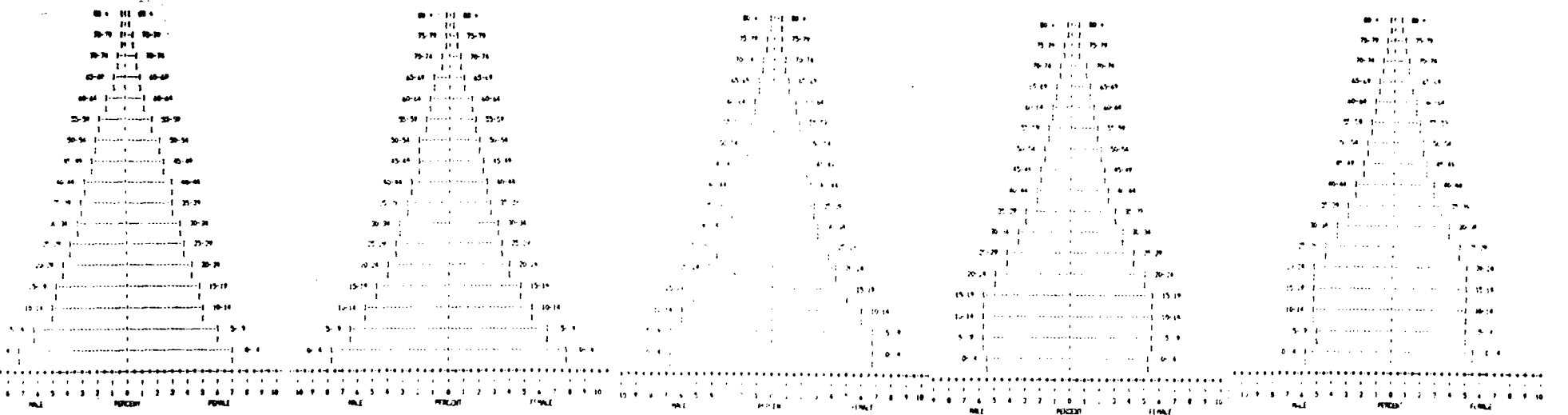


Gráfico 6
CHILE: Distribución relativa de los emigrantes chilenos, según país de empadronamiento. 1970 y 1980

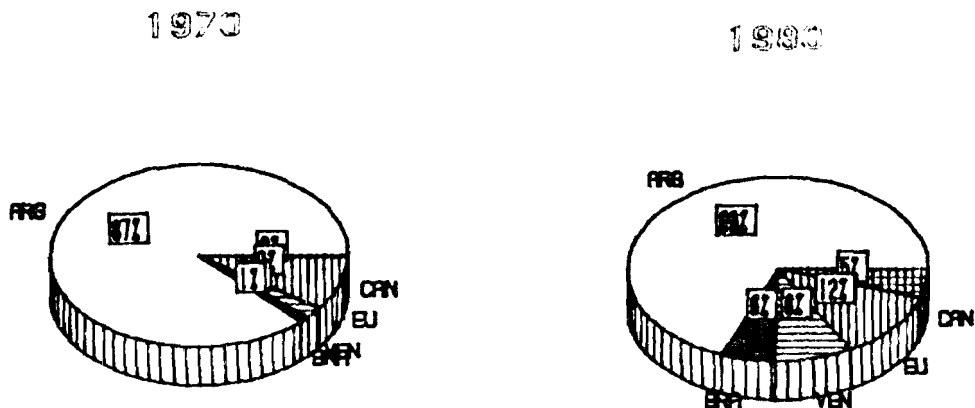
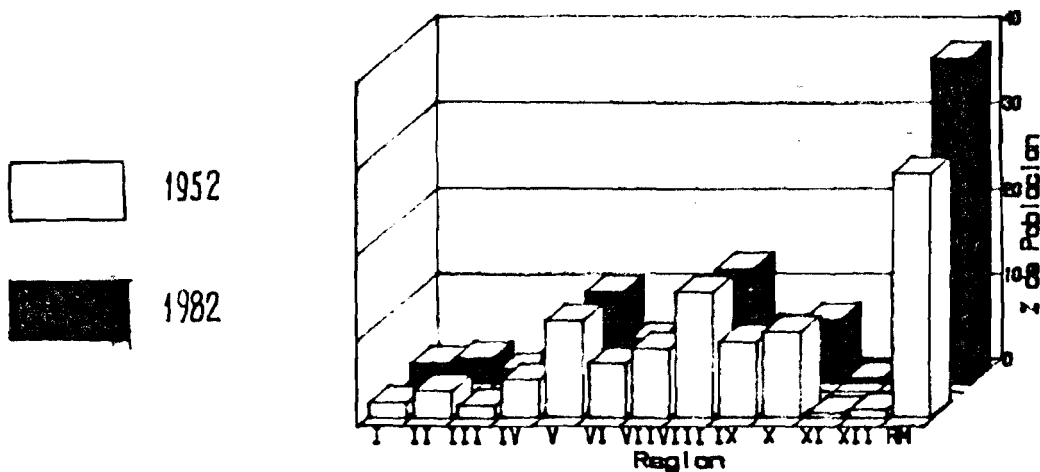
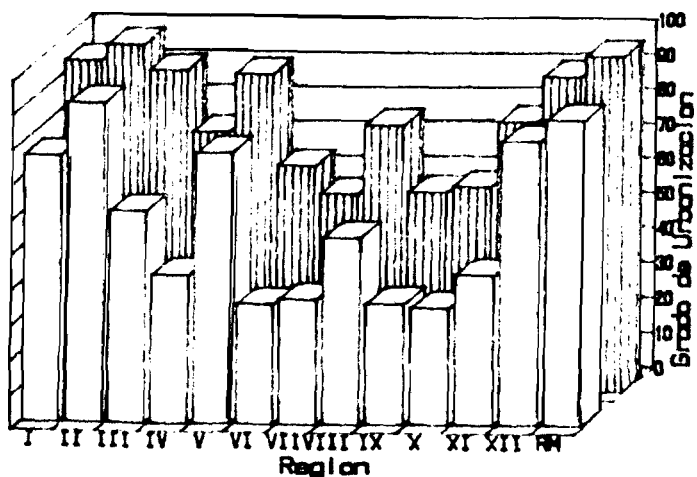


Gráfico 7
CHILE: Distribución relativa y grado de urbanización de la población total, según regiones. 1952-1982



Además del aumento en el saldo neto negativo, otro cambio detectado en la migración internacional de los años setenta e inicios de los ochenta es el ya mencionado acerca del reemplazo del tradicional predominio masculino por una participación de las mujeres, situación que pudiera estar asociada a una mayor emigración de núcleos familiares. Otro aspecto novedoso de este fenómeno, que probablemente también se vincule con la tendencia recién aludida, es la insinuación de un ligero rejuvenecimiento en la estructura por edad de los balances netos. Aun cuando este intercambio de población con el exterior ejerce un efecto más notorio entre los adultos jóvenes, particularmente evidente en el caso de aquéllos con 15 a 34 años, su impacto en el crecimiento demográfico del país ha sido escaso, no llegando a representar siquiera el diez por ciento del valor asumido por el incremento natural.^{26/}

5. Una heterogénea distribución espacial con acentuada urbanización y reducida ruralidad

Siguiendo el ritmo de aumento de la población, la densidad media del país se duplicó entre 1950 y 1985 hasta alcanzar a los 16 habitantes por km². Este indicador tan general no revela, por cierto, la desigual modalidad que comporta la ocupación del territorio. Hacia el final del período, nueve de cada diez chilenos residían en la tercera parte del espacio nacional comprendido entre Coquimbo y Chiloé; por lo tanto, el 66 por ciento restante de la superficie estaba habitada por el diez por ciento restante de la población. Tal patrón de distribución no ha tenido cambios significativos durante la segunda mitad del siglo XX, salvo por ligeros incrementos en la participación relativa que corresponde a los extremos norte y sur del país.

Las tres regiones más pobladas --Metropolitana, Bío-Bío y Valparaíso-- albergaban a poco más de dos tercios de los habitantes dentro de algo más del

chilena en el exterior alcanzó al 5.2 por ciento en el decenio de los setenta, ritmo de crecimiento que implicaría una duplicación en el número de efectivos en apenas 13 años. A su vez, los extranjeros residentes en Chile habrían disminuido, durante igual lapso, en un seis por ciento (descendió a 84 mil personas

^{26/} Con todo, esta proporción, que había ido descendiendo desde el primer quinquenio de los años cincuenta, cuando llegaba al 5.5 por ciento del crecimiento natural, fluctuó en torno al 9 por ciento de este último en los años setenta.

ocho por ciento de la superficie nacional. Más específicamente, la Región Metropolitana ha ido consolidando su condición de área de residencia preferente, aumentando su peso relativo desde el 28.7 al 38.1 por ciento de la población total entre 1952 y 1982, aunque tal tendencia concentradora ha ido moderándose paulatinamente. Pero tal vez resulte más notable señalar que todas las demás divisiones regionales situadas en el corazón demográfico del país, entre Coquimbo y Chiloé, perdieron participación proporcional entre los años mencionados. En tanto, durante igual lapso, las regiones del Norte Grande --Tarapacá y Antofagasta--, que todavía en los años cincuenta sufrían los depresores efectos de la parálisis salitrera, se unieron a las de Atacama y del Sur Lejano --Aysén y Magallanes-- para conformar espacios de mayor dinamismo demográfico, aun cuando sus ritmos de aumento no se han alejado mayormente de los que ha presentado la Región Metropolitana.

Un rasgo frecuentemente reconocido como distintivo de la población chilena, en el contexto latinoamericano, es su alto grado de urbanización. Ya a comienzos de los cincuenta algo más del 61 por ciento de los habitantes se encontraban en centros clasificados como urbanos y los datos del censo de 1982 indicaban que tal condición de residencia era compartida por más del 82 por ciento de los empadronados. La repartición geográfica de los moradores urbanos presenta una fisonomía levemente diferente de las pautas distributivas de la población total, apreciándose que las regiones con más alto grado de urbanización, donde nueve o más de cada diez habitantes eran catalogados como urbanos, estaban constituidas por las del Norte Grande, Metropolitana, Atacama, Sur Lejano y Valparaíso.

Como sería de esperar, dado el alto nivel alcanzado, los sucesivos incrementos en el grado de urbanización han ido reduciéndose. El panorama de la población rural, por otra parte, presenta una suerte de imagen de espejo frente a tal ascenso de la componente urbana, como lo evidencia el decrecimiento sistemático que ha exhibido desde los años cincuenta; tanto es así que los efectivos no urbanos reportados por el censo de 1982 son un trece por ciento menos numerosos que los empadronados treinta años antes. Tan generalizada ha sido esta tendencia que, durante ese período, la totalidad de las regiones vieron disminuidas sus respectivas poblaciones rurales. Pudiera sostenerse, por lo tanto, que el país ha experimentado un claro proceso de "desruralización", particularmente acentuado en lo que respecta a los grupos de edades jóvenes

adultas. Mientras todavía en 1952 existían seis regiones donde los residentes rurales superaban a los urbanos, las cuales quedaron reducidas a cuatro en 1960 y 1970, en 1982 no había una sola que presentase tal predominio. En este último año, el grueso de los habitantes rurales (77 por ciento) se encontraban entre las regiones VI y X, en la sección centro-meridional de Chile.

Frecuentemente se ha puesto en tela de juicio el criterio que rige la diferenciación entre lo urbano y lo rural. Existen argumentos de diversa índole como para sospechar acerca de ambigüedades en este distingo; más aún, esta elemental dicotomía tiende a simplificar los síntomas demográficos de un proceso tan complejo como el de urbanización que es concebido, a menudo, como multidimensional, en virtud de sus connotaciones sociales, económicas y culturales. La atención de estos requerimientos excede los propósitos de este documento; en todo caso, parece importante mencionar dos elementos de la caracterización ecológico-demográfica de tal proceso, que se refieren a las estructuras jerárquicas de los centros según tamaño y a sus modalidades de crecimiento. Un primer aspecto de estos asuntos es el relativo a la tendencia concentradora de la urbanización, cuya manifestación más evidente la proporciona el aglomerado urbano del Gran Santiago.^{27/} Este albergaba al 42 por ciento de los habitantes urbanos del país en 1982, mientras que treinta años antes representaba al 39.7 por ciento de ellos; pero tal ímpetu concentrador no ha mosrado un rimo continuado, sino que pareciera haberse reducido durante los años setenta debido a que su tasa de crecimiento fue ligeramente menor que la de la población urbana total.

No obstante la atenuación registrada por la concentración de los efectivos urbanos en la capital del país, el tamaño de la misma resultaba ser en 1982, 3.3 veces mayor que la población combinada de los dos aglomerados que ocupan los rangos siguientes en la jerarquía nacional de asentamientos --Gran Valparaíso y

^{27/} La delimitación de los aglomerados urbanos del país, así como la información demográfica pertinente, corresponde a la utilizada en la generación de la base de datos DEPUALC (Distribución Espacial de la Población y Urbanización en América Latina y el Caribe) formada en el CELADE.

Gran Concepción-- , relación que treinta años antes era de sólo 2.6.^{28/} El motivo más inmediato de este distanciamiento en la cúspide de la pirámide urbana estriba en las más bajas tasas de crecimiento de aquellos dos aglomerados, en comparación con las del Gran Santiago. Por consiguiente, los cambios más importantes parecerían haber acontecido en otros segmentos de la jerarquía urbana, particularmente a escala de los nueve centros que en 1982 tenían entre 100 mil y 200 mil habitantes (de ellos, ninguno contaba con más de 70 mil residentes en 1952) y cuya tasa media anual de crecimiento durante los tres decenios superó ligeramente a la del Gran Santiago.^{29/} Otro elemento a ser tenido en cuenta es que, en aquel lapso, la red urbana nacional prácticamente duplicó el número de sus componentes con más de veinte mil pobladores, mientras que los centros de tamaño menor sufrieron un deterioro de su porcentaje de los habitantes urbanos, aunque mantuvieron su cuota relativa dentro del total de los efectivos demográficos nacionales.

Heterogeneidad en la distribución espacial de la población, acentuada urbanización y declinación rural son tres manifestaciones adicionales del complejo de cambios que se hacen parte de la historia económica, social y política de Chile durante la segunda mitad del siglo XX. Dentro de este conjunto de transformaciones, se hace necesario enfatizar el papel que correspondió a la rearticulación de las estructuras productivas a través del espacio nacional, en los cuales ha cabido al Estado una importante intervención, primeramente acentuando la industrialización sustitutiva, luego activando la reestructuración agropecuaria y, más recientemente, confiriendo hegemonía al mercado dentro de un modelo de descentralización de las decisiones. A lo largo de este período, se ha incrementado también notablemente la integración física del territorio. Entre los efectos netos de tales transformaciones, se tiene una redefinición de la división espacial del trabajo. Hacia 1982, cerca del 74 por ciento de la población económicamente activa incorporada al sector secundario (industria manufacturera, construcción e infraestructura) desempeñaba sus labores en las

^{28/} La medida convencional del índice de primacía, relacionando la población del Gran Santiago con la de los tres aglomerados siguientes, aumentó de 2.3 (1952), a 2.5 (1960), 2.7 (1970) y 2.9 (1982).

^{29/} En realidad, una docena de centros urbanos creció durante este período de 30 años a ritmos superiores al del Gran Santiago. Las tasas más elevadas las registraron Arica, Coyhaique y ValLENAR.

tres regiones más pobladas --Metropolitana, Bío-Bío y Valparaíso. Más del 71 por ciento de la fuerza de trabajo agrícola se localizaba entre las regiones VI y X; mientras que el 64 por ciento de los trabajadores de la minería se encontraban en las regiones de Antofagasta, Bío-Bío, Atacama y Coquimbo. Finalmente, el sector de los servicios, que concentraba al 58.9 por ciento de la población económicamente activa del país, tendía a seguir un patrón espacial bastante similar al exhibido por el secundario, correspondiéndole una cuota especialmente elevada (46 por ciento) a la Región Metropolitana.^{30/}

Tras la diferente dinámica demográfica de las regiones, se encuentra la operación de diversos factores asociados con las modalidades de estructuración espacial de las fuerzas productivas que, además, han sentado las bases de la existencia y representación de grupos sociales específicos. Entre las conductas de tales estratos se encuentran, por cierto, las que regulan los niveles de las variables demográficas. Entre ellas, la migración interna, la componente más destacada de los cambios en la distribución espacial de la población. Indudablemente, una parte importante de las diferencias de crecimiento exhibidas por las regiones del país aparece explicada, de modo inmediato, por los impactos del intercambio de efectivos demográficos.^{31/} Es sólo a partir del censo de población de 1970 que resulta posible la medición directa de esta variable con referencia a un período determinado, el quinquenio previo, en el que ocurre la migración, comprendiendo dentro de ésta a las personas que a la fecha del empadronamiento tenían una "residencia habitual" diferente de la que poseían cinco años antes.

^{30/} Cabe añadir que la contribución de las tres regiones más pobladas a la formación del producto geográfico bruto ha oscilado entre el 67 y el 62 por ciento, mostrando una concentración decreciente entre 1979 y 1982.

^{31/} Esta materia ha sido abordada detalladamente por Dagmar Raczyński en diversos estudios; véase, entre otros, de esta autora, los siguientes trabajos: "Empleo, Pobreza y Migraciones en Chile", en Estudios CIEPLAN, No. 29 (noviembre, 1978); "Migraciones Internas en Chile: Metodología e Información Estadística", en Notas Técnicas de CIEPLAN, No. 11 (octubre, 1978); "Economía Regional, Empleo y Migraciones", en Notas Técnicas de CIEPLAN, N° 17 (septiembre de 1979); "Naturaleza Rural-Urbana y Patrones Geográficos de la Migración Interna", en Colección de Estudios CIEPLAN, No. 5 (julio de 1981), pp. 85-115; "Determinantes del Exodo Rural: Importancia de Factores del Lugar de Origen, Chile, 1965-1970. Véase, también, Di Filippo, Armando y Rosa Bravo, "Los Centros Nacionales de Desarrollo y las Migraciones Internas en América Latina: un Estudio de Casos, Chile", en Documento de Trabajo N° 16 de PISPAL (marzo de 1977).

Durante el período 1965-1970, se detectó que siete de las trece regiones del país resultaron con saldos favorables en sus intercambios de población, ellas fueron las del Norte Grande, del Sur Lejano, Atacama, Metropolitana y Valparaíso. Si bien se advierte que las tasas de inmigración más elevadas correspondieron a Tarapacá y Magallanes, la Región Metropolitana resultó ser la receptora del 41 por ciento de los inmigrantes y la originaria del 21 por ciento del total de emigrantes interregionales del período, con lo cual configuró el nodo central de todo el circuito nacional de redistribución. Más aún, la región santiaguina logró capitalizar en su favor las corrientes procedentes de otras once regiones que encontraron en aquélla el destino preferido del mayor número de sus respectivos emigrantes --la única excepción fue Atacama, cuyo principal flujo de salida se dirigió a Coquimbo--; también la Región Metropolitana originó las principales corrientes de inmigrantes a otras siete regiones --con las excepciones de Atacama y Coquimbo (en virtud de sus recíprocos intercambios), la Araucanía (que derivó sus mayores ingresos de Bío-Bío) y las de Aysén y Magallanes (nutridas por flujos procedentes de Los Lagos). De todas estas interacciones, salvo aquélla con Tarapacá, la región capitalina obtuvo balances positivos. Las tasas más altas de emigración se registraron en las regiones de Atacama y Coquimbo, revelándose en la primera de ellas ciertos indicios de fluidez demográfica (alta movilidad en los sentidos de ingreso y egreso de población). Pero, descontando el papel jugado por la Región Metropolitana, las mayores magnitudes de emigración se originaron en las regiones de Bío-Bío, Araucanía, Valparaíso y Los Lagos.^{32/}

Una segunda medición del proceso migratorio interno se deriva del quinquenio 1977-1982 durante el cual las más altas tasas de inmigración correspondieron a Magallanes y Tarapacá, mientras que los índices superiores de emigración se detectaron en Atacama y Los Lagos; las tasas netas de migración mostraron valores positivos en sólo cuatro regiones (Magallanes, Tarapacá, Metropolitana y Valparaíso). Nuevamente la Región Metropolitana se erigió como el foco

^{32/} Una medida del efecto de absorción del movimiento migratorio la proporciona el índice de eficacia (IEM) que relaciona la migración neta con el intercambio total que ha tenido cada unidad espacial (región). Este alcanzó sus mayores valores positivos, entre 1965 y 1970, en las regiones Metropolitana (33.3), Tarapacá (20.5) y Magallanes (18.6);

fundamental de la movilidad territorial de la población chilena, siendo la destinataria del 44 por ciento de los migrantes y la originaria del 19 por ciento de los mismos. La inspección de la matriz de corrientes migratorias arroja un panorama similar al descrito anteriormente. En efecto, de los principales flujos de salida desde las demás regiones el único que no se dirigía a la región capitalina es el procedente de Atacama (que se destinaba a Coquimbo); a su vez, el origen de las principales corrientes de inmigración a otras ocho regiones era de la Metropolitana --exceptuándose los casos de Atacama, Coquimbo, Aysén y Magallanes (que mantenían las pautas ya mencionadas en el período anterior). Nuevamente, Tarapacá fue la única unidad espacial que resultó favorecida en su intercambio con la región de la capital. Las regiones que aportaban las mayores magnitudes de emigrantes, sin considerar a la Metropolitana, fueron Bio-Bio, Los Lagos, Valparaíso, Maule y Araucanía.^{33/}

Resumiendo lo señalado, puede sostenerse que en los dos períodos de referencia se identifica, en general, un mismo panorama migratorio en el que cabe a la Región Metropolitana un papel central como área de destino, apreciándose la mantención de un cierto grado de atracción en los extremos norte y sur del país, más específicamente Tarapacá y Magallanes. Todas las demás unidades espaciales poseen un carácter expulsor de población, con la excepción de Valparaíso que, contando con importantes flujos de ingreso y salida, se insinúa como una región prácticamente neutra. Entre ambos períodos el conjunto de regiones que pierden su carácter de atracción demográfica está compuesto por Antofagasta, Aysén y Atacama. Con relación a los patrones migratorios según la edad, la información disponible permite afirmar que el grueso de las personas que participan de esta movilidad territorial son adultos jóvenes, entre los 15 y 24 años, edades coincidentes con el ingreso al mercado de trabajo o con la culminación de la etapa de capacitación para incorporarse a las actividades productivas. Si bien en los desplazamientos interregionales se aprecia un leve predominio femenino, éste tiende a acentuar sus efectos en las corrientes que tienen como destino a la Región Metropolitana --y, en menor grado, a Valparaíso-- de modo tal que las mujeres representan el 63 por ciento del saldo migratorio neto de la misma. De

^{33/} En este período (1977-1982) los IEM positivos más elevados correspondieron, otra vez a las regiones Metropolitana (40.6), Magallanes (33.7) y Tarapacá (27.3); los valores negativos más altos incluyeron a Los Lagos (-44.4), Bio-Bio (-38.6), Maule (-33.8), Atacama (-26.6) y Araucanía (-23.7).

manera análoga, la emigración femenina tiende a exacerbar los balances negativos de las regiones de Bío-Bío, Los Lagos, Maule y Antofagasta.

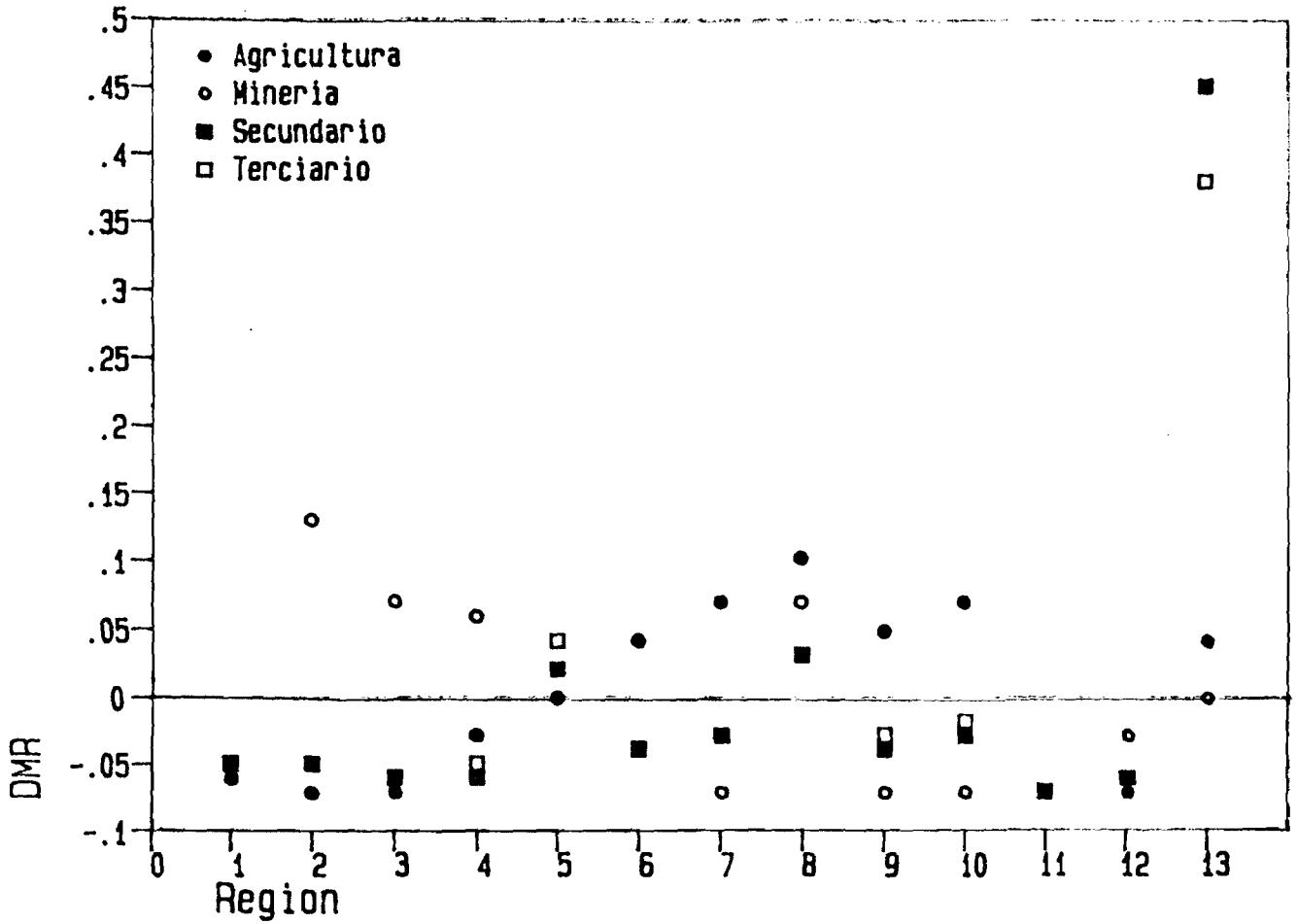
Estudios más específicos acerca de la migración interna ilustran acerca de sus efectos sobre el crecimiento de la población urbana y rural, así como respecto a centros urbanos particulares. Mediante estimaciones indirectas, haciendo comparaciones intercensales de cohortes de la población total y urbana, se ha calculado que la transferencia neta rural-urbana --incluyendo los componentes de migración interna y reclasificación de localidades-- representaría entre un 37 y un 40 por ciento del crecimiento demográfico urbano, proporción que aumentaría al descender el ritmo de incremento natural de la población.^{34/} Un análisis de la migración comunal con datos del quinquenio 1965-1970 permitió apreciar que, contrariamente a lo que suele sostenerse, la migración rural-urbana no constituye la corriente más frecuente, observándose que esta última corresponde a los desplazamientos que ocurren dentro del sistema urbano; se detectó, además, que la principal contribución al crecimiento del área metropolitana santiaguina provenía del incremento natural de sus propios residentes.^{35/} De otro lado, encuestas aplicadas en el lugar de destino han proporcionado antecedentes acerca del origen predominantemente urbano de los inmigrantes al Gran Santiago.^{36/} Tras este patrón de movilidad espacial se encuentran fenómenos poco conocidos de migración por etapas y por substitución o "relleno" que aparecen activados por el funcionamiento de los mercados de trabajo a través del territorio nacional.

^{34/} Con relación al procedimiento de estimación, véase Naciones Unidas, Modalidades del Crecimiento de la Población Urbana y Rural (Nueva York, Naciones Unidas - Depto. de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales, 1981 ST/ESA/SER.A/68), esp. capítulo III, pp. 22-41.

^{35/} Raczynski, D., "Naturaleza Rural-Urbana...", op.cit. En esta investigación se encontró que la propensión a migrar tendía a ser más elevada en las áreas urbanas que en las rurales, asociándose ello al hecho que las ciudades poseen características diversas que combinan factores de atracción y expulsión de población. También se encontró (Raczynski, D., "Determinantes del Exodo Rural...", op.cit.) que la propensión a emigrar en las áreas rurales se incrementaba al aumentar el grado de concentración de la población y ser más expedito el acceso a alguna ciudad de importancia.

^{36/} Elizaga, Juan Carlos, Migraciones a las Areas Metropolitanas de América Latina (Santiago, CELADE, 1970).

Gráfico 8
CHILE: Desviación media relativa de la población económicamente activa, por rama de actividad, según regiones. 1982



6. Una dinámica demográfica social y espacialmente diferenciada

Para concluir esta reseña de la situación demográfica durante la segunda mitad del siglo XX se ha estimado conveniente ilustrar algunos aspectos relativos a las diferencias que presentan las variables demográficas. En rigor, la exposición precedente se ha basado en valores medios para el conjunto de la población, lo cual no es más que un resultado neto de comportamientos disímiles que se perciben en su interior. Como fruto de su peculiar proceso histórico de reproducción, la sociedad chilena exhibe una configuración heterogénea así como una formación espacial que es también diferenciada. Dentro de este contexto no es extraño constatar la existencia de variaciones importantes de la dinámica demográfica. Estas pueden ser consideradas como formas de materialización de distintas conductas motivadas por factores objetivos, derivados de la inserción de los diversos grupos sociales en la estructura productiva y de las condiciones materiales en las que desenvuelven su existencia, y afectadas por pautas culturales que poseen contenidos específicos. Si se tiene en cuenta que las distintas dimensiones intervinientes --económica, social, política y cultural-- no son necesariamente sincrónicas entre sí ni guardan homogeneidad en cuanto a sus efectos, podrá reconocerse que las líneas de determinación de los comportamientos demográficos son de suyo complejas.^{37/} No se persigue aquí el propósito de identificar relaciones causales, sino sólo presentar ciertos aspectos externos de los desiguales patrones demográficos observados en el caso chileno.

Aun cuando en lo que sigue se hará referencia a los valores diferenciales de la fecundidad y la mortalidad, ello no implica omitir el hecho que la heterogeneidad es también consubstancial a la movilidad territorial de la población; la opción se apoya solamente en que para las dos primeras variables se cuenta con mayor información. En todo caso, ha de enfatizarse que quienes migran no conforman un todo homogéneo, sino que presentan diferencias sociales cuyas

^{37/} A este respecto cabe señalar, como un ejemplo, que las acciones públicas en el campo de la salud pudieran contribuir a substanciales reducciones de la mortalidad sin que un mayor desarrollo económico y social sea un requisito necesario para tal fin. Análogamente, es posible concebir cambios culturales, incentivados por intenciones políticas del Estado, en el sentido de promover una aceleración en el descenso de la fecundidad sin que se cumplan condiciones que, en otros contextos sociales y bajo distintas circunstancias históricas, fueron entendidas como antecedentes fundamentales.

repercusiones en términos de los patrones de desplazamiento y modalidades de selección --según lugar de origen-- y de inserción --según área de destino-- cobran especial significación como parte del proceso más general de cambio de la sociedad. De esas condiciones se deduce, por lo demás, que no sólo hay diferentes tipos de migrantes, sino también diferentes tipos de migración. Además, no debe quedar desapercibido el hecho que tan importante como la identificación de grupos específicos de migrantes --y de las unidades espaciales involucradas-- es el reconocimiento de aquellos que no migran, particularmente de quienes, a pesar de experimentar condiciones objetivas de expulsión en sus áreas de residencia, no adoptan decisiones de traslado. Este último fenómeno reviste especial interés al considerar los eventuales efectos de ciertas transformaciones sociales y económicas, como las vinculadas con la reorganización de las estructuras agrarias.^{38/}

La información sobre mortalidad general, expresada mediante la esperanza de vida por sexo, permite comparar las condiciones vigentes en las diversas regiones en los períodos 1969-1970 y 1980-1985.^{39/} De tales datos se infiere que, en general, los menores niveles de mortalidad correspondían a las regiones extremas del país --Tarapacá y Magallanes--, así como a la Metropolitana y a la de Valparaíso; por el contrario las condiciones más adversas se registraban en Bío-Bío, Maule, Araucanía, Antofagasta y Los Lagos. Siendo las variaciones interregionales más acusadas entre los hombres, el rango de las mismas se redujo para ambos sexos entre los dos períodos considerados: inicialmente éste era de 7 y 5.4 años de esperanza de vida en el caso de hombres y mujeres, respectivamente, en tanto que en el quinquenio final estas diferencias disminuyen a 5.8 y 4.3

^{38/} Con relación a este tema, Raczynski ("Determinantes del Exodo Rural...", op.cit.) ha destacado la menor propensión migratoria en zonas de minifundio y entre la población indígena. Otros estudios en los que se relacionan las acciones de reforma agraria con migración muestran comportamientos contrapuestos acerca de los efectos de aquéllas en cuanto a retención de población, como lo señala Urzúa, Raúl, "Determinantes y Consecuencias de la Distribución Espacial de la Población en América Latina", en Alberts, Joop y Miguel Villa, eds. Redistribución Espacial de la Población en América Latina (Santiago, CELADE, 1980), esp. pp. 56-57. Una investigación realizada en la zona central de Chile señala que en áreas donde las expropiaciones alcanzaron mayor intensidad tendía a incrementarse el peso de los factores de arraigo; Arguello, Omar, Reforma Agraria, Participación y Migraciones (Santiago, ELAS-CELADE-PROELCE, 1975, mimeo).

^{39/} INE-CELADE, Chile: Tablas..., op.cit.

años. En otros términos, la brecha de mortalidad entre regiones ha tendido a cerrarse a medida que se han alcanzado más altos valores de esperanza de vida, situación que se deriva de los mayores incrementos registrados en las unidades que se encontraban en las posiciones más desmedradas. Más específicamente, en lo que atañe a la mortalidad infantil los menores índices corresponden a la Región Metropolitana, a la cual siguen Tarapacá y Magallanes. También en este rubro-- y con intensidad bastante superior a lo señalado para la mortalidad general --los mayores descensos de la variable ocurrieron en las regiones donde la misma mostraba sus valores más elevados. No obstante los progresos conseguidos, cabe consignar que la región de la Araucanía presentaba, en el quinquenio 1980-1985, una probabilidad de morir dentro del primer año de vida que duplicaba el valor correspondiente a la Región Metropolitana, sugiriendo una cierta persistencia de las disimilitudes a través del territorio.

Los antecedentes anteriores, especialmente los relativos a mortalidad infantil, permiten señalar que las mayores ganancias en cuanto a atender el propósito de atenuar la incidencia de la mortalidad se consiguieron en zonas donde la misma era más elevada. Esta tendencia pudiera derivarse de una combinación de factores; de un lado, es posible suponer que en aquellas áreas el esfuerzo requerido habría sido de menor envergadura y, de otro, no cabe descartar que los adelantos se asociarían con una orientación más directa de la atención de salud hacia los conjuntos demográficos de más alto riesgo. Desafortunadamente esta información impide considerar cómo han ido variando las diferencias de mortalidad entre grupos sociales específicos, aun cuando los indicios disponibles apuntarían al reconocimiento del carácter generalizado del descenso de esta variable.^{40/}

^{40/} Un estudio realizado con datos referidos a mediados de la década del sesenta apuntaba que la probabilidad de morir entre el nacimiento y los dos años de edad variaba inversamente con el nivel de instrucción de la madre y que, una vez controlada esta variable, aquella probabilidad tendía a ser mayor en las áreas predominantemente rurales de las regiones ubicadas en el segmento central sur del país. Estos elementos podrían servir de base a una hipótesis acerca de rezagos en el descenso de la mortalidad de los menores según la posición social de los padres. Al respecto, véase Behm, Hugo y Mónica Correa, La Mortalidad en los Primeros Años de Vida en Países de la América Latina: Chile, 1965-1966 (San José, CELADE, 1977).

Mediante información proporcionada por los últimos censos de población del país (1970 y 1982) ha sido posible examinar las diferencias inherentes a las tendencias de la fecundidad entre 1950 y 1980.^{41/} Así, se ha detectado que el inicio del descenso en la tasa global se manifestó primeramente entre los estratos socio-ocupacionales clasificados como alto y medio, incluyendo asalariados y trabajadores independientes, que comprendían a poco más de la quinta parte de los jefes de hogares según el último censo. El indicador pertinente alcanzaba, en estos estratos, a alrededor de 3.5 hijos por mujer a mediados de los años cincuenta, situándose apenas sobre 2 hacia fines de los setenta. En contraposición, el conjunto de trabajadores, asalariados o no, que integran los estratos agrícolas bajos registraban tasas globales de fecundidad superiores a 6 en los años cincuenta, experimentando luego una fluctuación alcista, para iniciar su descenso en la segunda mitad de la década de los sesenta y llegar a un valor ligeramente inferior a 4 en 1980. Ocupando una posición intermedia, los estratos bajos no agrícolas, asalariados o no, que estaban compuestos por un tercio de los jefes de hogares, iniciaron el período con tasas globales que oscilaban entre 5 y 6, disminuyendo progresivamente para concluir con un indicador cercano a 3 hijos por mujer. En suma, el descenso de la fecundidad dejó de ser un comportamiento exclusivo de los estratos superiores a contar de mediados de los años sesenta, cuando las conductas favorables a la reducción del número de hijos adquirieron un carácter generalizado. Como resultado, al final del período considerado, las diferencias de las respectivas tasas globales se redujeron considerablemente. De la evolución ocurrida se inferiría que los grupos sociales que han jugado un papel clave en la reducción de los niveles medios de la fecundidad nacional han sido aquellos que integran los estratos bajos, agrícolas y no agrícolas, los cuales concentran al grueso de las mujeres en edades fértiles.

Con relación a los contextos geográficos puede señalarse que en los años cincuenta las tasas globales de fecundidad más bajas, entre 4 y 5 hijos por mujer, eran las correspondientes a las tres regiones más septentrionales y a las de Valparaíso, Metropolitana y de Magallanes. Contrastando con este conjunto, las demás unidades regionales registraban un promedio de 6.4 hijos por mujer.

^{41/} INE-CELADE, La Fecundidad en Chile: Tendencias y Diferencias según Contextos Geográficos y Variables Socioeconómicas, 1950-1980 (Santiago, INE, 1987; en prensa).

Ambos grupos de áreas manifestaron los primeros indicios de disminución de la fecundidad durante los primeros años de los sesenta, proceso que se aceleró en la segunda parte de ese decenio y continuó hasta fines de los setenta aunque a un ritmo cada vez más moderado. Al iniciarse los años ochenta las diversas regiones convergen "hacia valores de la tasa global de fecundidad muy cercanos entre sí, situados entre 2.5 y 3.5 hijos por mujer".^{42/} Las discrepancias iniciales entre las divisiones regionales se asocian con una correlación negativa entre el grado de urbanización y el nivel de fecundidad de las mismas en 1960 y 1970, relación que tiende a diluirse con el tiempo. Esta situación se vincula, sólo en parte, con la disminución paulatina de la diferencia absoluta en el número medio de hijos tenidos por las mujeres residentes en áreas rurales y urbanas (que sólo descendió de 2.3 a 2.1 entre 1967-1969 y 1975-1980), por lo que pudiera deberse más bien al generalizado incremento en el grado de urbanización de las distintas regiones.

II. PROYECCIONES DE LA DINAMICA DEMOGRAFICA HACIA EL SIGLO XXI

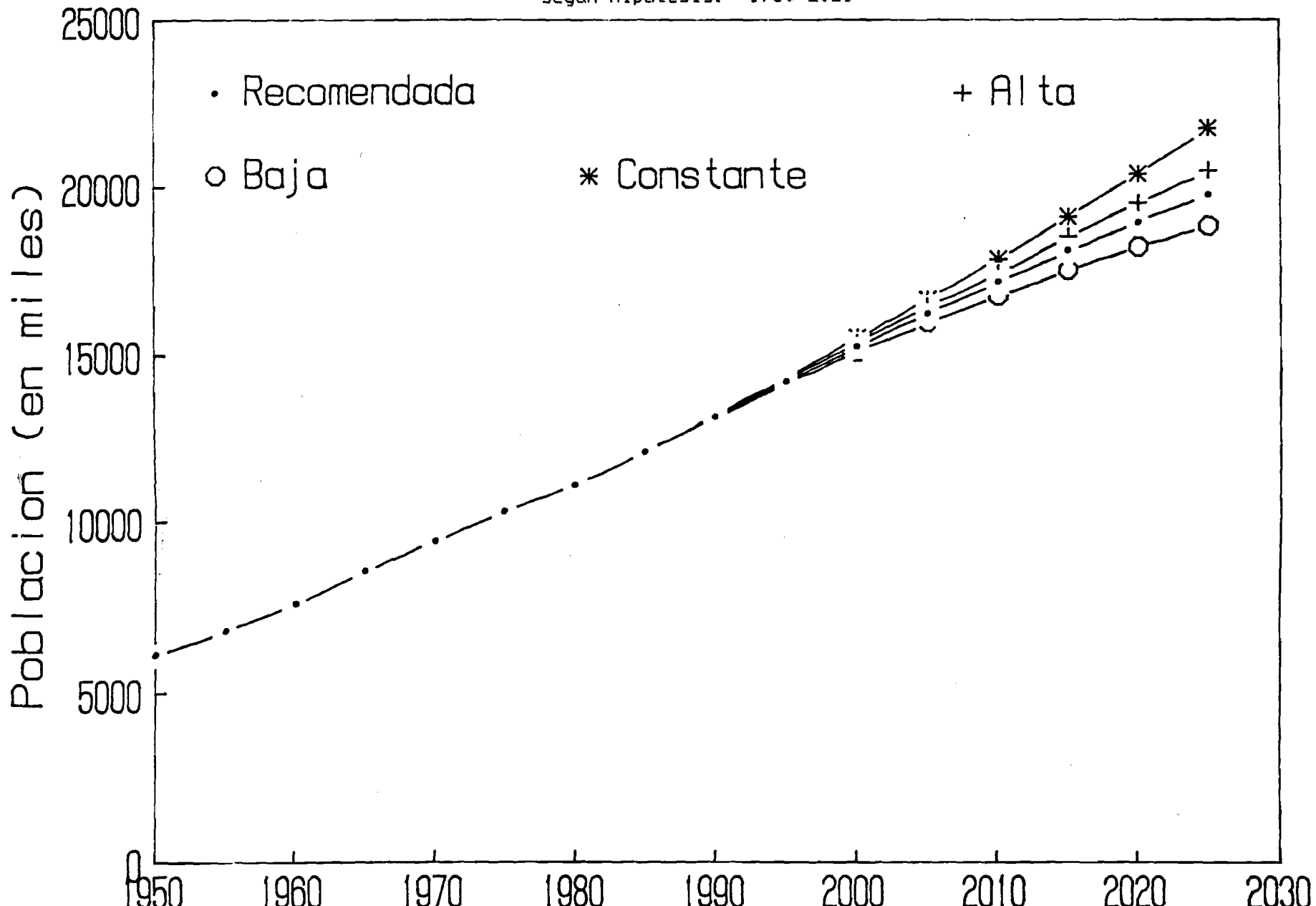
"En nuestra preocupación por aquéllos que podrían poblar la Tierra el año 2000, no nos olvidemos de quienes ya están acá". Carmen Miró ante la Tribuna de Población; Bucarest, 1974.

1. Tendencias, implicancias e incertidumbres

En una serie de sentidos, el año 2000 constituye un hito bastante cercano y probablemente esto es más claro en el ámbito demográfico que en otras dimensiones de la realidad económica y social. De este modo, pudiera decirse que la fascinación producida por el cambio de milenio pierde mucho de su atractivo cuando se advierte que gran parte de lo que será la situación demográfica en aquel entonces es algo virtualmente definido. Aún más, salvo que intervengan

42/ Ibid., p. 39.

Gráfico 9
CHILE: Evolución esperada de la población total,
según hipótesis. 1950-2025



circunstancias excepcionales --por ende, imprevisibles-, no menos del setenta por ciento de las personas que habitarán el país al comenzar el nuevo siglo serán sobrevivientes de quienes ya lo poblaban en 1985. Atendidas la magnitud e intensidad de las modificaciones experimentadas por las variables que componen el cambio de población --y considerando el conocimiento que sobre estas materia se tiene--, es improbable que en el resto del siglo XX se alteren significativamente las tendencias como para ocasionar sorpresas en cuanto al tamaño esperado de los efectivos demográficos del año 2000, a sus aspectos de estructura o a los rasgos generales de sus pautas distributivas.

Los niveles alcanzados por la fecundidad y la mortalidad, comúnmente interpretados como definitorios de una "etapa avanzada de transición demográfica", dejan poco espacio a ejercicios especulativos sobre lo que presumiblemente ocurrirá en los quince años siguientes a 1985. Las hipótesis alternativas sobre la evolución futura de estas variables no originan resultados que pudiesen calificarse como trayectorias efectivamente distintas dentro de tal plazo. Bajo tales condiciones, las líneas gruesas del tamaño y de la composición de la población aparecen delimitadas entre cotas vecinas. A su vez, los niveles de urbanización ya obtenidos por la población chilena son lo suficientemente elevados --y hasta, podría argumentarse, cercanos a su límite-- como para esperar cambios de importancia en la distribución ecológica de los habitantes en ese lapso de una década y media. Esta última consideración sería aplicable, aunque tal vez con menor grado de certidumbre, en lo que atañe a la repartición interregional de la población; habida cuenta de la atenuación en el crecimiento demográfico, es de suponer que los márgenes de redistribución de los efectivos también tenderán a decrecer.

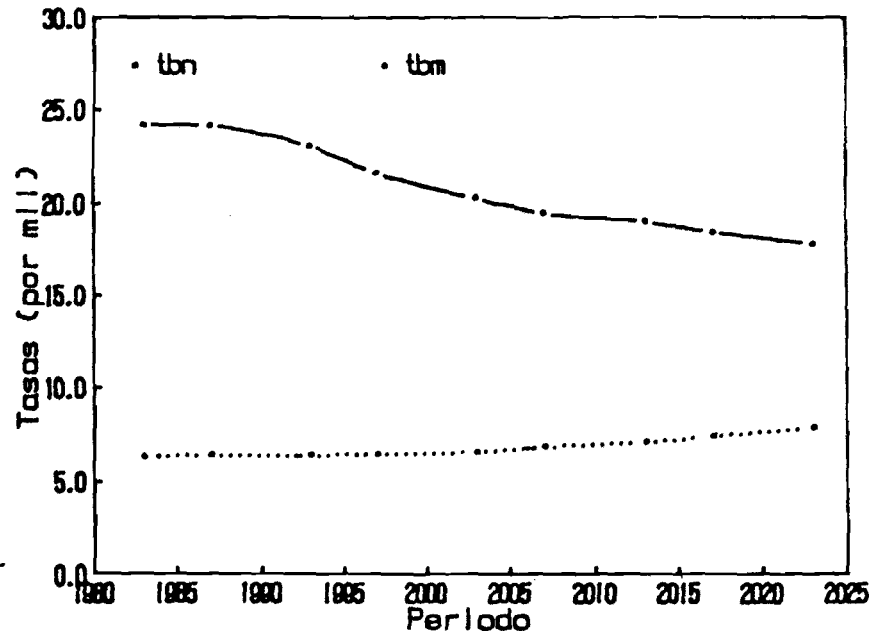
"Ningún planificador educativo, o de los recursos humanos, podrá sorprenderse el año 2000 de las demandas que deberá satisfacer. Ya están determinadas. Otro tanto ocurre, por ejemplo, con los efectos de las ganancias en la esperanza de vida o una postergación de la edad de retiro sobre el financiamiento de los sistemas de seguridad social. Igual cosa vale con referencia a las transformaciones cualitativas que se imponen en los servicios de asistencia médica destinados a responder a las modificaciones en la estructura de la morbilidad y la mortalidad por causas".^{43/}

^{43/} CELADE, "La población y el desarrollo. Hechos y reflexiones", en Notas de Población, Año XIV, No. 38 (agosto, 1985), pp. 104-105.

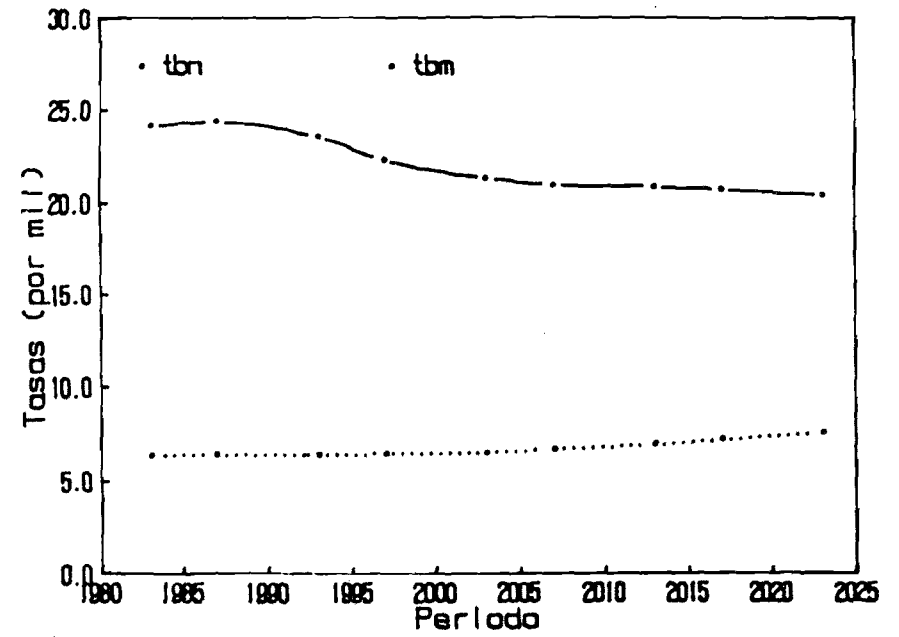
Gráfico 10

CHILE: Evolución esperada de las tasas brutas de natalidad y de mortalidad, según hipótesis. 1985-2025

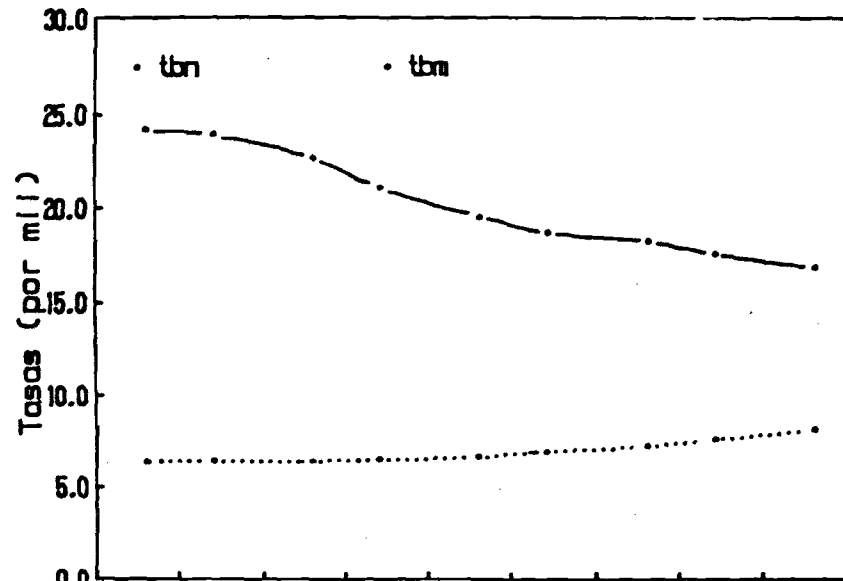
Alta



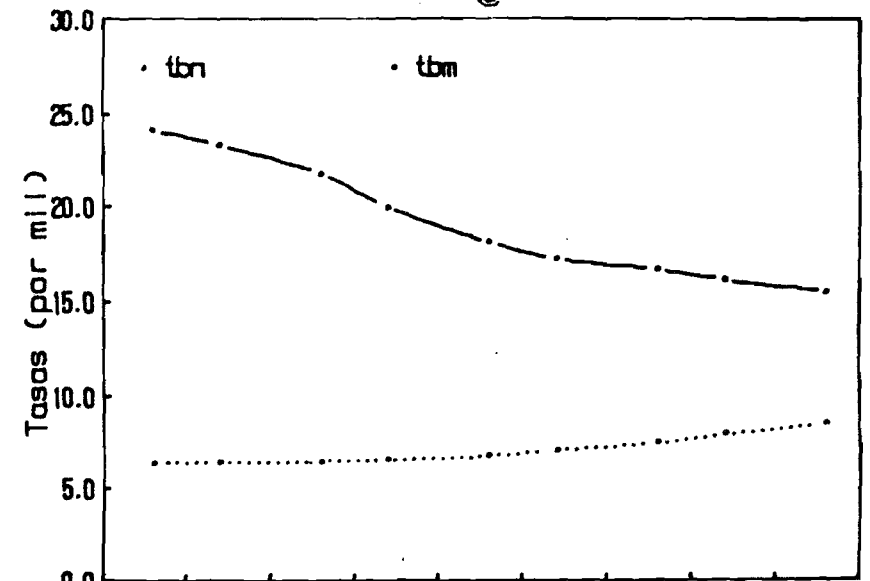
Constante



Recomendada



Baja



Si bien es efectivo que se dispone de abundantes elementos de juicio para evaluar las implicancias que se derivarán del desenvolvimiento de las tendencias demográficas, no es propio inferir que éste es un asunto de naturaleza inmutable y, por lo mismo, carente de relevancia social. Por el contrario, de su misma definición se deduce que el concepto de dinámica demográfica involucra movimiento y éste opera de modo interactivo con el resto de las dimensiones analíticamente discernibles dentro de la realidad social, económica, política y cultural. En este sentido, el grado de certidumbre acerca de cómo operarán los factores que determinan la atención de las antedichas implicancias es relativamente bajo y, sin duda, más desconocido todavía es el impacto que esos mismos factores ejercerán sobre el ulterior comportamiento de las variables insertas en el cambio de población.

Aun cuando es razonable aceptar que las tendencias demográficas se revisten, a corto plazo, de una aparente inercia, las acciones que, dentro de un lapso igualmente breve, eventualmente se emprendan acarrearán indudables efectos. Y éstos serán de compleja especificación, por cuanto se desprenderán de las estrategias y comportamientos de diferentes grupos sociales. Cabe añadir, por otra parte, que la lógica de la intervención puede derivarse del mismo conocimiento de la situación demográfica y de la toma de conciencia sobre sus diversos significados. Además, aquel conocimiento puede, a su vez, llevar al reconocimiento de que una sociedad, o los grupos de poder existentes en su seno, posee la capacidad y la legitimidad --conferida o asumida-- para interferir en la dinámica demográfica con el objeto de alterar el curso "natural" de los acontecimientos. Más aún, pese al consenso acerca de la existencia de una estrecha relación entre la dinámica de la población y el desarrollo económico y social, así como de la universal declaración sobre la necesidad de inscribir las políticas demográficas en los planes de desarrollo, las variables demográficas han sido objeto de programas específicos.^{44/} Actividades de esta índole se han

^{44/} Téngase presente el Plan de Acción Mundial aprobado en Bucarest (1974) y refrendado, con ligeras modificaciones, en México (1984); en ambas ocasiones, correspondientes a sendas conferencias internacionales convocadas por las Naciones Unidas, los representantes oficiales de los gobiernos, tras intenso debate, arribaron a acuerdos unánimes respecto a los preceptos fundamentales del Plan. Un riguroso examen de las potencialidades del Plan aparece en Miró, Carmen, "The World Population Plan of Action: A political instrument whose potential has not been realized", en Population and Development Review, Vol. 3, No. 4 (diciembre, 1977), pp. 421-442. Véase, también, CELADE, Conferencia

desplegado, por ejemplo, en el caso de la mortalidad, particularmente de la que afecta a los menores, operándose con distinta intensidad para obtener también diferentes grados de éxito. Algo similar podría apuntarse con respecto a la fecundidad; en este caso, tras conocerse resultados de encuestas ad hoc sobre el número de hijos deseados por las mujeres o las parejas, o como parte de políticas orientadas a modificar las conductas acerca del tamaño de la familia -- frecuentemente incentivadas por los centros de poder internacional-- se han impulsado importantes programas de reducción de la mortalidad.^{45/} En otros términos, la dinámica demográfica puede ser alterada con abstracción de transformaciones o reformas estructurales de la sociedad. Se abren, así, interrogantes relativas a la naturaleza y viabilidad de las futuras acciones específicamente dirigidas al plano demográfico.^{46/}

Indiscutiblemente, hay otras áreas del devenir social, también estrechamente vinculadas con el cambio de población, que contribuyen a incrementar la indeterminación relativa de lo que podrían ser las tendencias venideras. Una de estas áreas se refiere al cambiante papel de la familia en el contexto de una crecientemente compleja trabazón institucional; como parece obvio, los patrones de constitución y disolución de los núcleos inciden de manera bastante directa sobre el comportamiento reproductivo. No hay tampoco certeza en lo que atañe a la prolongación de la duración de la vida mediante el progresivo control de las enfermedades degenerativas, materia ésta en la que se han obtenido importantes avances y cuyas repercusiones serían múltiples, como también lo serían, aunque en

Internacional de Población: México, 1984 (Santiago, CELADE, 1984), volumen que contiene las declaraciones de las delegaciones de América Latina y del Caribe en las sesiones plenarias de aquel evento. Por otra parte, la Resolución No. 3 de la Reunión Latinoamericana Preparatoria de la Conferencia Internacional sobre Población, aprobada unánimemente por los delegados gubernamentales, incluye en su párrafo c) la indicación siguiente: "que las políticas de población que adopten los países... formen parte integrante de sus políticas de desarrollo económico y social, y no alternativas a ellas ni independientes de ellas". (Notas de Población, Año XI, No. 33 (diciembre, 1983, p.148)).

^{45/} CELADE, "La población y el...", op.cit., p. 109.

^{46/} Por cierto que no sólo se trata de imaginar nuevas acciones, sino también de las orientaciones de las políticas en términos de su efectividad y eficacia social; la reducción de las diferencias que presentan los niveles de mortalidad entre sectores de la población, identificables social y espacialmente, no implica adelantos en la tecnología médica, sino principalmente la decisión política de reasignar recursos.

otros aspectos, las derivadas de una sustancial merma en las afecciones endógenas entre los recién nacidos.^{47/} Otra área que presenta ciertas incertidumbres es la relativa a la movilidad internacional de la población, asunto que está afectado por una multiplicidad de determinaciones vinculadas al sistema de relaciones entre países; a pesar del incremento en las restricciones legales de entrada a las naciones de mayor grado de desarrollo, las evidencias sugieren que ha habido un aumento de la migración hacia éstos, a la vez que una sustancial disminución de los flujos en sentido contrario, situación que posee diversas implicancias todavía no suficientemente aclaradas.

2. Algunos supuestos previos

Las proyecciones demográficas son el resultado de ejercicios diseñados con el propósito de calcular cuál será la magnitud de los habitantes en fechas futuras, teniendo como base de sustentación a juegos de hipótesis sobre la forma en que evolucionarán la fecundidad, la mortalidad y la migración. Por lo tanto, al considerar las cifras proporcionadas por las proyecciones, deberá tenerse siempre presente que se trata de valores esperados, sujetos a diferencias con la realidad; éstas resultan de la discrepancia entre los riesgos y propensiones supuestos (de la fecundidad, la mortalidad y la migración) y aquellos otros que efectivamente experimenta la población. Tales diferencias tenderán a ser tanto más pequeñas cuanto menor sea el período de la proyección, más exactas las estimaciones de los valores de las variables demográficas en torno a la fecha definida como base y mayor asidero posean las hipótesis adoptadas. En otros términos, si bien se opera a partir de datos captados de la realidad, los que son históricamente comparables, es preciso reconocer que una proyección de población, como tentativa de acierto, está sometida a la vigencia de los criterios, objetivos y subjetivos, con que se examina e interpreta una situación real tal como la misma aparece representada por ciertos indicadores básicos obtenidos de la información disponible.

^{47/} Sobre las expectativas de incrementar la mortalidad véase, por ejemplo, Bourgeois-Pichat, Jean, Nuevas Fronteras de la Demografía (Santiago, CELADE, 1985). Con relación a las implicancias del proceso de envejecimiento, véase Chesnay, Jean Claude, La Transition Démographique (París, Presses Universitaires de France, 1986).

Al efectuar proyecciones de población según la "tendencia histórica", normalmente se toma como referencia lo ocurrido con la dinámica demográfica en décadas recientes y, de hecho, se confronta tal evolución con algún modelo de trayectoria probable. Eso implica que no se toman en cuenta los eventuales efectos de grandes transformaciones sociales, económicas y políticas que pudieran ocurrir en el futuro, sino que se tiende a asumir que el cambio demográfico será condicionado por factores semejantes a los que intervinieron en el pasado reciente, considerándose también el conocimiento acumulado sobre otras experiencias. Si se estima que la información que sirve de base a una proyección es la más apropiada acerca de la situación demográfica existente en el momento de su inicio, es claro que el factor crítico estriba en las consideraciones que nutren las hipótesis operativas; es decir, se trata de precisar los motivos por los cuales se estima que la evolución de las variables demográficas se encaminará por unos determinados rumbos y no por otros.

Cuando se describió la dinámica demográfica chilena del período comprendido entre 1950 y 1985, se sostuvo que la fecundidad descendió en forma significativa hasta alcanzar a poco menos de tres hijos por mujer. El ritmo de declinación, intenso desde fines de los años sesenta hasta los setenta, ha tendido a aminorarse; esto conduciría a la hipótesis de un cambio cada vez más pausado. Por lo demás, el conocimiento que se tiene de distintas situaciones transicionales, sugiere que difícilmente esta caída de la fecundidad volverá a acelerarse, siendo también improbable que ocurra una inversión del proceso, sin perjuicio que puedan acontecer oscilaciones de pequeña monta. Una vez que la norma reproductiva se ha adaptado a un nivel bajo, lo que supone la readecuación de ciertos valores, resulta extremadamente poco factible un retorno a condiciones pasadas, aún bajo circunstancias de difícil accesibilidad a los medios instrumentales para limitar la concepción. Cabría preguntarse, entonces, acerca de los márgenes de reducción que podrían esperarse.

Debe recordarse que todavía a comienzos de los años ochenta había grupos de población en que las tasas globales de la fecundidad se situaban bastante por encima de la media nacional.^{48/} Pero como estos grupos poseen una incidencia

^{48/} Se trata, básicamente, de tres estratos socio-ocupacionales: a) bajo agrícola de todo el país; b) bajo no agrícola asalariado de las regiones de Bio-Bío y del centro-sur; y, c) bajo no agrícola no asalariado de las regiones

relativa bastante baja en el conjunto total, representando alrededor de una quinta parte de las mujeres en edad fértil en 1982, su eventual contribución a futuras disminuciones en el valor de la variable serán pequeñas, pudiendo esperarse que ese aporte sea gradual, supuesto que tendría especial validez en el caso de los grupos familiares que integran economías campesinas. Otro factor que apoyaría esta condición gradual de la declinación, es el cambio de la fecundidad según cohortes. En todo momento la población está compuesta por distintas generaciones y se estima que las más recientes, socializadas en un medio favorable a un tamaño menor de familia, se distinguirán por aspiraciones reproductivas asociadas a un menor número de hijos.

De todo lo anterior, se inferiría que la fecundidad proseguirá su trayectoria descendente, pero con una velocidad cada vez menor. Sin embargo, no debe descartarse que la situación examinada al inicio del período de la proyección sea más heterogénea que lo percibido mediante las fuentes de datos disponibles y, por lo mismo, la evolución supuesta podría no reflejar fielmente lo que ha acontecido en la realidad. Esta observación hace aconsejable establecer diferentes hipótesis asociadas a un rango de variabilidad, asunto que en el caso de la fecundidad es crucial dada la poderosa gravitación de este factor en la dinámica demográfica.

A continuación, es preciso considerar lo que pudiera esperarse con respecto a la mortalidad. En estas variables han de separarse, por lo menos, dos de sus componentes: infantil y adulta. Como ya fuera señalado, una parte importante de la ganancia en años de esperanza de vida al nacer obtenida por la población chilena, por lo menos en décadas recientes, aparece estrechamente asociada a reducciones de la mortalidad infantil. Sin embargo, es indudable que también se han conseguido progresos en el control de algunas causas de muerte que afectan a la población adulta, especialmente aquéllas del aparato respiratorio y las de índole infecciosa y digestiva. En esencia, en el caso de los adultos, ha disminuido la ponderación de las causas de definición calificadas como "evitables" (por prevención, diagnóstico oportuno y tratamiento, saneamiento ambiental o mediante una combinación de tales medidas), aumentando lo que corresponde a "no evitables" a través de acciones relativamente simples en el

septentrionales (INE-CELADE, El descenso de la Fecundidad..., op.cit.).

campo de la salud.^{49/} Dadas estas circunstancias, aunque resta todavía cierto margen de reducción en las causas de tipo "evitable", pudiera sostenerse que los futuros descensos de la mortalidad adulta se tornarían crecientemente difíciles y costosos, existiendo indicios de una persistencia de los niveles durante los años ochenta.^{50/} Estos antecedentes se refieren, por cierto, a la situación media de la población y su representatividad es diferente según grupo social y área de residencia; desde luego, sería posible lograr adelantos de importancia en la medida que las acciones confiriesen especial prioridad a sectores tales como los estratos bajos rurales y los urbanos no asalariados, entre los cuales se registran carencias más agudas de protección.

Teniendo en cuenta que una proporción elevada de las muertes en la población corresponden a menores de un año, la evaluación de la mortalidad infantil posee especial significación en el establecimiento de las probables tendencias demográficas en el futuro. Ya se ha mostrado que durante lo que ha transcurrido de la segunda mitad del siglo XX se ha obtenido una significativa reducción de las definiciones que se presentan en el primer año de vida. A lo largo del período de mayor disminución del fenómeno entre 1960 y 1985, aproximadamente las tres cuartas partes de los logros se consiguieron en la componente postneonatal (entre el primer mes y el primer año de vida), situación que aparece asociada a un mayor control de las afecciones del aparato respiratorio y de las enfermedades infecto-contagiosas. Como la componente neonatal experimentó descensos algo menores, el efecto final del proceso ha sido un aumento del peso relativo de ésta, llegando a representar alrededor de la mitad de las muertes infantiles. Debe tenerse presente que en la mortalidad neonatal juegan un papel importante las causas de tipo endógeno que son patologías difíciles de controlar. Por lo tanto,

^{49/} Sobre la clasificación de causas de muerte según su naturaleza, evitables o no, así como respecto a su incidencia relativa y patrón de cambio, véase Taucher, Erica, Chile: Mortalidad..., op.cit.

^{50/} Aún más, a partir de los 30 años de edad entre los hombres y de los 40 en las mujeres, se observó un incremento de la mortalidad entre los bienios 1981-1982 y 1983-1984 (INE-CELADE, Chile: Proyecciones..., op.cit., p.10). Por otra parte, la creciente importancia relativa de las causas de muerte no evitables pudiera estar más asociada con la ampliación de la cobertura de certificación médica que con un aumento real del fenómeno (un indicio en tal sentido lo proporciona el descenso sustancial de las causas mal definidas); sin embargo, la intensidad del incremento en el cáncer del estómago y de las lesiones vasculares y cerebrales merecería una consideración especial.

es probable que el ritmo futuro de disminución de la mortalidad infantil tienda a atenuarse, como ya lo sugieren los últimos datos disponibles. Esto no significa que el país haya llegado a una suerte de situación límite, porque todavía existe un campo relativamente no despreciable de posible reducción.^{51/} Pero históricamente se ha observado que, una vez conseguidos valores como los registrados en Chile a mediados de los años ochenta, las disminuciones sucesivas se hacen lentas. Cabía esperar, en todo caso, un mayor control de las causas de muerte debidas a desnutrición, enfermedades contagiosas y del aparato respiratorio, cuya eliminación permitiría evitar no menos de una quinta parte de las defunciones acaecidas en años recientes; magnitudes mayores de reducción podrían conseguirse mediante una atenuación de las enfermedades del período perinatal, pero los recursos requeridos para tal fin son de alto costo.^{52/}

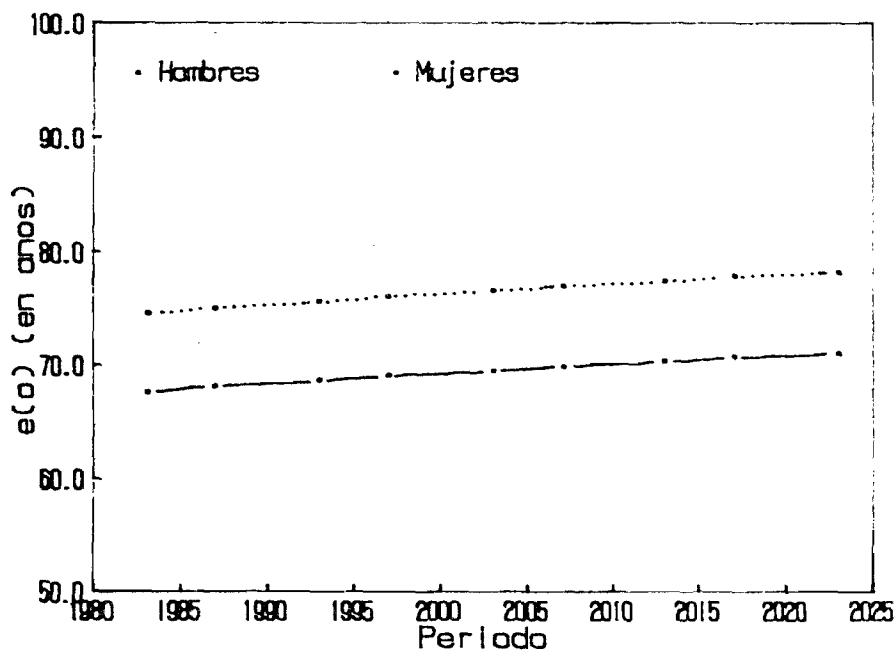
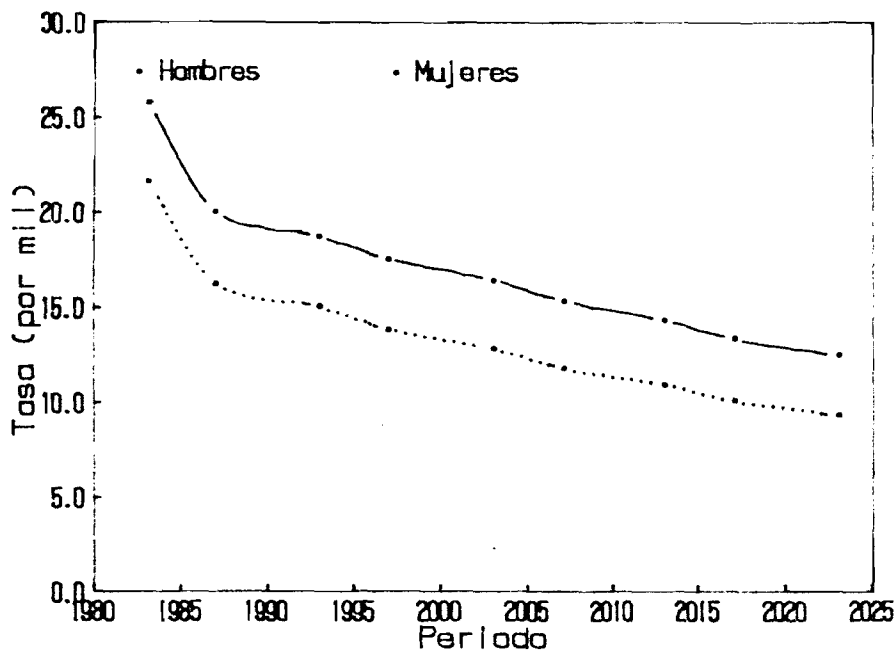
Consecuentemente, una hipótesis razonable acerca de la mortalidad futura de la población chilena consiste en esperar ganancias moderadas en el número de años de esperanza de vida al nacer. Básicamente se considera que no ocurrirán mayores modificaciones en el patrón de cambio histórico de los niveles de la mortalidad de los hombres mayores de 30 años y de las mujeres con más de 40.^{53/} En lo que atañe a la mortalidad infantil se estima que la misma se reducirá en algo más de una tercera parte en el resto del siglo XX. Debido a que la variable mortalidad tiende a moverse dentro de límites que son relativamente bien conocidos y a que ejerce un impacto menor que la fecundidad sobre la dinámica demográfica, se estima apropiado el uso de un supuesto único de evolución futura.

^{51/} En un estudio reciente se efectúa un rigurosos análisis de las tendencias pasadas y de las expectativas de cambio; así también, se confronta el caso chileno con el de otros países, afirmándose que restaría aún un margen de reducción cercano al setenta por ciento para alcanzar niveles como los de Finlandia a comienzos de los años ochenta (allí la mortalidad postneonatal era un ochenta por ciento menor que la de Chile en fechas comparables y la neonatal era un sesenta por ciento inferior). Véase, Guzmán, José Miguel y Hernán Orellana Mortalidad Infantil Neonatal y Postneonatal en Países Seleccionados de América Latina: ¿Nuevas Tendencias? Los Casos de Cuba, Chile y Costa Rica (Santiago, CELADE, 1987, Mimeo).

^{52/} Ibid.

^{53/} Como parecerá evidente, a raíz de la disminución previa de la fecundidad y el consecuente proceso de envejecimiento de la población, la tasa bruta de mortalidad tenderá al alza.

Gráfico 11
CHILE: Evolución esperada de la tasa de mortalidad infantil y la esperanza de vida al nacer, según hipótesis, 1985-2025



Una menor certidumbre se tiene respecto a lo que eventualmente ocurrirá con la migración internacional. Las incógnitas en esta materia son numerosas. Mediante el examen de las tendencias pasadas, que corresponden a un período de observación con datos imperfectos, se ha optado por una hipótesis más bien "conservadora". Se estima que los saldos migratorios netos mantendrán signos negativos, pero que sus magnitudes probablemente decrecerán de modo paulatino hasta alcanzar valores "históricos" durante el último quinquenio del siglo XX. Tal supuesto puede ser discutible, pero aún si los márgenes de desacierto fuesen grandes, es dudoso que los mismos puedan ocasionar efectos significativamente distintos sobre la futura dinámica demográfica; a menos que mediasen circunstancias excepcionales, es difícil imaginar que el país experimente flujos considerablemente elevados de inmigración o de emigración que originen saldos netos absolutamente superiores a los registrados en el pasado reciente. Finalmente, se ha supuesto que la estructura por sexo y edad de los saldos migratorios externos será semejante a la detectada durante los inicios de los años setenta.

3. Alternativas de evolución

De la exposición precedente se desprende que el procedimiento utilizado para elaborar las proyecciones es el conocido como "método de los componentes, cuya noción básica arranca de la ecuación fundamental de la demografía según la cual el cambio de una población, entre un momento en el tiempo y otro posterior, estará determinado por los comportamientos de la fecundidad, la mortalidad y la migración. Estas variables, actuando combinadamente sobre la población inicial, definirán la magnitud futura de los efectivos demográficos y los patrones de composición por sexo y edad de los mismos.^{54/} Obedeciendo a una práctica frecuente, las proyecciones se presentan en forma de variantes que prporcionan un rango de valores esperados. Cada variante descansa en hipótesis específicas sobre la evolución de las variables demográficas. Una de estas alternativas suele ser considerada como indicativa de la tendencia que, a la luz de lo que se conoce sobre pasadas experiencias y en función de los antecedentes acerca de la realidad particular, aparece como la más probable. Las demás variantes contribuyen a acotar la zona de mayor probabilidad, aunque esto no implica negar

^{54/} Para mayores detalles de naturaleza técnica, véase CELADE, Métodos para Proyecciones Demográficas (San José, CELADE, 1984).

de plano la posibilidad que los comportamientos futuros se coloquen fuera de tales límites.

Como ha sido indicado en la sección precedente, las alternativas de evolución en el caso de la población chilena, cuyas implicancias serán objeto de comentarios posteriores, se derivan de diferentes supuestos acerca de la fecundidad, pero de una misma trayectoria de las otras dos variables demográficas.^{55/} Respecto a la mortalidad, la hipótesis única se proyecta en términos de una esperanza de vida al nacer de 73 años en el primer lustro del siglo XXI, valor que equivale a un incremento de dos años con relación al quinquenio 1980-1985; simétricamente, en torno a aquella magnitud --y con una diferencia recíproca de siete años, definida en favor de las mujeres-- se situarán los indicadores pertinentes a cada sexo. A su vez, la mortalidad infantil se reduciría, en el quinquenio 2000-2005, a 14.6 por mil. Por último, la tasa bruta de mortalidad, debido al factor de la estructura por edades, aumentaría ligeramente a 6.6 por mil. Reviste interés examinar los niveles de estos indicadores en relación con las condiciones observadas y proyectadas en el ámbito latinoamericano.^{56/} A comienzos de los años ochenta, Cuba y Costa Rica presentaban valores de esperanza de vida al nacer que ya superaban los 73 años y en el primero de esos países la mortalidad infantil era de 15 por mil en 1984. Según las proyecciones, en el primer quinquenio del siglo XXI, en unos seis países se tendrían niveles de mortalidad general --expresados por la esperanza de vida al nacer-- inferiores a los que se esperan en Chile y otros tres lograrían menores índices de mortalidad infantil. Con relación a la migración internacional, se ha supuesto que al iniciarse el próximo siglo, la tasa pertinente se aproximaría a -0.4 por mil, correspondiente a menos del cuatro por ciento de la tasa de crecimiento natural aun en el caso de la hipótesis baja de fecundidad.

Quedan por considerar las alternativas previstas en materia de fecundidad. El supuesto al que se otorga mayor probabilidad indica que la tasa global alcanzaría a 2.5 hijos por mujer en el quinquenio 2000-2005, significando una

^{55/} Las referencias corresponden a las últimas proyecciones oficiales del país, véase INE-CELADE, Chile: Proyecciones..., op.cit.

^{56/} Estas comparaciones se efectúan con datos de CELADE, "Situación demográfica...". op.cit. y de Guzmán, José Miguel y Hernán Orellana, op.cit.

reducción del once por ciento en el lapso de los quince años posteriores a 1985; a este valor del indicador correspondería una tasa neta de reproducción de 1.2. La variante baja involucra, al comenzar el siglo XXI, una tasa global de fecundidad de 2.3 hijos y una tasa neta de reproducción de 1.1, bastante próxima al nivel de reposición demográfico. Por otra parte, la variante alta supone que en la fecha de referencia habrá 2.6 hijos por mujer y una tasa de reproducción de 1.3. Finalmente, apenas como elemento de referencia, una cuarta alternativa consiste en la invariancia de la fecundidad, manteniendo ésta la magnitud estimada en el primer quinquenio de los ochenta; es decir, una tasa global de 2.8 y una tasa neta de reproducción de 1.3. 57/

Como se desprende de las magnitudes mencionadas, todas las variantes implican que el número de nacimientos superará al de las defunciones en lo que resta del actual siglo porque, aun en el supuesto más bajo, la tasa neta de reproducción es mayor que la unidad. Por lo demás, si se produjese una reducción de ésta, todavía no se anularía el efecto del incremento natural a causa del alto potencial de crecimiento implícito en una estructura por edades que aún es relativamente joven. De algún modo, este factor se manifiesta en el hecho que la tasa bruta de natalidad alcanzaría probablemente a 19.4 por mil al comenzar el siglo XXI, teniendo como límites a 18.1 y 20.2 por mil en las hipótesis baja y alta, respectivamente; según el supuesto de constancia, esta tasa alcanzaría a 21.3 por mil. 58/

Al comparar los indicadores anteriormente señalados con los de otros países de América Latina, se aprecia que la población chilena se sitúa progresivamente entre las de más bajo rango reproductivo. Así, se ha proyectado para la macrorregión en su conjunto una tasa global de 2.9 hijos por mujer en el quinquenio 2000-2005, valor semejante al obtenido en Chile a fines de los años setenta; en todo caso, se espera que, por lo menos, otros cuatro países alcancen valores similares o inferiores a 2.5 hijos al iniciarse el próximo siglo. Por lo demás, ya a comienzos de los años ochenta Cuba exhibía una tasa global de

57/ Cabe aquí apuntar que, al mantenerse constante la fecundidad mientras desciende la mortalidad, la tasa neta de reproducción, en virtud de su propia definición, debería tender a aumentar.

58/ Con algunas fluctuaciones, el número medio anual de nacimientos del período 1985-2005 tiende a mantenerse constante en el caso de la variante media.

fecundidad de alrededor de 2, cifra que, a su vez, era mayor que la de casi todos los países europeos en aquel entonces y similar a la de otros dos del área angloparlante del Caribe.

Según las cuatro variantes de la proyección, las tasas anuales de crecimiento demográfico presentan una clara tendencia al descenso. De 1.7 por ciento en el primer quinquenio de los ocheta, decrece a 1.2 por ciento en los primeros cinco años del siglo XXI, de acuerdo con la hipótesis media de fecundidad; el rango probable de variación estaría entre 1.3 y 1.1 por ciento, según las alternativas alta y baja, respectivamente, mientras que de acuerdo al supuesto de invariancia de los niveles reproductivos el indicador sería de 1.4 por ciento. Como resultado, el incremento anual de la población en números absolutos se mantendría prácticamente constante entre 1985 y 2000, con alrededor de 210 mil personas, según la variante media; en cambio, descendería paulatinamente, hasta unos 191 mil efectivos en el caso de la hipótesis baja. Por su parte, la alternativa alta mostraría algunas fluctuaciones y en el último quinquenio del siglo este aumento llegaría a 219 mil. Finalmente, en el supuesto de invariancia se observaría un incremento paulatino hasta alcanzar a 230 mil personas. Pero un punto a destacar es que, considerando los márgenes de lo probable, la etapa de máximo crecimiento absoluto será un asunto del pasado cuando se llegue al año nuevo del segundo milenio.

¿Cuál será el tamaño de la población de Chile el año 2000? Las cuatro respuestas a esta pregunta varían entre 15.1 y 15.5 millones, considerándose como "recomendable" la cifra de 15.3 millones que arroja la variante media. En otros términos, el aumento neto de los efectivos demográficos en los quince años siguientes a 1985 sería equivalente a un 26 por ciento de los mismos, existiendo un margen probable de ± 2 por ciento (aun el supuesto de fecundidad constante origina un incremento no mayor del 28 por ciento). Las escasas diferencias entre las variantes ejemplifican los efectos de los cortos plazos en demografía.^{59/} Si se ampliase el horizonte temporal, las distintas hipótesis se traducirían en brechas mayores; así por ejemplo, en el año 2025 los resultados de los tres

^{59/} Utilizando distintos supuestos y un diferente enfoque técnico, un estudio proyecta la población al año 2000 según cuatro "escenarios" que varían entre 15.3 y 14.4 millones de personas; al respecto, véase Báez, Rodrigo, "Escenarios Poblacionales para Chile 2000", en Futurión.

supuestos de mayor probabilidad son: 18.9, 19.8 y 20.5 millones de personas (en el caso de una invariancia de la fecundidad, la cifra se eleva a 21.8 millones). Dejando el año 2025 para más adelante y retornando al 2000, que tanto interés concita, puede agregarse que la población chilena representaría un 2.9 por ciento de la que residiría en toda la América Latina. Esta proporción es menor que la observada en años precedentes, habiendo alcanzado a poco más del 3.6 por ciento en 1960. Como parece evidente, esta simple ilustración apenas muestra el efecto neto de disímiles ritmos de cambios demográfico, aun cuando la misma se ha prestado a interpretaciones que exceden su sentido estricto.^{60/}

4. Urbanización y distribución regional de la población

Mediante un ejercicio realizado con los datos de la variante media de la producción, se han obtenido indicaciones preliminares acerca de la probable distribución territorial de la población chilena el año 2000, cuando la densidad media nacional superaría levemente los 20 habitantes por km². Teniendo en cuenta las diferencias interregionales en los valores de las variables demográficas del crecimiento natural y el efecto redistribuidor de la migración interna, se ha detectado que no se modificarán las grandes pautas de la ocupación del territorio. Así, es probable que la zona nuclear tradicional, entre Coquimbo y Chiloé, siga siendo asiento de nueve de cada diez chilenos; sin embargo, en el interior de este espacio ocurriría un decrecimiento relativo --con tasas de incremento demográfico menores que las del país-- y progresivo de todas las regiones, salvo la Metropolitana. Esta última concentraría al 41.5 por ciento del total de los habitantes de Chile, pero el conjunto que la misma forma con las otras dos regiones más pobladas --Bío-Bío y Valparaíso-- no experimentaría mayor incremento en su peso proporcional. Donde el despoblamiento relativo

^{60/} Según las proyecciones antes mencionadas (CELADE, "La Situación...", op.cit.), la población de América Latina en el año 2000, de acuerdo a la variante media, llegaría a 534.6 millones de personas y su tasa media anual de crecimiento iría descendiendo desde 2.3 a 1.7 por ciento entre los años ochenta y el primer quinquenio del siglo XXI. La población conjunta de los tres países vecinos de Chile alcanzaría a 74.9 millones el año 2000 (en 1985 era estimada en 56.7 millones). Como parte de una reciente polémica, Juan González, del Instituto Geopolítico de Chile sostuvo: "si nuestro país no cambia sus orientaciones prácticas en materia de demografía, el año 2000 estaremos rodeados por 80 millones de personas en los Estados vecinos, ansiosas de sacar sus productos a los mercados del Pacífico por puertos chilenos", en Creces, Vol. 7, No.7 (julio, 1986), p.44.

alcanzaría especial incidencia es en las regiones del centro-sur del país, entre O'Higgins y Los Lagos. Presumiblemente este rasgo, ocasionado por el efecto erosionador de la emigración sobre las ya menguadas tasas de crecimiento natural, connotaría una transferencia demográfica preferentemente hacia la región metropolitana. Frente a este panorama de "anemia" en materia de aumento de población, los extremos del país, esencialmente Tarapacá, Magallanes y, en menor medida, Aysén, continuarían su tendencia expansiva, pero no sólo sobre la base de su incremento vegetativo, el que presumiblemente sería similar --tal vez algo menor-- al promedio nacional, sino a través de la inmigración.^{61/} En el Lejano Sur las corrientes serían originadas principalmente en las regiones cercanas, atributo que también estaría presente en Tarapacá, pero en combinación con flujos desde el centro del territorio.

Corresponde aquí introducir algunos resguardos. Existiendo bases de proyección relativamente aceptables en el caso de la mortalidad de las regiones y algo menos sólidas en el de la fecundidad, la migración se constituye en una variable de comportamiento altamente incierto. Y al ocurrir una declinación de la tasa de crecimiento natural, este tercer componente del cambio de población se torna crítico. Ahora bien, como la movilidad espacial de la población tiende a confundirse con los desplazamientos de la fuerza de trabajo, ella es altamente sensible a los factores que regulan los mercados laborales. Por consiguiente, el ejercicio realizado está expuesto a variaciones despreciables, en particular porque estuvo alimentado por los antecedentes sobre migración en apenas dos quinquenios y se le otorgó mayor ponderación a los patrones observados en el último de ellos (1977-1982). Bien pudiera ocurrir que la canalización de inversiones hacia determinadas regiones motive transformaciones en su dinámica demográfica que no guarden una relación estrecha con tendencias previas. En general, cabría esperar que los efectos adquirieran un impacto notorio en el caso

^{61/} Hacia el último quinquenio del siglo XX se considera que los indicadores demográficos básicos de las regiones presentarán una convergencia en torno a las medias nacionales. Aún así, la hipótesis utilizada en el ejercicio involucra tasas globales de fecundidad que en aquel entonces seguirían cercanas a 3 hijos por mujer en las regiones de la Araucanía, Maule y Aysén; a su vez, los valores menores se presentarían en Magallanes, la Región Metropolitana y Valparaíso. Por otra parte, los índices más elevados de mortalidad infantil corresponderían a la Araucanía, Los Lagos y Bío-Bío, todas ellas con más de 20 por mil. Los niveles inferiores del fenómeno se encontrarían en la Región Metropolitana, Tarapacá y Magallanes.

de unidades espaciales con producciones más especializadas y reducida población. Los avatares del mercado internacional, como lo muestra la historia, gravitan pesadamente sobre las bases económicas orientadas al exterior; esta vulnerabilidad obviamente afecta las corrientes migratorias. Se abre aquí un campo de especulaciones que requiere, por lo menos, de dos esfuerzos coordinados: un estudio más profundo de los determinantes de la movilidad territorial de los efectivos demográficos y un fortalecimiento de las metodologías para efectuar proyecciones económicas regionales.

El tantas veces comentado sesgo urbano de la población chilena continuaría acentuándose en el futuro y es de esperar que al comenzar el nuevo siglo algo más de nueve de cada diez chilenos habiten lugares urbanos. Tal supuesto implica una persistencia del "letargo" demográfico en las áreas rurales que, no obstante sus mayores ritmos de crecimiento natural, sufrirían una sistemática pérdida por efecto de la migración. Tal situación se vería expresada en el hecho que hacia el año 2000 el campo chileno albergaría unas 370 mil personas menos que en 1985, significando una pérdida neta del 19 por ciento de sus efectivos en el lapso de quince años. Al considerar este cambio, no ha de olvidarse la tendencia hacia una generalización del empleo estacional en el agro, fenómeno que contribuye no sólo a la relocalización espacial de la fuerza de trabajo, sino también a su eventual disponibilidad para cumplir, durante parte del año, otras actividades productivas diferentes a las agropecuarias.

Continuando con el patrón geográfico que se ha venido definiendo en décadas recientes, más del ochenta por ciento de los pobladores rurales se encontrarían entre las regiones de O'Higgins y Los Lagos, correspondiendo las mayores proporciones a las de Maule y la Araucanía. A su vez, el reparto de los habitantes urbanos entre las divisiones administrativas de orden superior no variaría sustancialmente con respecto a lo detectado entre 1970 y 1982; los niveles más altos del grado de urbanización se encontrarían en las regiones de Antofagasta, Metropolitana, Tarapacá, Atacama, Valparaíso, Magallanes y Aysén, en todas las cuales la incidencia relativa de la población rural llegaría a ser francamente marginal.

Un asunto más difícil es el que atañe a la futura distribución de los efectivos urbanos nacionales entre los centros según el tamaño de los mismos.

CHILE: POBLACION TOTAL URBANO Y RURAL, SEGUN REGIONES
CENSOS 1970 Y 1982.

REGION	1970			1982			1970			1982		
	TOTAL	URBANO	RURAL	TOTAL	URBANO	RURAL	TOTAL	URBANO	RURAL	TOTAL	URBANO	RURAL
PAIS	8884768	6675072	2209696	11329736	9316127	2013609	1.000000	0.751293	0.248706	1.000000	0.822272	0.177727
I	175208	159439	15769	275144	257846	17298	1.000000	0.909998	0.090001	1.000000	0.937131	0.062869
II	251976	243286	8690	341702	337050	4652	1.000000	0.965512	0.034487	1.000000	0.986385	0.013614
III	153888	128783	25105	183407	167282	16125	1.000000	0.836861	0.163138	1.000000	0.912080	0.087919
IV	336646	205025	133621	419956	309149	110807	1.000000	0.605425	0.394574	1.000000	0.736146	0.263853
V	966419	831217	135202	1210077	1073162	116915	1.000000	0.860100	0.139899	1.000000	0.903382	0.096617
VI	487233	235895	251338	586672	375800	210872	1.000000	0.484152	0.515847	1.000000	0.640562	0.359437
VII	617477	292462	325015	730587	409354	321233	1.000000	0.473640	0.526359	1.000000	0.560308	0.439691
VIII	1253865	844148	409717	1518888	1152506	366382	1.000000	0.673236	0.326763	1.000000	0.758782	0.241217
IX	602010	299723	303087	676232	376947	301285	1.000000	0.496541	0.503458	1.000000	0.568503	0.431496
X	744528	368121	376407	848699	494635	354064	1.000000	0.494435	0.505564	1.000000	0.582815	0.417184
XI	50300	32164	18136	66361	51128	15233	1.000000	0.639443	0.360556	1.000000	0.770452	0.229547
XII	89443	77082	12361	131914	119038	12876	1.000000	0.861800	0.138199	1.000000	0.902390	0.097609
RM	3153775	2958527	195248	4318097	4152230	165867	1.000000	0.938090	0.061909	1.000000	0.961587	0.038412

CHILE: DIFERENCIA DE CRECIMIENTO URBANO - RURAL ANUAL MEDIO
Y ESTIMACION DEL PORCENTAJE DE POBLACION URBANA Y RURAL, SEGUN REGIONES. 1980-2000

REGION	CRECIMIENTO ANUAL MEDIO.1970-82	URBANO					RURAL				
		1980	1985	1990	1995	2000	1980	1985	1990	1995	2000
PAIS	0.035533	0.812693	0.838251	0.860918	0.880861	0.898281	0.187306	0.161748	0.139081	0.119138	0.101718
I	0.032354	0.933597	0.942949	0.951053	0.958058	0.964097	0.066402	0.057050	0.048946	0.041941	0.035902
II	0.079258	0.984322	0.989397	0.992841	0.995172	0.996746	0.015677	0.010602	0.007158	0.004827	0.003253
III	0.052762	0.903194	0.925995	0.943760	0.957457	0.967931	0.096805	0.074004	0.056239	0.042542	0.032068
IV	0.049238	0.718286	0.765375	0.807579	0.843373	0.873552	0.281713	0.234124	0.192420	0.156626	0.126447
V	0.034947	0.697728	0.912653	0.925649	0.936816	0.946403	0.102271	0.057306	0.074350	0.063183	0.053596
VI	0.053448	0.618037	0.678944	0.734133	0.782951	0.824940	0.381962	0.321155	0.265864	0.217048	0.175059
VII	0.029093	0.547358	0.582980	0.617756	0.651366	0.683535	0.452641	0.417919	0.382243	0.348633	0.316464
VIII	0.035271	0.746925	0.778791	0.807679	0.833599	0.856647	0.253074	0.221209	0.192320	0.166400	0.143352
IX	0.024137	0.557773	0.587360	0.616213	0.644327	0.671479	0.447726	0.412699	0.383786	0.355672	0.328520
X	0.029724	0.567760	0.605695	0.640577	0.674035	0.705309	0.430299	0.394304	0.359422	0.325964	0.294190
XI	0.053173	0.733619	0.799093	0.838419	0.871266	0.898279	0.246780	0.200904	0.161580	0.128713	0.101720
XII	0.032821	0.897043	0.911243	0.923648	0.934446	0.943810	0.102959	0.068759	0.076251	0.065553	0.056189
RM	0.041646	0.958695	0.966230	0.972429	0.977518	0.981684	0.041304	0.033769	0.027570	0.022481	0.018315

NOTA: Se ha supuesto que la diferencia de crecimiento urbano - rural anual medio se ha mantenido constante para cada periodo de la proyeccion.

CHILE: POBLACION TOTAL URBANA Y RURAL ESTIMADA, SEGUN REGIONES.1980-2000

REGION	URBANO					RURAL				
	1980	1985	1990	1995	2000	1980	1985	1990	1995	2000
PAIS	9058420	10154460	11322950	12509902	13675358	2086351	1967220	1850399	1727379	1596613
I	246487	291288	340563	393132	447703	17532	17623	17527	17211	16672
II	332802	359477	386759	413479	438935	5301	3852	2798	2006	1433
III	165773	177099	186714	194187	199128	17768	14153	11126	8626	6597
IV	277405	343624	392853	443136	491734	116643	105044	93612	82296	71179
V	1071334	1172789	1279199	1364678	1487096	122050	112187	102749	93403	84218
VI	361187	417753	477014	535680	590428	223223	197636	172749	145501	125293
VII	394839	453576	519198	587955	657657	326514	324453	321260	314693	304484
VIII	1131412	1239369	1352250	1461851	1561640	383347	352030	321992	291909	261327
IX	385600	434956	490464	549732	609825	305720	305646	305468	303456	298356
X	484395	535937	590963	645197	695001	365867	348893	331583	312018	289686
XI	48881	57755	67307	77353	87633	16032	14520	12971	11427	9924
XII	112410	127037	147679	169650	192758	12902	12374	12208	11901	11476
RM	4025894	4543802	5091957	5653673	6215820	173453	158807	144366	130029	115968

Como una primera aproximación, podría sostenerse que el aglomerado del Gran Santiago albergaría a unos 5.7 millones de habitantes en el año 2000, lo que supone que continuaría operando el efecto concentrador urbano en la capital nacional, aun cuando lo haría según una intensidad decreciente. En virtud de las menores tasas de crecimiento esperadas en los casos de Valparaíso y Concepción, es probable que la relación entre sus magnitudes demográficas y la del Gran Santiago se eleve a poco más de 3.5. De otro lado, las ciudades de tamaño intermedio presumiblemente exhibirán cierta heterogeneidad en sus futuros comportamientos, estimándose que algunas de ellas alcanzarán un dinamismo superior al de la metrópoli santiaguina. Se considera que presumiblemente este atributo tenderá a hacerse presente en ciudades que pudieran absorber externalidades de la mayor aglomeración nacional en virtud de sus cercanos emplazamientos (Rancagua, San Felipe-Los Andes, Peñaflor-Malloco); también se esperarían incrementos de importancia relativa en el tamaño demográfico de centros que poseen localizaciones "remotas" en el espacio nacional y que, por este mismo motivo, tenderían a una diversificación relativa de sus funciones (Antofagasta, Temuco, Arica, Iquique, Punta Arenas, Puerto Montt, etc.). Finalmente, en la medida que se acentúe la descentralización territorial de los procesos de gestión, pudiera ocurrir una cierta expansión de las ciudades que operan como cabeceras regionales.

Por lo general, las expectativas de evolución de las ciudades individuales no deben ser concebidas independientemente de las modalidades de cambio económico y social de sus respectivos entornos, siendo necesario también que se preste atención a la naturaleza e intensidad de las interacciones que se definan dentro de la red urbana. Esto implica que las observaciones efectuadas a propósito del ejercicio regional son especialmente válidas en lo que corresponde a las ciudades. Teniendo en cuenta esta advertencia, las indicaciones efectuadas poseen un carácter tentativo. Con igual cautela ha de examinarse la futura condición de los centros que, por su tamaño, se sitúan en la base de la pirámide urbana. En este respecto se espera que la mayoría de los núcleos pierdan importancia relativa; aun cuando se generasen circunstancias favorables a una revalorización de estos centros pequeños, es probable que sólo unos pocos de ellos consigan aumentar su dinamismo. Podrá postularse, de una manera general, que tenderá a aumentar la movilidad ascendente de la población hacia ciudades de tamaño intermedio.

5. Prosiguen los cambios en las estructuras de la población

Tomando el esquema de la variante media de la proyección es fácil apreciar que el proceso demográfico de envejecimiento seguirá haciéndose presente en lo que resta del siglo XX. Así, se espera que en el año 2000 la edad mediana de la población se eleve a 27.6 años, ocho años más que la estimada en 1960. Esta tendencia se percibe también en los resultados que se derivan de las hipótesis alternativas; en efecto, las variantes alta y baja, respectivamente, señalan medianas de 27.3 y 27.9 años (según el supuesto de fecundidad constante el indicador alcanza a 27.1).^{62/} A diferencia de lo constatado en la etapa previa a 1985, durante los tres quinquenios siguientes aquella medida muestra un incremento regular y sostenido, reflejando los efectos heredados del descenso de la fecundidad. De modo concordante, el escalón inferior de la pirámide de edades, constituido por los niños menores de cinco años, disminuye gradualmente desde la década de los ochenta en adelante, para representar en el año 2000 apenas al 9.9 por ciento de la población total del país; si bien el número absoluto de los pre-escolares experimenta un aumento (del once por ciento) con relación a 1985, la tasa media anual de crecimiento del grupo en el período es de apenas 0.7 por ciento, menos de la mitad del valor correspondiente a la población nacional.^{63/} En directa oposición, el conjunto de las personas en edades avanzadas, de 65 y más años, ve aumentada su posición relativa, llegando al año 2000 con el 6.7 por ciento del total de los habitantes del país y, en virtud de una tasa de crecimiento del 2.5 por ciento, su número absoluto se incrementa en un 46 por ciento. Dadas las modalidades de evolución de estos dos grupos particulares de la población entre 1985 y 2000, el potencial de duplicación de los efectivos menores de cinco años implicaría unos 116 años y el de los ancianos tan sólo 27, diferencia que es bastante expresiva de la tendencia creciente hacia el envejecimiento.

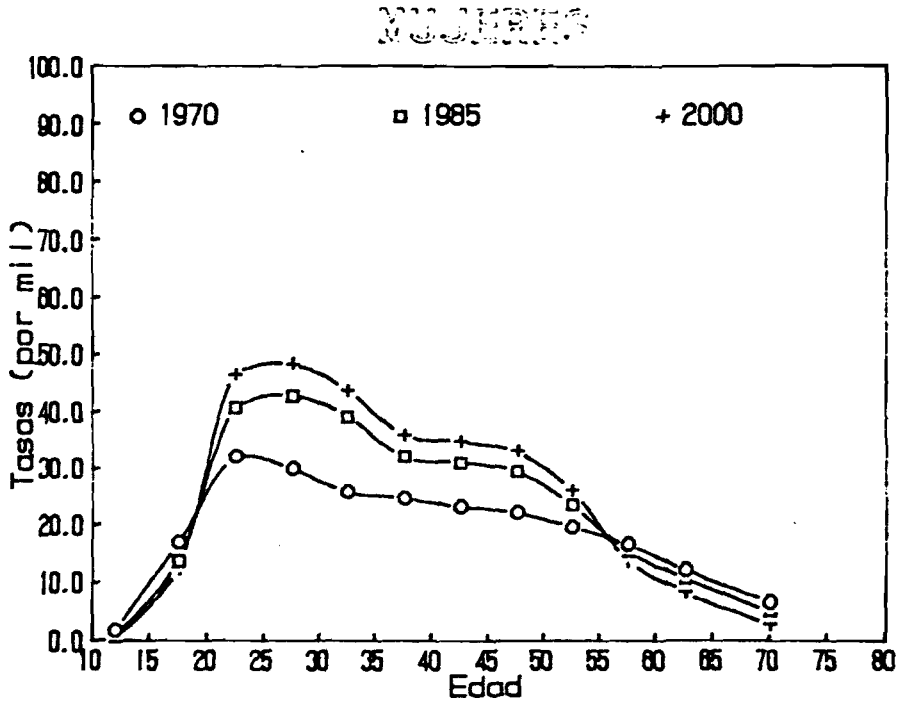
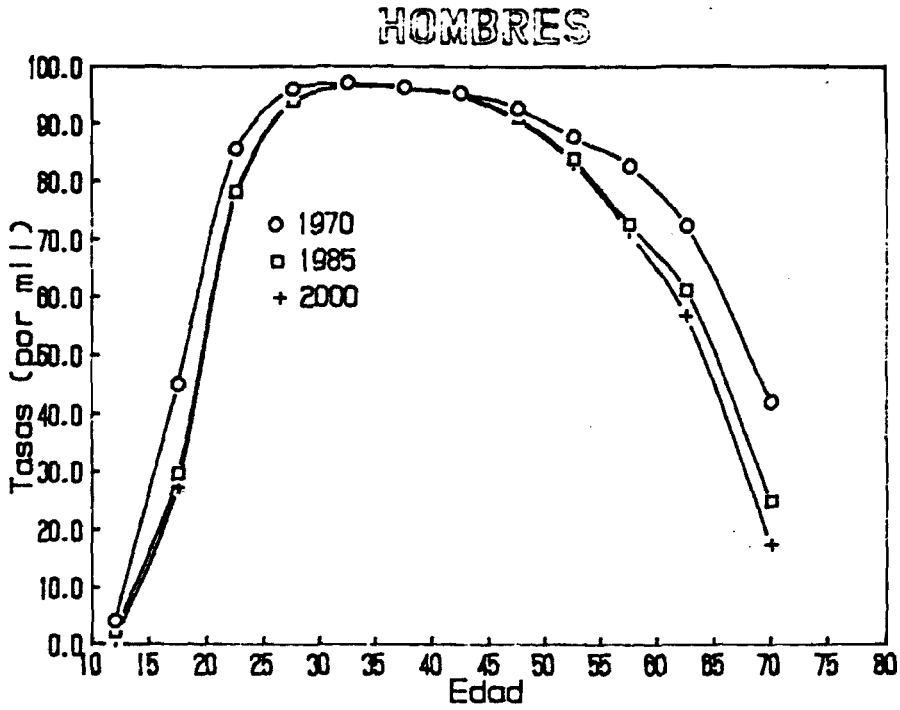
^{62/} En lo sucesivo, salvo expresa indicación en contrario, la descripción estará referida sólo a la variante media.

^{63/} Aunque el grupo de 0 a 4 años se mantiene como el estrato etéreo quinquenal más numeroso en todo el período, su magnitud absoluta se va haciendo cada vez más semejante a la de los tramos de 5 a 15 años, generándose una estructura trimodal.

El conjunto de niños y jóvenes en edad escolar, de 5 a 19 años, presenta un comportamiento más complejo que, haciendo patentes los impactos combinados del descenso de la fecundidad y del previo aumento en el número de mujeres en edad fértil, se manifiesta en reducciones y aumentos sucesivos en las magnitudes de cada segmento etáreo quinquenal en los tres lustros siguientes a 1985. No obstante estas fluctuaciones y rezagos, el grupo total se distingue por ganancias crecientes en su número absoluto, de modo que en el año 2000 será un 16.5 por ciento más numeroso que quince años antes. A pesar de ello, estas cohortes de personas en edad escolar pierden peso relativo dentro de la población total y al cabo del período constituyen el 28.3 por ciento de ésta, significando una caída superior a dos puntos porcentuales que se deriva de una tasa media anual de crecimiento que apenas excede del uno por ciento.

La población en edad de trabajar, de 15 a 64 años, aumenta su posición relativa dentro del total, pasando del 62.7 al 63.9 por ciento de éste, entre 1985 y 2000 respectivamente. En igual lapso los efectivos potencialmente activos se ven incrementados en un 21.8 por ciento como fruto de una tasa de crecimiento del 1.6 por ciento, levemente superior a la experimentada por la población nacional. Pero este incremento se distribuye de modo bastante desigual entre los diversos tramos quinquenales de edades comprendidos en el grupo. En general, se observa que se van haciendo cada vez más importantes los mayores de 35 años y que el quinquenio de 20 a 24 sufre una pérdida sostenida a partir de su máximo histórico de 1985; en el último lustro del siglo se advierte que también los estratos de 25 a 34 años experimentan mermas. Las disminuciones de estos tres conjuntos quinquenales, que se encuentran entre los más jóvenes de los que integran el grupo en edad de trabajar, conducen a que sus respectivas magnitudes absolutas sean bastante similares en el año 2000. Dicho en otros términos, el proceso de envejecimiento se hace sentir también en el interior del conjunto de personas potencialmente activas. Más aún, al considerar el período 1985-2000, en su totalidad, se advierte que el efecto neto de los cambios conduce a un mayor crecimiento de los egresos que de los ingresos al grupo; las entradas, por concepto del aumento en el número de personas de 15 a 19 años, decrecen hasta 1995, incrementándose en el lustro siguiente, en tanto que las salidas, expresadas por el incremento de efectivos de 65 a 69 años, muestran un aumento continuo, aun cuando el mismo se reduce algo entre 1995 y 2000.

Gráfico 12
CHILE: Evolución de las tasas específicas de actividad por sexo.
1970-2000.



Sintetizando, los cambios en la estructura por edades de la población, a través de los grupos convencionales identificados, se manifiestan en un claro proceso de envejecimiento. Los mayores ritmos de crecimiento se presentan entre las personas que tienen 65 y más años, en tanto que los menores de cinco años se incrementan de acuerdo a una tasa media que es inferior a un tercio de aquella de la población de la "tercera edad". Esta situación, como ha quedado señalado reiteradamente, expresa los efectos sucesivos del descenso de la fecundidad, que superan a los derivados de la disminución de la mortalidad, especialmente de la infantil, sin ser contrarrestados más que parcialmente por la incidencia del aumento en el número de mujeres en edades reproductivas durante etapas anteriores. Un aporte menor al proceso se deriva de la reducción de la mortalidad adulta. Ahora bien, aunque este envejecimiento repercute también en la composición etaria de quienes son considerados potencialmente activos, el índice de dependencia demográfica muestra una reducción en el período de referencia, descendiendo desde 595 a 566 por mil entre 1985 y 2000. Pero debe destacarse que tal declinación de la "carga" demográfica aparece explicada únicamente por la disminución relativa de los dependientes potenciales con menos de quince años.^{64/}

Finalmente, en lo que atañe a la composición por sexo de la población total puede sostenerse que en el resto del siglo XX seguirá presentándose un leve predominio femerino, aunque el mismo irá decreciendo paulatinamente, como se desprende de un ligero incremento del índice de masculinidad; esta relación pasará de 97.5 a 97.6 hombres por cada cien mujeres entre 1985 y 1995. Tal evolución aparece explicada esencialmente por la disminución de la mortalidad infantil, garantizándose una mayor probabilidad de sobrevivencia de los niños y, como efecto concomitante, los hombres serán más numerosos que las mujeres en todos los grupos quinquenales menores de 35 años. A partir de esa edad los índices de masculinidad irán decreciendo y en el tramo final de la pirámide, a los 85 años y más, se observarán valores cada vez menores de aquella relación a

64/ La incidencia de la población de 65 y más años de edad en el índice de dependencia aumenta del 15.6 por ciento en 1985 al 18.7 por ciento en el 2000. En este último año, por cada mil personas potencialmente activas se encuentran 106 "dependientes" en edades evanzadas. De otro lado, en 1985 había seis niños y jóvenes menores de 15 años por cada persona de 65 y más, en el año 2000 la relación se reduce a poco más de cuatro, lo que implica una progresiva reducción en el ritmo de reposición de la población potencialmente activa.

medida que transcurre el tiempo, como efecto de la sobremortalidad de los hombres ancianos. Uno de los resultados de estas tendencias será el mayor envejecimiento relativo de la población femenina cuya edad mediana superará en dos años a la masculina, significando una mayor proporción de personas con 65 y más años.

Las mujeres en edad fértil, por último, se verán incrementadas entre 1985 y 2000 según una tasa media anual del 1.5 por ciento, levemente inferior a la del total nacional, implicando una virtual persistencia del potencial reproductivo. Sin embargo, también este grupo presentará los efectos del envejecimiento, como lo evidencia el hecho que el conjunto de 30 a 49 años aumentará desde el 44.7 al 54 por ciento del total a lo largo del período. Ahora bien, este cambio en la distribución relativa de las mujeres en edad fértil contribuirá a la reducción de la fecundidad pues, como se deduce de las tasas específicas, el aporte de las mayores de 30 años a la formación de la tasa global se limita a un tercio del valor total y, aún más, esa fracción iría declinando con el tiempo al concentrarse los hijos entre las menores de aquella edad. Luego, el envejecimiento de las mujeres en edad fértil se traduce en ritmos reproductivos decrecientes.^{65/}

6. Algunas implicancias de los cambios en las estructuras de la población

Un examen de las consecuencias que se desprenden de las tendencias demográficas requiere, como premisa básica, tener presente que la población incide decisivamente en el proceso de desarrollo en virtud de que la misma configura, a la vez, el agente principal de la producción y del consumo de los bienes y servicios que son generados por una sociedad. El tamaño, las estructuras por sexo y edades y las pautas de distribución territorial de la población son los determinantes de los efectivos humanos potencialmente disponibles para trabajar; simultáneamente, estos atributos caracterizan la magnitud y la naturaleza de los consumidores. Un intento de evaluación de las implicancias que se derivan de tales factores no debe, por cierto, restringirse al ámbito estrictamente

^{65/}

Otra forma de expresar el impacto derivado del envejecimiento femenino consiste en determinar una relación entre las mujeres que aún no ingresan al ciclo de fertilidad y aquellas otras que ya lo superaron; en 1985 había 1.7 de las primeras por una de las últimas y hacia el año 2000 la relación se reduce a 1.4.

demográfico; es preciso reconocer que tanto las modalidades de participación en el proceso de producción, como los niveles y patrones de consumo, se definen en el contexto de las relaciones sociales, las que involucran componentes económicos y políticos, además de elementos de índole cultural.

De este modo, entonces, las consecuencias derivadas de las tendencias demográficas adquieren sentido substantivo, en términos de potencialidades productivas y de la composición y cuantía de las necesidades, sólo cuando se perciben sus íntimas interrelaciones con el proceso más general de organización social de la producción. A su vez, los cambios inducidos por este último revierten sobre las variables demográficas --fecundidad, mortalidad y migración-- y, a través de esta vía, reacondicionan las ulteriores modalidades de crecimiento, composición y distribución de la población. Dados estos efectos retroalimentadores, la tarea de aislar las consecuencias sociales y económicas de la dinámica demográfica se torna extremadamente compleja y expuesta a riesgos de interpretación ideológica.^{66/} Por lo tanto, la exposición que sigue sólo pretende resumir algunos de los impactos previsibles, a corto plazo, de las tendencias demográficas tal como ellas se manifiestan en las últimas proyecciones de la población chilena. Esta presentación tiene un énfasis "sectorial" y pone el acento en sus expresiones cualitativas.

^{66/} Estas complejidades han dificultado el desarrollo de una metodología apropiada, con apoyo de consenso científico, que permita identificar nexos causales en las interrelaciones de población y desarrollo. Una presentación esquemática de los modelos interpretativos de inspiración neoclásica es efectuada en Birdsall, Nancy, "Analytical Approaches to the Relationship of Population growth and Development", en Population and Development Review, Vol. 3, Nos. 1 y 2 (marzo a junio de 1977), pp. 63-102. En una obra de carácter "enciclopédico" preparada por la División de Población de las Naciones Unidas se exploran con mayor especificidad los diversos enfoques analíticos de esas interrelaciones, véase United Nations, The Determinants and Consequences of Population Trends (Nueva York, Naciones Unidas-Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, 1973; ST/SOA/SER.A/50) 2 vols. Un debate reciente sobre la materia surgió de una publicación del Consejo Nacional de Investigación de los Estados Unidos: National Research Council, Population Growth and Economic Development: Policy Questions (Washington, D.C., NRC - Working Group on Population Growth and Development, Committee on Population, National Academy Press, 1986); en el debate intervinieron Allen C. Kelley, Julian L. Simon, Joseph E. Potter y Herman E. Daly, abundando las referencias a Simon Kuznets, Ansley Coale y Edgar M. Hoover, véase "Review Symposium", en Population and Development Review, Vol. 12, N° 3 (septiembre, 1986), pp. 563-585.

La progresiva modificación de la estructura por edades, inducida por los descensos de la fecundidad y, en menor grado, por la disminución de la mortalidad, conducirá a una desaceleración en la tasa de crecimiento de las cohortes más jóvenes. Por el contrario, como reflejo de las pautas de crecimiento vigentes en el pasado y a raíz del incremento en las probabilidades de sobrevivencia de los adultos, las proporciones de personas con edades mayores serán crecientes dentro de la población total. Luego, la pirámide por edades experimentará una progresiva reducción en su base, la que irá adquiriendo rasgos rectangulares, mientras que sus escalones superiores se ensancharán; entre las manifestaciones de estos cambios se encuentra el que las adiciones netas anuales de efectivos (nacimientos menos defunciones) tenderán a mantenerse constantes entre 1985 y 2000, insinuándose una ligera disminución de tales aportes durante el último quinquenio. En suma, se harán más evidentes las modificaciones en la estructura de la población, con un consecuente envejecimiento de la misma. Como es de prever, los efectos derivados se vincularán con los fenómenos que varían según la edad de los individuos. Así, por ejemplo, el consumo de alimentos suele ser pequeño al inicio de la vida, se incrementa luego, estabilizándose al final de la adolescencia y comienza a declinar hacia el término de la existencia. La participación masculina en la actividad económica tiende a ser mínima hasta los quince años de edad, aumentando a más del 96 por ciento hacia los 25 años y permaneciendo en este nivel hasta aproximadamente los 50 años, cuando comienza a declinar sostenidamente como resultado del retiro. Diferente es la curva que describe la intervención femenina, según la edad, en la fuerza de trabajo, la cual involucra proporciones menores de la población y es sensible a la nupcialidad, la programación de la fecundidad y, en algún grado, al nivel de educación alcanzado; por lo común, el ingreso ocurre a partir del grupo quinquenal de 15 a 19 años, elevándose la participación entre los 20 y 30 años para disminuir subsecuentemente, aunque sufriendo los impactos netos del retiro y la reincorporación. El consumo de servicios de salud crece con la edad mostrando un abrupto incremento hacia el final de la pirámide. A su vez, el ingreso disponible, que es mínimo hasta los quince años, crece hasta alcanzar su máximo entre las personas activas de edades adultas mayores y luego declina, especialmente con motivo del acceso al estamento pasivo.

Obviamente, las consideraciones anteriores no agotan el amplio espectro de aspectos económicos, sociales, culturales y biológicas --así como psicológicos--

que varían con la edad. Es posible imaginar un modelo representativo de estas funciones de la edad, cada una de las cuales configuran una curva específica. De otro lado, también puede concebirse otro modelo que se deriva estrictamente de la distribución de la población según estratos etéreos. Las variaciones de este segundo modelo, que en el caso chileno se asocian a un envejecimiento --y que en el pasado reciente se vincularon con un rejuvenecimiento--, asumen realismo en tanto se las relaciona con los patrones descritos por el primero. Por ejemplo, al aumentar el peso de los mayores en la estructura por edades, los costos que deberá afrontar la sociedad por concepto de salud se harán crecientes, mientras que aquellos implicados por la educación regular tenderán a hacerse menos gravosos. Si bien la reducción de la mortalidad no ha producido un mayor cambio en la distribución por edades de la población, esa declinación se relacionará con modificaciones considerables en el costo de la atención médica; más aún, los adelantos de la medicina que originan una menor mortalidad son también responsables del encarecimiento de la salud. De otro lado, aún cuando el descenso de la fecundidad no afecta directamente la curva de requerimientos en materia de salud, el mismo ha incidido directamente en el envejecimiento y, de este modo, pudiera sostenerse que al aminorarse el ritmo de reproducción biológica se elevan los costos de atención médica. Es decir, los efectos demográficos originan resultados acumulativos, pero la mortalidad opera sobre el modelo de los requerimientos mientras que la fecundidad lo hace con respecto a la estructura por edades. De lo anterior se deduce que las variaciones en ambos modelos ocasionan efectos similares y resulta difícil distinguir en ellos cuáles se derivan como consecuencias específicas de las tendencias demográficas.^{67/}

Quedó sugerido en el ejemplo precedente que la reducción de las proporciones de niños y jóvenes en edad escolar dentro de la población total implicarían menores costos sociales en este rubro. Es conveniente precisar esta indicación. Primeramente, debe señalarse que se consideran propensos a requerir alguna forma de enseñanza regular todas aquellas personas de 5 a 19 años de edad, a los cuales se estima prudente añadir los párvulos; entonces, la población-objetivo estará formada por los menores de 20 años. Estos representaban el 42.8 por ciento de

^{67/}

Un tratamiento más elaborado de estos problemas metodológicos aparece en Bourgeois-Pichat, Jean, "The Economic and Social Implications of Demographic Trends in Europe up to and beyond 2000", en Population Bulletin of the United Nations, N° 8 (1976), pp. 34-88.

los habitantes del país en 1985 y se proyecta que constituirán el 38.2 por ciento de éstos en el año 2000; siendo efectivo que el número absoluto de estas personas aumentará, ese crecimiento será evidentemente inferior al de la población total. Este menor dinamismo implicaría una caída relativa de los requerimientos impuestos al sistema educacional y, por lo mismo, un aporte por persona más bajo para contribuir a su financiamiento. Pero, como los costos unitarios de los distintos tipos de enseñanza difieren, es importante añadir que las necesidades relativas disminuirán más en los segmentos pre-escolares y de escuelas básicas, lo que llevaría a suponer una eventual transferencia de las asignaciones hacia los niveles medio y superior.

En términos generales, podría sostenerse que, de mantenerse constante la dotación de medios al sector educación, sería factible elevar la eficacia cualitativa de los distintos niveles y modalidades educativos, ampliando la cobertura de determinadas áreas, disminuyendo los coeficientes alumnos/profesor, extendiendo el período de escolaridad o estableciendo formas novedosas de capacitación. Un asunto que debe tenerse en cuenta es que no necesariamente las tendencias demográficas comentadas significarán un real decrecimiento de la "presión" por educación, pues podría ocurrir que al incrementarse la retención en el sistema escolar aumenten las proporciones de los que requieren de enseñanza superior. Por cierto, todas las observaciones efectuadas debieran, en el caso de emprender una evaluación rigurosa de los efectos, especificarse según grupos sociales y áreas de residencia de la población.

Al disminuir la proporción de niños pequeños y de mujeres en las edades fértiles que presentan mayores tasas específicas de fecundidad, es esperable que decrezcan los requerimientos de atenciones materno-infantiles, por lo menos en términos relativos. De modo que si se mantuviesen constantes las asignaciones sectoriales, podría pensarse en la extensión de las coberturas, así como en un mayor énfasis en la reducción de la mortalidad infantil mediante el control creciente de su componente neonatal. Sin embargo, no debe pasar desapercibido un hecho que irá adquiriendo cada vez más gravitación, la necesidad de proveer servicios apropiados a las personas de edades avanzadas. Esto implica una reorientación de las prestaciones; el tradicional acento en programas pediátricos y gineco-obstétricos deberá ceder paso a otros de tipo geriátrico. Un cambio de tal naturaleza motiva costos de importancia ocasionados por las dificultades de

tratamiento inherentes a los complejos mórbidos degenerativos, cuya práctica supone hospitalizaciones y una serie de especialidades técnicas. Además de los requerimientos de insumos directos, la reorientación aludida demandará esfuerzos de reorganización institucional que serán también onerosos.

Por otra parte, si bien se proyecta un aminoramiento paulatino de la tasa de crecimiento de la población, esto no implica que vaya a ocurrir lo mismo con la modalidad de aumento en el número de hogares y, por ende, con los requerimientos de vivienda. Es probable que el descenso en este rubro sea bastante más pausado, sin que pueda descartarse una presión adicional a corto plazo. Al disminuir el tamaño medio de la familia, como manifestación de una más baja fecundidad, las necesidades unitarias de espacio residencial tenderán a hacerse de menor envergadura, pero en el agregado ésto redundará en un mayor número de soluciones habitacionales. Como contrapartida se tiene que las actividades de construcción suelen ser intensivas en mano de obra, además de ejercer un impacto significativo en la demanda de insumos de origen industrial y minero-extractivo, lo cual generaría un campo de probabilidades de estímulo a la economía. Sin embargo, como es sabido, las restricciones de ingreso y los altos costos de edificación, especialmente en las áreas urbanas, limitan la operación del mercado de vivienda. Esto ha obligado a una participación del Estado en la atención de vastos sectores de la población, abriéndose aquí interrogantes acerca de las expectativas de tal función bajo una concepción subsidiaria del sector público. En suma, los efectos de una atenuación en el ritmo de aumento de la población sólo se harán sentir con cierto rezago en lo que atañe a requerimientos residenciales; no debe omitirse, además, el hecho que crecientemente los hogares ampliados irán subdividiéndose, sea por migración o por cambios en las pautas de constitución de las familias.

Volviendo ahora más específicamente a la población en edad avanzada y definiéndola como aquella mayor de 65 años, puede anotarse que su crecimiento a lo largo de toda la mitad del siglo XX se presenta francamente vigoroso, involucrando una cuadruplicación en el número original de los efectivos. De 259 mil en 1950 aumentan a 557 mil en 1975 y a más de un millón en el 2000; dentro del conjunto, las mujeres son siempre mayoritarias, representando entre el 55 el 60 por ciento del total. Como ha sido mencionado, este importante incremento es el fruto de la herencia de una alta fecundidad en el pasado y de una reducción de la mortalidad en las edades adultas. La proporción de este grupo dentro de la

población nacional se ve acrecentada por los sucesivos descensos de la fecundidad, de modo que si en 1950 participaban con el 4.3 por ciento, en el 2000 se adelanta que lo harán con el 7.9 por ciento. Si en el caso de las mujeres se define la "tercera edad" a partir de los 60 años, que es el límite convencional para el ingreso femenino al sector pasivo, la proporción que ambos sexos tendrían dentro del total de habitantes del país se incrementaría del 5.6 al 8.3 por ciento entre 1950 y 2000; de este modo, la cifra absoluta de personas de edad avanzada llegaría este último año a 1267300.

Si se adoptase el supuesto que todos los hombres de 65 y más años y las mujeres de 60 y más estuviesen jubilados y si, por otra parte, todos los hombres de 15 a 64 años y las mujeres de 15 a 59 fuesen económicamente activos, entonces la relación que pudiera establecerse entre ambos grupos daría una medida del peso de los pasivos con relación a los activos. La adopción de estos supuestos serviría de referencia básica para evaluar los efectos del envejecimiento sobre el sistema de seguridad social, particularmente en el caso de que éste operase según un régimen de reparto.^{68/} En 1950 esa relación alcanzaba al 9.7 por ciento y hacia el año 2000 se anticipa un 13.3 por ciento; es decir, en el año inicial había un pasivo por cada once activos, al final del siglo se espera que a cada pasivo correspondan siete activos.^{69/} Si el indicador se refina de modo que en su denominador aparezca la población económicamente activa estimada y proyectada, entonces los respectivos valores aumentan del 21.7 al 27.8 por ciento, involucrando que por cada pasivo se encuentran sólo cinco y cuatro activos, sucesivamente. Llama la atención que tal aumento ocurra aún bajo condiciones de incremento neto en la tasa global de actividad, principalmente a causa de los mayores niveles de participación femenina. Este último factor, al menos en teoría, podría compensar los efectos del encarecimiento relativo del sistema; sin embargo, como el retiro se produce a edades más tempranas entre las mujeres y

^{68/} En estas circunstancias, si la cuantía de las jubilaciones fuera proporcional a los salarios, el cociente sería un indicador de los aportes de los activos.

^{69/} Estos valores podrían compararse con el esperado para el conjunto total de América Latina en el año 2000, éste alcanzará al 10.5 por ciento. Como situación límite se tiene el caso de Francia, con una población característicamente envejecida desde ya largo tiempo, donde la relación se elevaba al 24.9 por ciento en 1985.

éstas sobreviven en mayores proporciones hasta edades más avanzadas, el efecto de su mayor intervención en la actividad productiva resulta más que cancelado.

Un análisis más estricto de la situación de la seguridad social debería considerar los flujos del sector pasivo; en efecto, los costos del sistema son diferenciales según los movimientos de entrada al alcanzar la edad de retiro y los de salida por concepto de defunción o de emigración. En todo caso, una indicación acerca de la extensión del tiempo que las personas permanecen en el sistema la brinda el hecho que la mortalidad de este grupo continuará reduciéndose, lo que, además, implica mayores costos de servicios médicos. Así, por ejemplo, si se adopta el límite de 65 años para ambos sexos se advierte que aquellos con más de 80 años dentro de este conjunto aumentan desde el 11 al 18.1 por ciento entre 1950 y 2000; las personas de edad tan avanzada apenas eran 28 mil en el primero de esos años y aumentan a 186 mil en el segundo, significando más que una sextuplicación de los efectivos.^{70/} De modo, entonces, que el envejecimiento también se manifiesta por el aumento en la proporción de los que tienen más de ochenta años.

7. Población económicamente activa

La magnitud de la fuerza de trabajo y su crecimiento, que constituyen factores de la oferta laboral, están determinados por el tamaño y la distribución por sexo y edad de la población y por las tasas específicas de actividad. Mientras el factor demográfico se deriva de los comportamientos de la fecundidad, la mortalidad y la migración, la propensión a trabajar es afectada por una multiplicidad de determinantes económicos, sociales y culturales que se expresan diferenciadamente según el sexo y la edad. Al considerar la proyección de la población se señaló que entre 1985 y 2000 se producirá un incremento en la proporción de personas en edad de trabajar dentro del total, situación que refleja los efectos del descenso de la fecundidad y, en menor medida, del aumento en la sobrevivencia de los menores. Estas tendencias entrañan una ligera disminución de la "carga" demográfica. Como es sabido, sin embargo, el ritmo de crecimiento de esta población en edad de trabajar puede ser diferente del que

^{70/}

Hacia el año 2000 en América Latina los mayores de 85 años dentro del conjunto de las personas de 65 y más años de edad llegaría al 15.5 por ciento; en Francia, esta relación era del 23.6 por ciento en 1985.

presenta la población económicamente activa, discrepancia que se debe a las características adoptadas por las tasas específicas de participación. Luego, con el objeto de disponer de una imagen de lo que eventualmente será la fuerza de trabajo chilena en el año 2000, se aplicaron a la variante media de la proyección de población unas tasas de actividad proyectadas de manera independiente.^{71/}

De acuerdo a los supuestos involucrados, se espera que la población económicamente activa se incremente en 1.2 millones de personas entre 1985 y 2000, significando una tasa media anual de aumento del 2 por ciento. Este ritmo de incremento es equivalente al cuarenta por ciento del registrado entre 1970 y 1985, lapso en que la fuerza de trabajo chilena más que se duplicó. Por ende, los requerimientos de empleos, considerados desde el ángulo de la oferta, se reducirán ostensiblemente en relación con la experiencia reciente; no obstante lo dicho, la tasa global de participación, que había descendido durante los años cincuenta y sesenta, seguirá aumentando. La composición de este incremento será diferente según la edad; en efecto, se espera una importante reducción de las tasas de participación en las llamadas edades marginales, que comprenden a los menores de veinte y a los mayores de 65 años. Estas disminuciones se originarían, en el primer extremo, por una prolongación de la permanencia de los jóvenes en la escuela y, en el tramo superior, por una generalización del retiro, merced al aumento de la cobertura de la seguridad social.

Tales observaciones son aplicables a ambos sexos, pero éstos mostrarán diferencias en cuanto a sus propensiones a trabajar. Las mujeres presentarán una tasa global de participación, en el año 2000, que será un cuarenta por ciento de la masculina (mostrándose un leve aumento de esta relación con respecto a 1985) y, como resultado, constituirán el 29.3 por ciento de la fuerza de trabajo al iniciarse el siglo XXI (en 1985 representaban al 28.4 por ciento de ésta). Al se considerar las tasas específicas de participación entre los 20 y los 54 años se advierte que, de manera sistemática, en el período 1985-2000, las mismas declinan entre los hombres y aumentan en el caso de las mujeres; de este modo, el incremento en la tasa global de actividad masculina se debe al cambio en la estructura por edades de esta población. Con todo, la tasa de crecimiento de la población económicamente activa masculina se muestra ligeramente por debajo de la

^{71/} Organización Internacional del Trabajo, Población Económicamente Activa, 1950-2025 (Ginebra, O.I.T., 1987; edición preliminar).

CHILE: POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA TOTAL POR RAMA DE ACTIVIDAD,
SEGUN REGIONES. CENSO 1982

REGION	1	2	3	4	5	6	7	8	9	0	BTPV
I	8826	1413	10905	701	5457	16100	8834	2171	30753	6542	2215
II	3756	16311	9932	879	8650	14257	9033	1975	30062	8641	2900
III	6035	11385	5420	465	3308	6903	3308	914	12984	4570	1603
IV	32613	10785	7816	649	6904	15014	6471	1632	30184	6257	4134
V	49308	5971	43643	3156	26700	59538	31687	9336	113234	28490	10609
VI	74874	9412	15327	971	9112	20120	8249	2220	33556	5813	5268
VII	95081	604	20930	1575	11581	22765	8237	2938	49274	15419	5382
VIII	115651	11776	58135	2850	22339	47173	20828	6348	122580	33750	19728
IX	82247	211	15652	729	9281	19939	6659	2452	51354	13700	5149
X	92541	511	24337	1073	11478	25716	10842	3361	72913	18957	6926
XI	5951	440	1192	152	2753	2092	1240	328	8206	1694	415
XII	4598	3387	3785	270	5375	6454	3255	1470	24524	1909	914
RM	74002	6222	271360	11247	108985	254040	85399	69880	433317	122726	41930
TOTAL	645483	78428	488340	24737	231923	510117	207642	105025	1012941	268468	107173

	AGRIC	MINER	SEDLN	TERC
	8926	1413	16963	57853
	3756	16311	19461	55327
	6035	11385	9213	24109
	32613	10785	15369	53301
	49308	5971	73499	213795
	74874	9412	25410	64145
	95081	604	34086	83214
	115651	11776	83324	196929
	82247	211	25662	80404
	92541	511	36888	112832
	5951	440	4103	11672
	4598	3387	9430	36303
	74002	6222	391592	845636
	645483	78428	745000	1835725

CHILE: DESVIACION MEDIA DE LA PEA TOTAL POR RAMA DE ACTIVIDAD,
SEGUN REGIONES. CENSO 1982

REGION	1	2	3	4	5	6	7	8	9	0	BTPV
I	-0.06	-0.06	-0.05	-0.05	-0.05	-0.05	-0.03	-0.06	-0.05	-0.05	-0.06
II	-0.07	0.13	-0.06	-0.04	-0.04	-0.05	-0.03	-0.06	-0.05	-0.04	-0.05
III	-0.07	0.07	-0.07	-0.06	-0.06	-0.06	-0.06	-0.07	-0.06	-0.06	-0.06
IV	-0.03	0.06	-0.06	-0.05	-0.05	-0.05	-0.05	-0.06	-0.05	-0.05	-0.04
V	.00	.90	0.01	0.05	0.04	0.04	0.08	0.01	0.03	0.03	0.02
VI	0.04	0.04	-0.05	-0.04	-0.04	-0.04	-0.04	-0.06	-0.04	-0.06	-0.03
VII	0.07	-0.07	-0.03	-0.01	-0.03	-0.03	-0.04	-0.05	-0.03	-0.02	-0.03
VIII	0.10	0.07	0.04	0.04	0.02	0.02	0.02	-0.02	0.04	0.05	0.11
IX	0.05	-0.07	-0.04	-0.05	-0.04	-0.04	-0.04	-0.05	-0.03	-0.03	-0.03
X	0.07	-0.07	-0.03	-0.03	-0.03	-0.03	-0.02	-0.04	.00	-0.01	-0.01
XI	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07	-0.07
XII	-0.07	-0.03	-0.07	-0.07	-0.05	-0.06	-0.06	-0.06	-0.05	-0.07	-0.07
RM	0.04	.00	0.48	0.38	0.39	0.42	0.35	0.59	0.35	0.38	0.31

CLASIFICACION INDUSTRIAL INTERNACIONAL UNIFORME

DE TODAS LAS ACTIVIDADES ECONOMICAS (CIIU), NU Serie M/4, Rev.2

1= Agricultura, caza, silvicultura y pesca

2= Explotacion de minas y canteras

3= Industrias Manufactureras

4= Electricidad, gas y agua

5= Construccion

6= Comercio por Mayor y por Menor y restaurantes y hoteles

7= Transporte, almacenamiento y comunicaciones

8= Est. financieros, seguros, bienes inmuebles y serv. prestados a las empresas

9= Servicios comunales, sociales y personales

que exhiben las mujeres. Un resultado neto de todos estos cambios y de los que presenta la composición por edades de la población nacional, es que las personas insertas en la producción de bienes y servicios representan el año 2000 al 29.9 por ciento del total, dos puntos porcentuales por encima de lo estimado en 1985.

Otro aspecto de especial interés al examinar la población económicamente activa se relaciona con el progresivo envejecimiento de la misma. En 1985 se estimaba que el 52.3 por ciento de los efectivos tenían menos de 30 años--proporción que ya revelaba un envejecimiento con respecto al valor de 1970 que era del 58 por ciento--, en el año 2000 tan sólo el 40.8 por ciento será menor que esa edad. A su vez, a lo largo de esos quince años, la proporción de efectivos con más de 45 años se verá incrementada en un diez por ciento, pese al descenso absoluto de los activos con 65 y más años al final del período. Entre las inferencias que cabe hacer se encuentran dos de importancia. Por una parte, se irá reduciendo paulatinamente la inserción de jóvenes que pudieran tener un grado de calificación superior a la media actual, lo cual restringiría las posibilidades de adaptación a los requerimientos de cambio en la economía. Por otra, se irá incrementando la presión sobre el sistema de seguridad social al elevarse el tamaño de las cohortes próximas a la edad de retiro. Pero las opiniones están divididas sobre el asunto de los efectos del envejecimiento de la población económicamente activa. La presencia de trabajadores de mayor edad y, por lo mismo, más experimentados constituiría un factor favorable. Los trabajadores de mayor edad, sin embargo, están menos propensos a beneficiarse de programas de reentrenamiento, algo que surge como un requisito creciente en virtud de la velocidad del cambio tecnológico. Un efecto negativo del envejecimiento de la fuerza de trabajo es que aparentemente reduce las expectativas de movilización ocupacional.^{72/}

Finalmente, algunas observaciones acerca de la población económicamente inactiva, la que aumentará de 8.75 millones de personas en 1985 a 10.7 millones en el año 2000. Es decir, este conjunto crecerá a una tasa que será ligeramente

^{72/}

Si se conviniese en que las ocupaciones de rango directivo y de supervisión son asignadas a los mayores de 45 años y que sus subordinados son reclutados entre los menores de esa edad, entonces al suponer una relación constante entre ambos conjuntos, se apreciará que la probabilidad de ascenso decrecerá en un 22 por ciento entre 1985 y 2000.

CHILE: COMPOSICION DE LA POBLACION TOTAL POR GRANDES GRUPOS DE EDAD
SEGUN REGIONES. 1980-2000

REGION	REGION	TOTAL	1980				TOTAL	1985			
			0-4	5-19	20-59	60 Y +		0-4	5-19	20-59	60 Y +
PAIS	PAIS	11144771	1210117	3773520	5247881	913253	12121680	1368022	3697128	6028549	1027981
I	I	264019	29419	86123	131961	16516	308911	35478	92912	160318	20203
II	II	338103	37142	111880	165514	21567	363329	40368	114388	183266	25307
III	III	183541	21474	65182	84966	11919	191252	21491	61691	94566	13504
IV	IV	414048	46021	150557	181848	35622	448668	51175	146158	212067	39268
V	V	1193384	126568	378606	574976	113214	1284976	134874	371750	651828	126524
VI	VI	584410	63678	206903	264837	48992	615389	63386	198242	299980	53781
VII	VII	721353	79000	260869	319657	61827	778029	101661	245207	364380	66781
VIII	VIII	1514759	167735	549528	680424	117072	1591399	179182	515755	767149	129283
IX	IX	691320	77622	256437	293360	63901	740602	95974	243869	320954	69805
X	X	850262	94188	310386	372594	73094	884830	101388	287979	415381	80082
XI	XI	64913	8198	23157	29781	3777	72275	9354	24089	34487	4345
XII	XII	125312	12078	36117	67748	9269	139411	14409	37580	76353	11069
RM	RM	4199347	444974	1357775	2080215	336383	4702609	519282	1357478	2437920	389029

Fuente: Fuente: INE-CELADE, Estimaciones y Proyecciones de Poblacion por Regiones y sexo, segun grupos de edades. 1980-2000. Fasciculo F/CHI.3. En prensa.

TOTAL	1990				TOTAL	1995			
	0-4	5-19	20-59	60 Y +		0-4	5-19	20-59	60 Y +
13173349	1475776	3792079	6737064	1168430	14237281	1514253	4013637	7391624	1317767
358090	40694	102821	189602	24973	410343	44920	114383	220801	30239
389547	41567	117546	200264	30170	415425	42300	117703	219942	35540
197840	21416	59558	100894	15972	202815	20275	58235	105112	19193
486495	56563	144109	241457	44366	525432	58783	150233	266342	50074
1381948	142781	382431	713407	143329	1478281	144313	401628	773073	159267
649763	67665	189490	332989	59619	684181	68855	185882	363395	66049
840458	108998	255775	403115	72570	902648	110323	275763	437534	79028
1674242	190537	496265	843869	143571	1753660	190721	503839	900617	158483
795932	104847	245414	370578	75093	853188	107828	263106	400936	81318
922546	105714	277500	452037	87295	957215	103757	277627	479548	96283
80278	10148	25508	39532	5090	88780	10708	27579	44280	6213
159867	15979	42529	88330	13049	181551	17461	47338	101108	15644
5236323	568867	1453133	2760990	453333	5783702	594009	1590321	3078936	520436

TOTAL	2000			
	0-4	5-19	20-59	60 Y +
15271971	1516163	4321019	7963835	1470954
464375	48141	129686	250340	36008
440368	42647	120985	236179	40557
205725	18839	57028	107541	22317
562913	58390	162718	286675	55130
1571314	144008	420217	834575	172494
715721	67438	191248	384633	72402
962141	102390	307030	459474	86247
1822967	183710	527193	936594	175470
208181	106460	293409	421659	86650
984687	97985	287618	493822	105262
97557	11159	30130	48789	7479
204234	18677	52829	113850	18673
6331788	602116	1740728	3389684	592260

CHILE: ESTRUCTURA RELATIVA DE LA POBLACION TOTAL POR GRANDES GRUPOS DE EDAD
SEGUN REGIONES, 1980-2000

REGION	TOTAL	1980				1985				
		0-4	5-19	20-59	60 Y +	TOTAL	0-4	5-19	20-59	60 Y +
PAIS	100.00	10.86	33.86	47.09	8.19	100.00	11.29	30.50	49.73	8.48
I	100.00	11.14	32.62	49.98	6.26	100.00	11.48	30.08	51.90	6.54
II	100.00	11.58	33.09	48.95	6.38	100.00	11.11	31.48	50.44	6.97
III	100.00	11.70	35.51	46.29	6.49	100.00	11.24	32.26	49.45	7.06
IV	100.00	11.11	36.36	43.92	8.60	100.00	11.41	32.58	47.27	8.75
V	100.00	10.61	31.73	48.18	9.49	100.00	10.50	28.93	50.73	9.85
VI	100.00	10.90	35.40	45.32	8.38	100.00	10.30	32.21	49.75	8.74
VII	100.00	10.95	36.16	44.31	8.57	100.00	13.07	31.52	46.83	8.58
VIII	100.00	11.07	36.28	44.92	7.73	100.00	11.26	32.41	48.21	8.12
IX	100.00	11.23	37.09	42.43	9.24	100.00	12.96	32.93	44.69	9.43
X	100.00	11.08	36.50	43.82	8.60	100.00	11.46	32.55	46.94	9.05
XI	100.00	12.63	35.67	45.88	5.82	100.00	12.94	33.33	47.72	6.01
XII	100.00	9.64	28.82	54.06	7.48	100.00	10.34	26.96	54.77	7.94
RM	100.00	10.60	31.86	49.54	6.01	100.00	11.04	28.87	51.84	8.25

Fuente: INE-CELADE, Estimaciones y Proyecciones de Poblacion por Regiones y sexo, segun grupos de edades.1980-2000. Fasciculo F/CHI.3. En prensa.

TOTAL	1990				1995				
	0-4	5-19	20-59	60 Y +	TOTAL	0-4	5-19	20-59	60 Y +
100.00	11.20	28.79	51.14	8.87	100.00	10.64	29.19	51.92	9.26
100.00	11.36	28.71	52.95	6.97	100.00	10.95	27.87	53.81	7.37
100.00	10.67	30.18	51.41	7.74	100.00	10.18	28.33	52.94	8.55
100.00	10.82	30.10	51.00	8.07	100.00	10.00	28.71	51.83	9.46
100.00	11.63	29.62	49.63	9.12	100.00	11.19	28.59	50.69	9.53
100.00	10.33	27.67	51.62	10.37	100.00	9.76	27.17	52.30	10.77
100.00	10.41	29.16	51.25	9.18	100.00	10.06	27.17	53.11	9.65
100.00	12.97	30.43	47.96	8.63	100.00	12.22	30.55	48.47	8.76
100.00	11.38	29.64	50.40	8.58	100.00	10.88	28.73	51.36	9.04
100.00	13.17	30.83	46.56	9.43	100.00	12.64	30.84	46.99	9.53
100.00	11.46	30.08	49.00	9.46	100.00	10.84	29.00	50.10	10.06
100.00	12.64	31.77	49.24	6.34	100.00	12.06	31.06	49.88	7.00
100.00	9.99	26.60	55.25	8.16	100.00	9.62	26.07	55.69	8.62
100.00	10.86	27.75	52.73	8.66	100.00	10.27	27.50	53.23	9.00

CHILE: TASA DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION TOTAL POR GRANDES GRUPOS DE EDADES Y PERIODOS, SEGUN REGIONES. 1980-2000.

	TOTAL				0-4				TOTAL	2000				60 Y +
	1980-85	1985-90	1990-95	1995-00	1980-85	1985-90	1990-95	1995-00		0-4	5-19	20-59		
	1.68	1.66	1.55	1.40	2.45	1.52	0.51	0.03	100.00	9.93	28.29	52.15	9.63	
	3.14	2.95	2.72	2.47	3.75	2.74	1.98	1.39	100.00	10.37	27.97	53.91	7.75	
	1.44	1.39	1.29	1.16	0.62	0.59	0.35	0.16	100.00	9.68	27.47	53.63	9.22	
	0.82	0.68	0.50	0.28	0.02	-0.07	-1.09	-1.47	100.00	9.16	27.72	52.27	10.85	
	1.61	1.62	1.54	1.38	2.12	2.00	0.77	-0.13	100.00	10.37	28.91	50.93	9.73	
	1.48	1.46	1.35	1.22	1.27	1.14	0.21	-0.04	100.00	9.16	26.74	53.11	10.98	
	1.03	1.09	1.03	0.90	-0.09	1.31	0.35	-0.42	100.00	9.42	26.72	53.74	10.11	
	1.51	1.54	1.43	1.28	5.04	1.39	0.24	-0.17	100.00	11.37	31.71	47.76	8.95	
	0.99	1.01	0.93	0.78	1.32	1.23	0.02	-0.75	100.00	10.08	28.92	51.33	9.63	
	1.38	1.44	1.39	1.25	4.24	1.77	0.56	-0.25	100.00	11.72	32.31	46.43	9.54	
	0.80	0.83	0.74	0.57	1.47	0.84	-0.37	-1.14	100.00	9.95	29.21	50.15	10.39	
	2.15	2.10	2.01	1.97	2.64	1.63	1.07	0.83	100.00	11.44	30.88	50.01	7.53	
	2.13	2.74	2.54	2.35	3.53	2.07	1.77	1.56	100.00	9.24	25.87	55.74	9.15	
	2.26	2.15	1.99	1.81	3.09	1.82	0.86	0.50	100.00	7.62	27.49	53.53	9.55	

	5-19				20-59				60 Y +			
	1980-85	1985-90	1990-95	1995-00	1980-85	1985-90	1990-95	1995-00	1980-85	1985-90	1990-95	1995-00
	-0.41	0.51	1.14	1.48	2.77	2.22	1.85	1.49	2.37	2.56	2.41	2.20
	1.52	2.03	2.13	2.54	3.89	3.36	3.05	2.51	4.03	4.24	3.83	3.49
	0.44	0.54	0.03	0.55	2.04	1.77	1.87	1.42	3.20	3.52	3.28	2.64
	-1.10	-0.70	-0.45	-0.42	2.14	1.30	0.82	0.46	2.50	3.36	3.67	3.02
	-0.59	-0.28	0.83	1.60	3.07	2.60	1.96	1.47	1.95	2.44	2.42	1.92
	-0.37	0.57	0.98	0.90	2.51	1.81	1.61	1.53	2.22	2.49	2.11	1.60
	-0.86	-0.90	-0.38	0.57	2.49	2.09	1.75	1.14	1.87	2.06	2.05	1.84
	-1.24	0.84	1.50	2.15	2.62	2.02	1.64	0.98	1.54	1.66	1.71	1.75
	-1.27	-0.77	0.30	0.91	2.40	1.91	1.30	0.78	1.98	2.10	1.98	2.04
	-1.01	0.13	1.39	2.18	2.41	2.26	1.57	1.01	1.77	1.46	1.59	1.27
	-1.50	-0.74	0.01	0.71	2.17	1.69	1.18	0.59	1.83	1.72	1.96	1.78
	0.79	1.14	1.56	1.77	2.93	2.73	2.27	1.94	2.80	3.17	3.99	3.71
	0.79	2.47	2.14	2.19	2.39	2.91	2.70	2.37	3.33	3.29	3.63	3.55
	0.29	1.36	1.80	1.81	3.17	2.49	2.18	1.92	2.86	3.11	2.76	2.59

menor que la de la población total y dará lugar a que la relación de dependencia decrezca de 2.59 a 2.33 inactivos por cada activo. Sin embargo, como ya ha sido sugerido los efectos de los dependientes pueden ser bastante diferentes según la edad. Normalmente los niños pre-escolares son sostenidos primordialmente por las familias, dado que las asignaciones pertinentes no son más que una fracción pequeña del ingreso familiar y que la mayoría de los establecimientos parvularios son controlados por el sector privado. La población en edad escolar es sostenida parcialmente por la familia y, en un grado alto, por el Estado que costea una porción importante de la instrucción regular. Un tercer grupo de dependientes está formado por los retirados quienes son sostenidos, según diversos arreglos institucionales, por la comunidad. Luego, el significado económico y social de cada conjunto de dependientes varía considerablemente. Cabría añadir que el grueso de los activos se encuentra entre las personas de 20 y 60 años; de hecho, la casi totalidad de los hombres de tales edades participan en la actividad económica y las mujeres de iguales edades que no intervienen en el mercado de trabajo suelen ser esposas de activos y, por este medio, contribuyen a las labores productivas.

Reduciendo las categorías de "dependientes" sólo a los tres primeros grupos identificados, pueden derivarse ciertas implicancias no exentas de interés y que muestran cambios entre 1985 y el año 2000. Por cada trabajador masculino de 20 a 60 años se registraban 3 "dependientes" en el año inicial y se anticipan 2 al final del período. De este total, sólo 0.7 y 0.5 son niños menores de cinco años en cada una de esas fechas; otros 1.8 y 1.5 son "escolares" de 5 a 19 años; y, finalmente, 0.5 son "pasivos" de 60 y más años en ambas fechas. Es decir, a pesar de que los activos masculinos de 20 a 60 años se incrementan según una tasa del 2.2 por ciento en el período, lo que origina una reducción de un "dependiente" por cada trabajador, el grupo de "retirados" mantiene su ponderación haciéndose equivalente a la de los menores pre-escolares. Si este ejercicio se replicase para años anteriores resultaría todavía más evidente el efecto del envejecimiento.

CHILE: POBLACION TOTAL POR SEXO, SEGUN GRUPOS DE EDAD. 1950-2000

EDAD	1950		1960		1970		1980		1985	
	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES
TOTAL	2196963	2270591	2668146	2775869	3388123	3538302	4250438	4433896	4676381	4874678
10-14	311673	306912	418739	410528	573567	564532	637703	623626	629882	613574
15-19	287063	288888	366688	361282	492654	485324	636054	625817	632235	618835
20-24	262904	265426	297989	296506	404133	400766	553953	546777	626493	617446
25-29	224192	228511	270000	276074	348797	349822	467062	464986	541858	537768
30-34	201663	207900	244712	251719	281345	286028	380857	383949	458391	459249
35-39	180458	186427	206652	215197	252852	265008	325597	334772	372067	378931
40-44	169196	175151	183563	194247	226284	239660	261031	272837	316655	329811
45-49	142100	147713	160805	171984	187090	202514	232022	251278	252097	267717
50-54	123611	129486	146341	158553	161302	179713	202368	224650	220610	244788
55-59	102548	107041	117509	129630	135464	154731	160841	184901	198589	216053
60-64	75800	82040	95686	108157	115849	136186	131046	156565	145352	175530
65 y +	115755	143146	159465	201992	208786	273998	261904	361738	292122	414976

1990		2000	
HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES
5062474	5274276	6004975	6242829
607519	589180	744665	719464
625076	609369	685495	663388
623733	611568	597314	581237
615510	609421	609250	593263
532810	532427	605501	600860
448862	454283	596192	599806
362426	373852	511373	522188
306167	323981	425088	442352
239811	260959	333319	359759
205676	235560	273578	303761
170445	205163	203676	239947
324439	468473	417524	609804

CHILE: TASAS DE ACTIVIDAD TOTAL POR SEXO, SEGUN GRUPOS DE EDAD, 1950-2000

EDAD	1950		1960		1970		1980	
	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES
TOTAL	57.15	14.05	51.95	14.20	48.95	13.85	49.70	18.25
10-14	13.30	5.00	8.50	3.00	4.00	1.60	3.00	1.00
15-19	74.80	28.10	61.70	23.50	45.00	16.70	30.50	14.00
20-24	94.60	33.00	91.55	32.45	85.50	31.90	78.30	38.30
25-29	96.80	23.25	96.95	27.90	96.00	29.70	94.00	40.60
30-34	98.00	18.90	97.55	23.75	97.00	25.50	96.50	37.20
35-39	97.45	18.35	97.05	22.50	96.30	24.50	96.20	30.35
40-44	96.00	18.15	95.70	22.20	95.30	23.00	95.00	25.50
45-49	95.50	18.00	93.35	21.30	92.70	22.00	91.00	28.15
50-54	93.00	17.80	88.10	19.40	87.50	19.50	84.00	22.50
55-59	91.60	17.70	83.70	16.80	82.50	16.40	73.10	16.00
60-64	88.40	15.70	76.85	13.70	72.05	12.00	63.00	11.50
65 y +	72.80	10.20	51.40	7.90	42.00	6.55	28.20	6.00

FUENTE: O.I.T., "Poblacion Economicamente Activa, 1950-2025", vol.3. Inedito.

	1955		1990		2000	
	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES
	51.70	19.65	52.85	20.65	53.70	21.45
	2.05	0.60	1.05	0.25	0.40	0.05
	29.50	13.45	28.55	12.90	27.25	12.15
	78.05	40.55	77.75	42.85	77.40	46.45
	93.90	42.70	93.80	44.80	93.70	48.25
	96.50	38.90	94.50	40.65	96.45	43.50
	96.20	31.60	96.15	33.25	96.15	35.70
	94.95	30.85	94.90	32.25	94.80	34.55
	90.85	29.40	90.75	30.70	90.55	32.85
	83.70	23.45	83.45	24.35	83.05	26.00
	72.45	15.25	71.85	14.50	71.00	13.55
	61.05	10.50	59.10	9.50	56.60	8.20
	24.90	5.00	21.60	4.00	17.30	2.70

ALGUNAS PERSPECTIVAS FUTURAS

La población chilena iniciará el segundo milenio con un patrón de crecimiento cada vez más moderado, los efectos del proceso de envejecimiento irán adquiriendo mayor gravitación y el grado de urbanización se aproximará a su asíntota superior. En suma, se agudizarán los rasgos distintivos de las tendencias demográficas esperadas en el resto del siglo XX. Como una aproximación a este futuro más lejano, es de interés mencionar algunos grandes atributos de la situación demográfica hacia el año 2025. Como fuera sugerido previamente, esta extensión del período de referencia permite apreciar discrepancias crecientes entre las variantes de la proyección, cuyo grado de probabilidad se ve disminuido por un margen superior de incertidumbre. En ese entonces la población total del país alcanzará entre 18.9 y 20.5 millones de personas, según se consideren las hipótesis baja o alta; la alternativa media se sitúa alrededor de los 19.8 millones de personas y el supuesto de invariancia de la fecundidad arroja 21.8 millones. Cualquiera sea la variante adoptada, es claro que la tasa bruta de natalidad descenderá todavía más, como expresión de los cambios en la estructura por edades y que, de modo concomitante, al aumentar la proporción de personas en edad avanzada, se producirá una elevación de la tasa bruta de mortalidad. La brecha entre ambos indicadores de flujo seguirá cerrándose y la tasa de crecimiento natural disminuirá progresivamente.

Dado que, según las diversas variantes, el número de nacimientos continuará siendo mayor que el de las defunciones durante todo el período que concluye el 2025, habrá un incremento de los efectivos, sólo que éste se reducirá gradualmente, salvo en el caso de una fecundidad constante. Es importante precisar que la estructura por edades existente tiene aún en ese año un potencial implícito de crecimiento tal que, a pesar de las drásticas disminuciones experimentadas por la fecundidad en decenios anteriores, la población nacional tardará todavía varias décadas antes de alcanzar su nivel estacionario, mismo que caracteriza una estructura por edades invariable y una tasa de crecimiento nulo. Si, eventualmente, se llegase a una situación en que la tasa neta de reproducción se redujera a un valor unitario, lo que acontecería después de la mitad del siglo XXI, aún restaría bastante tiempo para que se presentase una estabilización. Luego, todavía en el 2025 y los años siguientes, la población continuará creciendo, sólo que con una tónica más baja.

Entre las manifestaciones más notorias del envejecimiento al concluir el primer cuarto del próximo siglo cabe anotar que, según la variante media, la población de 65 y más años se verá aumentada a 2.15 millones, número superior al doble del anticipado para el año 2000 (y al triple del estimado en 1985). Este ritmo de incremento, equivalente a una tasa media anual de crecimiento del 3 por ciento --mientras el indicador de la población total es del 1 por ciento-- llevará a que esos grupos de edades se aproximen al once por ciento de los habitantes del país. Siguiendo un patrón ya evidenciado en años anteriores, el envejecimiento alcanzará mayores proporciones entre las mujeres, el 17.8 por ciento de las cuales tendrá más de 60 años en el 2025. Al relacionar las personas de la "tercera edad" --hombres de 65 y más años y mujeres con 60 y más-- con las potencialmente activas, se aprecia que el índice pertinente se eleva al 20.7 por ciento; es decir, cinco activos potenciales por cada pasivo. Estas cifras proporcionan algunos signos de lo que eventualmente serán los efectos de un creciente envejecimiento.

Menor campo de variabilidad cabría esperar en lo que atañe a la evolución del porcentaje urbano de la población. Habiéndose adelantado que hacia el año 2000 el grado de urbanización será cercano al 90 por ciento, es improbable que el mismo experimente algún cambio significativo a contar de aquel entonces. Sin embargo, dentro del espacio de las especulaciones queda la posibilidad de nuevas modalidades de asentamiento fuera de los centros urbanos mayores, particularmente en el caso de las personas de edades avanzadas. Pero si esta suerte de "contra-urbanización" se convierte en un fenómeno real, ella dependerá de una evolución peculiar de las condiciones de asentamiento que aún no parecen insinuarse en la segunda mitad del siglo XX. Y si las circunstancias no previstas a la luz de las tendencias observadas impiden señalar, con algún grado de seguridad, cómo será el futuro urbano de Chile, las incógnitas adquieren todavía mayor cuerpo en lo que se refiere a la distribución regional de la población. Una mera extrapolación de aquellas tendencias llevaría a suponer que la Región Metropolitana se convertiría en el área de residencia para alrededor de la mitad de los chilenos.

Mucho de lo que eventualmente pudiera suceder con la dinámica demográfica, una vez trascendido el umbral del 2000, dependerá de cómo la sociedad chilena enfrente los desafíos y opciones que se hagan presente antes de llegar a esa

fecha. Las transformaciones de la economía sentarán las bases de utilización del potencial productivo y de la satisfacción de las necesidades de una población que, en gran medida, ya existe. Un ritmo de crecimiento más reducido de los efectivos demográficos, motivado por los descensos ya ocurridos de la fecundidad, involucra retos antes no experimentados por esta sociedad. Deberá ella adaptarse a proporciones cada vez menores de niños y jóvenes y crecientemente mayores de ancianos, pero por un tiempo prolongado seguirá manteniéndose una fuerza de trabajo en ascenso. A los costos sucesivamente mayores de atender a las personas de edad avanzada, se agregarán implicancias de índole social y cultural que no debieran pasar desapercibidas.

